

Ávila



Carlos Maza Gómez

Ávila

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez, 2010
Todos los derechos reservados

Índice

1	Las murallas	5
2	Las Puertas	33
3	La Repoblación del siglo XI	51
4	San Vicente	61
5	San Pedro	79
6	Nuestra Señora de la Antigua	91
7	La Catedral	95
8	Mercado Chico	125
9	San Esteban	139
10	San Segundo	145
11	El río Adaja	153
12	Ermita de las Vacas	161
13	Monasterio de Santo Tomás	167
14	Conventos junto a la muralla	191
15	Iglesia de Santiago	201
16	Santa Ana	209
17	Las Gordillas	221
18	San José	227
19	Calle Duque de Alba	247
20	Santo Tomé y los Deanes	259
21	San Antonio	273
22	San Francisco	287
23	San Andrés	293
24	San Martín	301
25	La Encarnación	309
26	Junto a la Catedral	325
27	Palacios de los Águila	341
28	Capilla de Mosén Rubí	353
29	Henao y Polentinos	363

30	Plaza de la Santa	371
31	Torre de los Guzmanes	389
32	Palacio de los Dávila	397
	Reflexión final.....	403

1

Las murallas

Si algo caracteriza a la ciudad de Ávila es el monumento imponente que es su muralla. Desde el tren, viajando por carretera, se percibe en la distancia como un límite cerrado, una piel que rodea el contenido interior de esa ciudad que he visitado varias veces intentando echar a un lado imágenes heredadas, la de ciudad conventual, ciudad políticamente conservadora. Viajar, visitar los lugares, tiene ese fruto, el de ampliar el conocimiento y permitir ver y valorar por ti mismo qué imagen es la que finalmente queda en tu memoria.



Y lo primero de lo que hay que hablar es de su muralla. Su extensión es considerable, más de dos kilómetros y medio, de forma que cada veinte o treinta metros se levanta un torreón semicircular hasta totalizar un número de 88, muchos de ellos visitables. Conforman así todo el límite de una ciudad en forma de rectángulo con sus lados más cortos dirigidos hacia el este y el oeste.



No todas las almenas se pueden recorrer. En mi última visita acababan de abrir un tercer tramo a los dos que conocía anteriormente y las obras proseguían, sobre todo en una de sus puertas, acabada ya la restauración de una de las principales.

Si nos situamos sobre un plano de Ávila podemos observar su figura rectangular. El tramo más largo visitable de su muralla recorre gran parte del lado norte, a partir de la puerta del Carmen, dobla su trayectoria sobre la de San Vicente, para alcanzar en el lado este la puerta de las Carnicerías.

Allí detiene su trayectoria el enorme cimborrio de la Catedral que se incrusta en la muralla impidiendo el paso al otro lado pero demostrando, además, que la erección de esta última coincidió con la de la actual Catedral siendo ésta concebida bajo un modelo donde predominaba tanto lo militar como lo eclesiástico.

Un segundo tramo de la muralla requiere bajar al nivel de la calle, recorrer unos metros hasta la puerta del Alcázar, aún en el lado este y subir de nuevo a las almenas eludiendo la masa Catedralicia. De este modo se observa la ciudad desde la torre del Baluarte y la del Homenaje, ya haciendo esquina con el lienzo sur de la muralla que puede recorrerse en unos doscientos metros como mucho.

El tramo tercero, recién abierto al público cuando lo he visitado este verano, está en el extremo opuesto al que acabamos de mencionar. En efecto, sobre la puerta del Carmen, en el lado norte, hay obras que impiden el paso más allá pero bajando por el interior de la ciudad hasta el lado oeste, se puede ascender de nuevo para visitar tanto el tramo norte que quedaba como gran parte del lienzo oeste

de la muralla, sobre el río Adaja. Más allá se observa cómo continúa, agreste y lleno de hierbajos, el perfil de las almenas hasta conectar con el segundo tramo mencionado en el lado sur.

Desde este lugar privilegiado se contempla toda la ciudad y su entorno. Hay dos niveles en la misma. La parte más alta es la del lado este, donde se conservan las puertas de mayor riqueza, se extienden los palacios nobiliarios y se acumulan los hechos históricos medievales. Hacia la mitad de la extensión ciudadana hay una profunda bajada hacia el río Adaja, en el lado oeste, que coincide con la parte tradicionalmente más humilde y empobrecida. Tal distinción en cuanto a las casas y aspecto de sus habitantes se conserva pero ya hablaremos de ello más adelante, cuando recorramos dichas calles. Lo que esto significa de momento es que hay que salvar dicho desnivel también en la muralla que, aunque presenta una altura media de doce metros, alcanza en el lado norte su mayor altura. El recorrido entonces, si además coincide en plena canícula veraniega, se hace algo dificultoso. La subida a los torreones donde se permite se lleva a cabo subiendo peldaños altos y fatigosos para una persona de mediana edad. Sin embargo, merece la pena porque el paisaje a contemplar resulta interesante siempre y permite hacerse una idea de qué construcciones apuntan su presencia entre los tejados vecinos, una vez que se reconocen.

Eso es lo que haremos a continuación, si bien conviene valorar la importancia histórica de esta muralla a partir de algunos datos imprescindibles para comprender cómo llegó a construirse.

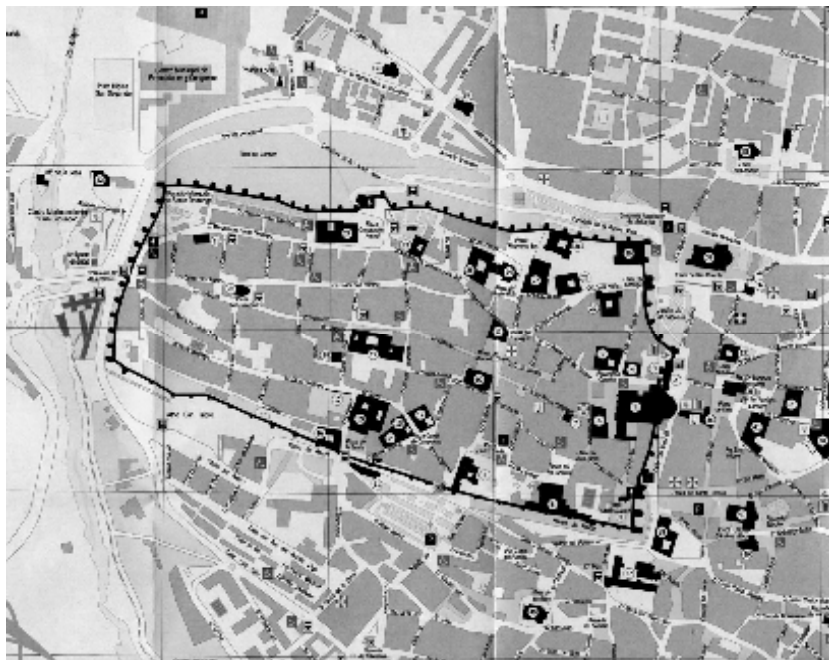
Hubo un tiempo en que todo este terreno estaba ocupado simplemente por un castro de vetones, una de esas culturas celtibéricas que compartieron con los vecinos vacceos los terrenos de la actual provincia de Ávila hacia el s. II a.C. Su principal rastro hasta nuestros días son los llamados verracos, especie de tótems en forma de cerdo o toro, que salpican estas tierras. Uno de ellos, por cierto, se encontró en perfecto estado de conservación hace unos veinte años en excavaciones realizadas en el subsuelo de la muralla a la altura de San Vicente. Ello denota que los vetones seguramente construyeron un muro de piedra para proteger el castro que, al menos en su lado este, coincidía con la actual disposición.

Por entonces, el lugar debía de ser denominado como Obila, nombre que se ha supuesto podía expresar “monte alto” o simplemente “término”. Con los romanos la ciudad pasó a llamarse Abela que se transformaría en Abula en tiempos medievales. Hay cierta polémica entre los historiadores sobre la longitud y estructura de la muralla que indudablemente levantaron en torno al extenso campamento aquí situado. Se han encontrado restos de lápidas y piedras de origen romano en la actual muralla, construida muchos siglos después por los cristianos. Ello ha permitido suponer que se construyó reaprovechando el material de una muralla anterior. Es probable que fuese así pero también lo es que la construcción romana no alcanzara en modo alguno la altura y espesor de la actual muralla, además de que muchas de esas piedras que los cristianos reaprovecharon debieron salir de la necrópolis romana establecida frente a la puerta de San Vicente, en el ángulo nororiental.



En lo que sí parece haber coincidencia es en reconocer que la muralla y, por tanto, la ciudad romana no se extendía tanto como la ciudad de Ávila que hoy podemos recorrer. En efecto, la mayor ciudad romana de centro y noroeste peninsular era León, que contaba con una muralla de 1.780 metros de longitud. Parece impensable que la romana Abela la sobrepasase en ochocientos metros. Otros indicios permiten afirmar que la ciudad romana era casi un cuadrado (algo habitual en las construcciones de aquella época, semejantes a campamentos militares) que ocupaba la parte alta de la actual ciudad, de manera que su muralla oeste estaría algo lejos del río Adaja (no como ahora, bordeándolo) con un lienzo que fuese desde la actual puerta del Carmen, por la

calle de las Tres Tazas, hasta la actual plaza de la Santa, donde se encuentra la puerta del mismo nombre.



Plano de Avila

De este modo el cardus máximus iría de norte a sur, desde la puerta del Mariscal a la del Rastro mientras que el decumanus se extendería de este a oeste teniendo en la siempre vital plaza del Mercado Chico el lugar donde se cruzaran ambos caminos y se situaran los edificios administrativos, del mismo modo que ahora se levanta en uno de sus extremos el Ayuntamiento.

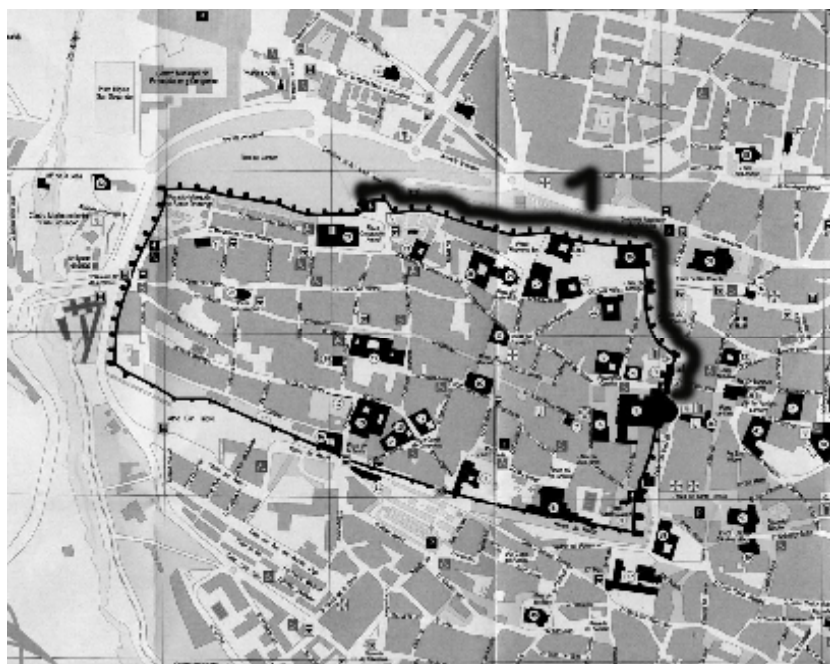
Sin embargo, la construcción que hoy podemos admirar de la muralla es obra cristiana. Hacia 1088 llegaron las primeras fuerzas al mando del yerno del rey Alfonso VI, Raimundo de Borgoña. Sólo dos años después hay testimonios de que se iniciaron las primeras obras.

“El señor Obispo atendió a bendecir el término e cercas de la ciudad. E adornado con vestiduras Obispales, viajando muchos en procesión y el señor Conde (Raimundo de Borgoña) con los nobles, se acercaron al sitio donde debían situarse las puertas de la ciudad, lugar donde se detenían, bendecían y oraban, más que en otros lugares, diciendo exorcismos contra los enemigos..., y terminadas las bendiciones el señor Conde y el Obispo regresaron al Templo del Señor San Salvador”.

La crónica citada fecha en el 3 de mayo de 1090 este ritual que parece dar paso a la construcción de la muralla con la protección del conde y del obispo de Oviedo, Pelayo. También se muestra que el templo Catedralicio estaba ya avanzado siendo previo a las murallas que, en su lado este, se integrarían dentro de su contorno.

Siguiendo las crónicas parece que sólo nueve años después, hacia 1099, gran parte de la muralla estaba levantada, a falta quizá de algunas almenas. Resulta un tiempo asombrosamente corto para una obra de tal magnitud. Es cierto que participaron en ella un número

considerable de peones cifrados en unos dos mil. Hay testimonios que citan a Casandro Colonio, alemán de Colonia, y Florín de Pituenga, francés de Poitou, como los canteros encargados de dirigir la obra, aunque algunos la asignan directamente a constructores vizcaínos.



Primer tramo de muralla

A partir de aquella temprana construcción destinada a defender la nueva ciudad frente a los almorávides, el tiempo ha pasado por sus piedras de granito no sin afectarlas, como demuestra la amplia reconstrucción efectuada en 1576, durante el reinado de

Felipe II, y las mejoras constantes que hoy en día se pueden contemplar.

Pues bien, ya es hora de pasear por sus almenas, saber qué se puede contemplar desde ellas. Seguiremos en su descripción el mismo orden en que mencionamos los tres tramos al comienzo de este capítulo.

Al primero de ellos, el que va desde la puerta del Carmen hasta la de las Carnicerías, por gran parte del lienzo norte hacia el este, puede accederse desde cualquiera de sus dos extremos. En la puerta del Carmen, junto a la antigua iglesia del mismo nombre que levanta su desnuda espadaña sobre los restos que apenas se conservan, hay una caseta de madera. Hace ya cuatro años, cuando recorrí aquel camino por primera vez con apenas cincuenta años, una jovencita ignorante ya me preguntó si quería entrada de jubilado. En aquel viaje entendí mejor la situación al observar la gran cantidad de jubilados que llegan hasta la capital abulense en autocares deseando visitar los lugares teresianos.

Cuatro años después no me han preguntado tal cosa pero, aprovechando la experiencia, dije que era prejubilado y me hicieron el descuento oportuno. Tras esta pequeña venganza ascendí las escaleras hasta acceder a las almenas. Éstas se prolongan metros y metros sin más incidencias que la periódica aparición de los torreones, a muchos de los cuales se puede acceder. Desde ellos tanto se puede mirar hacia atrás, observando la bonita espadaña antes mencionada, como hacia adelante, donde el camino se va elevando de manera brusca para pasar desde la parte baja de la ciudad a la alta.



Espadaña de la iglesia del Carmen



Paseo por el primer tramo

Sin embargo, lo más interesante indudablemente es asomarse a los torreones. Se observa así el barrio de Ajates, un lugar donde apenas descollaban hasta el siglo pasado la enhiesta torre de San Martín, en primer plano, y la mole del convento de la Encarnación, más allá. Aún son los monumentos en los que se fija la vista pero ahora están rodeados de tejados rojos de un barrio que, según me aseguró el guía de San Martín, es sobre todo residencial de clase media. En tiempos medievales discurría por este lugar el río Ajates entre huertos y campos de cebada. Mucho ha cambiado desde entonces.



Barrio norte, de Ajates

Asomarse a las almenas produce un cierto vértigo. En ese lado alcanzan una altura considerable y aparecen rodeadas de hierba que llega hasta la cercana carretera de circunvalación de la ciudad. Ahora que observo las fotos que hice cuatro años atrás con una cámara pequeña recuerdo cómo fui paseando junto a estas murallas, por ese mismo barrio de Ajates, cómo encontré de repente, a finales de septiembre, un montón de establos alineados donde permanecían grandes toros y vacas alrededor de los cuales circulaban ganaderos, ojo en ristre, solos o en pequeños grupos, discutiendo y contrastando opiniones.

Hacia el interior se observan algunos edificios que luego habría de recorrer con más detalle. En particular la capilla de Mosén Rubí, de larga historia, y cuyo exterior se levanta muy cerca de dicha puerta del Carmen. Pero luego

se sigue andando hacia el lado este de la ciudad y aparecen vistas que resultan inaccesibles debido a las obras que se prolongan durante años: los patios de los palacios de Bracamonte, de Sofraga o de los Águila que habremos de comentar más adelante. Algunos están medio abandonados, en un declive que quizá la restauración emprendida lleve a controlar para ofrecer, dentro de un tiempo, un recorrido completo por la zona nobiliaria más importante en la ciudad: la parte norte de la misma desde la puerta de San Vicente a la del Carmen.



Lienzo norte de la muralla

Llegando a la esquina entre el lienzo norte y el este hay dos elementos que es necesario mencionar. El primero resulta una auténtica curiosidad que se encuentra en el mismo torreón de la esquina: un hermoso reloj de sol

depositado en el suelo, de metal cobrizo y numerosas placas que los visitantes observan con interés pero escasa comprensión, como es también mi caso.

Si te asomas mirando hacia el este ya se puede contemplar uno de los monumentos de mayor interés de Ávila, junto a la Catedral y el lejano monasterio de Santo Tomás: la iglesia de San Vicente, antiguamente de los Santos Mártires. No siempre se puede escoger el momento de subir a las murallas y por ello la he encontrado con el sol bien arriba. Sin embargo, por la tarde, con una luz a espaldas del observador y declinante, el espectáculo desde ese torreón debe ser fascinante porque la misma iglesia lo es.



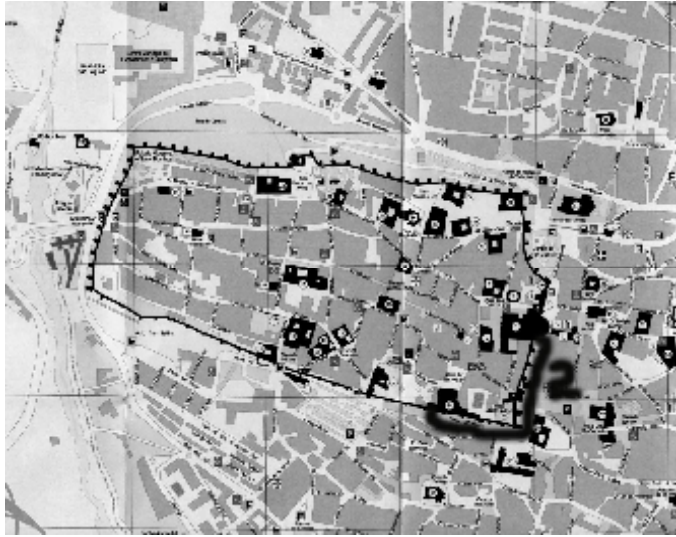
San Vicente

Por debajo los coches van pasando desde el exterior hacia el interior, sea para doblar hacia la plaza de la Catedral o bien para bordear los palacios atravesando la ciudad. Recuerdo en mi primer viaje la sorpresa de ver ese monumento ahí, algo inesperado porque ni plano siquiera tenía de la ciudad. Luego he tenido la ocasión de recorrerlo dos veces en su interior y la sensación de estar ante un monumento especial, interesante y único, permanece siempre.

Después se recorre parte del lienzo este pero la vista inevitablemente se ve atrapada por dos elementos sobresalientes: por un lado San Vicente, que sigue ofreciendo una hermosa panorámica y, por otro, la gran mole de la Catedral que se atraviesa en el camino que se va siguiendo y obliga, en el punto más extremo, a bajar unas escaleras hasta el nivel de la calle.

Tras un breve paseo de apenas cien metros se llega a la puerta del Alcázar. Cuando se atraviesa aparece junto a la muralla una nueva caseta que permite acceder a las almenas. Hemos pasado así al otro lado de la Catedral y el primer camino consiste en retroceder hasta ella para observar sus detalles. Se puede captar así una buena fotografía donde la masa Catedralicia se impone sobre el camino que lleva hasta ella.

De modo que retrocedes de nuevo encaminándote hacia la esquina entre el lado este de la muralla y el sur en cuyo recorrido se levanta a considerable altura la torre del Homenaje y poco después el Baluarte, algo más bajo. La subida es algo estrecha y fatigosa pero la vista es espléndida desde la primera.



Segundo tramo de la muralla



La Catedral, desde el segundo tramo



Plaza de Santa Teresa

Mirando hacia el exterior se aprecia gran parte de la hermosa y amplia plaza de Santa Teresa al final de la cual se levanta la iglesia de San Pedro. Éste era un lugar donde habitualmente se formaba un mercado, el Grande que denominaban en contraposición al Chico del interior de Ávila. Ahora es un terreno amplio por donde circulan los turistas, se sientan los peatones cansados y se sitúan algunas mesas de bares y cafeterías. Más allá se extiende toda la barriada este de la ciudad, de gran riqueza monumental y de considerable vitalidad ciudadana.

Pero das la vuelta y en el interior de la ciudad aparece la actual plaza de Adolfo Suárez. Estos terrenos

fueron los del Alcázar de la ciudad hasta el siglo XX en que sus últimos restos fueron derribados para construir un neoclásico Banco de España y una fuente central. Me ha llamado la atención de este lugar la mezcla de estilos que es posible captar con la buena panorámica que permite subir a las murallas. Al fondo levanta su masa la Catedral medieval, a la derecha las almenas del mismo tiempo y, tras el espacio abierto, el edificio bancario. Junto a la muralla, rodeado por una pequeña verja, descansa un hermoso verraco.



Plaza de Adolfo Suárez

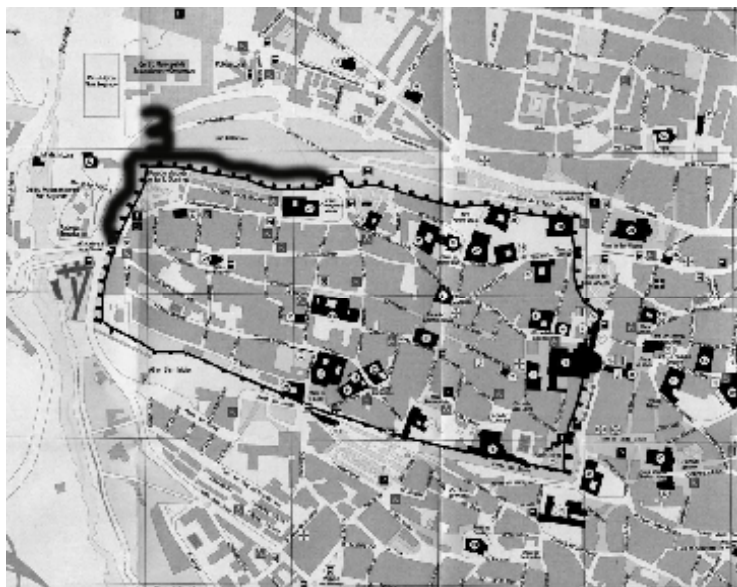
Bajas de la torre del Baluarte para recorrer los pocos metros que es posible seguir del lienzo sur de la muralla. Allá al frente está el barrio más humilde de la

ciudad, donde se instalaron antiguamente los musulmanes y moriscos que la repoblación castellana empujó a los arrabales pero permitió vivir en dicho lugar durante varios siglos. Enfrente se destaca la iglesia de Santiago, centro de la vida en este barrio junto a otra iglesia que desde este lugar no es posible observar por caer más hacia el oeste, la de San Nicolás. Otros conventos como el de Santa María de Gracia, inmediatos a la muralla por fuera, se pueden contemplar desde aquí con gran facilidad y es mejor aprovecharlo porque su acceso conventual no está permitido desde la calle.

Finalmente terminas el recorrido asomado a los últimos torreones y enfocando de varias formas esa iglesia de Santiago que por la tarde, cuando mis pasos me hayan dirigido por el tercer tramo de las murallas, me llevarán después hasta sus inmediaciones.



Barrio de Santiago, con su iglesia en el centro



Tercer tramo de la muralla

Llegamos así al último tramo de las murallas, en el punto opuesto de éste que acabamos de referir. Comprende el conjunto de almenas del lado norte desde la puerta del Carmen (pero al otro lado de la espadaña eclesiástica del mismo nombre) hasta la puerta de San Segundo o del Puente, ya en el corto lado oeste de la muralla.

Estaba cansado cuando caminé por este tramo. Por ello no subí más que a contados torreones del lado norte. A la derecha aún se podía percibir la masa de la Encarnación y San Martín que había visto por la mañana, desde el primer tramo. Frente a mí estaban las últimas

casas de aquel barrio residencial de Ajates pero, en el espacio considerable que se extendía en torno de la muralla hacia el oeste, estaban construyendo un gran edificio en piedra blanca. Pregunté por él y me dijeron que era el nuevo Palacio de Exposiciones, sustitución moderna de la iglesia de San Francisco, utilizada ahora con esas funciones y que podría observar en ese mismo barrio hacia el este, al día siguiente.



Futuro Palacio de Exposiciones

Llegué así andando hasta la parte superior de la puerta del Puente. La vista es hermosa, distinta. Hacia el interior no hay más que casas y calles alineadas que han de subirse con esfuerzo para llegar a la parte este de la ciudad. Aquí no hay monumentos espléndidos ni se alzan las iglesias. Tan sólo se puede encontrar la ermita de San

Esteban que no puede percibirse, dada su escasa altura, desde lo alto de las murallas. No en vano éste siempre fue un barrio humilde de zapateros, talabarteros y demás oficios que marchaban a vender sus modestos productos al Mercado Chico.



Vista interior desde la Puerta del Puente

Pero si uno se acoda mirando hacia el exterior la vista es interesante. A la derecha una pequeña iglesia que ha conocido varios nombres hasta quedarse con el de San Segundo tras el descubrimiento de los supuestos restos de aquel antiguo cristiano que, seguidor de los discípulos de Cristo, vino en tiempos antiguos por estas tierras, según dicen, para ser enterrado en esta humilde iglesia.



Iglesia de San Segundo

Más allá el río Adaja, nombre árabe del que no hay seguridad sobre su significado. Algunos afirman que por aquí se asentó la tribu azdaya, otros sostienen que este río que ahora transcurre manso bajo los dos puentes, el antiguo y el nuevo, era de cierta riqueza aurífera en aquellos tiempos y por eso se denominó “río de riquezas”, Guadgaza, que los cristianos deformaron hasta la expresión actual.

Sea cual sea su origen el río Adaja discurre bajo ambos puentes, los dos muy cercanos entre sí, permitiendo el acceso al barrio que fue más pobre de la ciudad, el arrabal donde se concentraban los vecinos dedicados al tinte y encurtido de pieles de oveja, al tratamiento del cuero. Ahora se puede apreciar un cúmulo de casas junto a

la carretera que, tras circunvalar Ávila, atraviesa el puente y se bifurca en dos direcciones: la norte y la sur. Por allí caminaría otro día para alcanzar los Cuatro Postes, lejano monumento donde dicen que se detuvo Santa Teresa de niña con su hermano Rodrigo, tras ser alcanzados por su tío cuando iban a predicar en tierra de infieles.



Puentes sobre el Adaja

Es cierto que luego bajé al nivel de la calle, incluso con cierta premura al observar abierta la iglesia de San Segundo, que deseaba visitar en su interior. También es verdad que fui luego andando por la orilla del río, bordeando su ribera, eludiendo hierbajos y caminos poco transitados, que luego marché hacia el interior para sentarme un rato en el Mercado Chico. Desde entonces han transcurrido horas y días, he atravesado otros caminos

y calles, pero recuerdo vívidamente ese recorrido por los tres tramos de la muralla abulense: el primero, el más amplio y espectacular en su altura; el segundo, más lleno de detalles e historia; el tercero, más humilde y lleno de belleza. Y ahora que recuerdo aquellos momentos, esas vistas, el viento que se fue levantando aquella tarde para aliviar el calor, el hombre que me miraba desde una terraza mientras leía sentado un periódico, aún siento el interés y cierta vaga emoción al observar el río, los puentes, los coches que circulaban incansables, mi soledad sobre las almenas, la inesperada sensación de que estaba descubriendo otra Ávila distinta de la que esperaba.



La horizontalidad de la ciudad amurallada

Cuando se mira a la ciudad en toda su amplitud desde ese punto, la parte superior de la puerta del Puente,

se percibe algo peculiar: Ávila es horizontal, no tiene grandes alturas pese a la que presenta la torre de su Catedral. Cuando se dirige la vista hacia su interior desde ese lugar se ve una ciudad uniforme que parece crecer siguiendo la cuesta que asciende hacia el lado este. Todo el barrio más bajo se extiende como una alfombra de tejados hasta tropezar con la muralla que salpica de torreones el horizonte. Apenas alguna pequeña torre, la espadaña del Carmen, altera la horizontalidad del conjunto.

Así, esa Ávila que se recoge en sí misma, la del siglo XVII en adelante, cuando el impulso reformador carmelita se transformó en un movimiento aceptado, los nobles se alejaron de la ciudad camino de Madrid y la ciudad entró en una irremisible decadencia, no sólo se hurta a las miradas por medio de sus murallas sino que parece encogerse, como quedar atrapada en un románico que no busca las alturas del gótico, en unos palacios que ya no se renuevan, conventos que siguen una vida sin estridencias, en los que las reformas constructivas respetan el modelo anterior sin pretender cambiarlo. Esa Ávila que se convulsionó con la mirada hacia arriba de Santa Teresa, la que recordó que desde los valores más sencillos y austeros del cristianismo se podía llegar hasta Dios, vuelve a mirar al suelo, las calles estrechas y empedradas, las casas de pocas alturas, los palacios progresivamente abandonados.

2

Las Puertas

La muralla tiene otra forma de recorrerse, claro está, que es bordeándola al nivel de la calle, así como traspasándola para observar tanto el exterior como la vida ciudadana a la que dan paso en su interior.

El lienzo de muralla más conocido y espectacular, allí donde las puertas alcanzan su mayor dimensión y atractivo, es el este. En la parte central destaca la puerta del Peso de la Harina, la entrada más habitual puesto que a través de ella se accede a la parte norte de la Catedral, el palacio del Rey Niño y, bordeando el palacio de Velada, siguiendo la actual calle Tomás Luis de Victoria, se accede casi en línea recta al Mercado Chico.

Se la conoce con otros nombres que hablan de la misma historia: Es la puerta de los Obispos porque a través de ella se accedía al antiguo palacio arzobispal, hoy del Rey Niño, como hemos mencionado. Y éste se llama así porque albergó al futuro rey Alfonso VIII en su minoría de edad, cuando su posible reinado pendía del hilo de las ambiciones políticas y nobiliarias de la época. Por este motivo y porque la ciudad siempre le protegió, esta puerta también fue conocida como la de los Leales.

La abertura es, como casi todas las demás, algo estrecha sin permitir apenas el paso de los coches que, de hecho, tienen prohibido el acceso por este lugar. La puerta atraviesa la Casa de las Carnicerías, un edificio construido inicialmente para alhóndiga del vino pero que luego, por

motivos desconocidos, se dedicó a carnicería. Restaurada repetidamente esta casa es hoy un lugar de exposiciones que permite el acceso o bajada al tramo noreste de la muralla, el primero que comentamos en el párrafo anterior.



Puerta del Peso o de las Carnicerías

La puerta del Peso, cuyo nombre remite a otra de las actividades que el tiempo proporcionó a esta casa, es recorrida por turistas y abulenses que traspasan repetidamente las murallas en este punto. Por la parte exterior se extiende la calle que circunda en gran parte la ciudad y también unos trozos de césped junto a una amplia acera donde se alinean bancos. En ellos se sienta la gente al atardecer para charlar y contemplar el bullicio frente a las murallas, el incesante paso de coches y personas, las tiendas donde se adquieren las yemas de santa Teresa, el

postre típico de la ciudad, las tabernas y bares, la ropa, collares, recuerdos. En esos bancos estuve también una tarde, cerca de las ocho, cansado después de recorrer a lo largo del día toda la muralla y los arrabales. Se estaba bien, pese al tránsito motorizado, había un ambiente relajado de final de día, con ancianos que miraban distraídos el movimiento y charlaban entre sí.



Paseo exterior del lienzo este

A partir de esta puerta se puede recorrer la muralla hacia el norte o el sur de manera que, en cada caso, se encuentran puertas diferentes hasta totalizar tres en este lienzo este de la muralla. Si es hacia el sur uno encuentra dos puntos llamativos en los que conviene fijarse: la capilla de San Segundo y la estatua de Santa Teresa.



Capilla de San Segundo

A la primera se llega por un doble juego de escaleras de cierta altura que constituye un acceso clausurado a la Catedral. Sin embargo, una puerta a la izquierda permite acceder a una capilla más de este monumento al que sólo puede llegarse desde fuera de las murallas. Hay que recordar que San Segundo, cuya ermita habríamos de visitar más adelante, es patrono de la ciudad.

Siguiendo el camino hacia el sur se encuentra con facilidad la hermosa estatua moderna dedicada a la santa abulense, cuya blanca presencia destaca de inmediato sobre el color de la piedra con que está hecha la muralla que le sirve de fondo.



Estatua de Santa Teresa de Jesús

Finalmente se llega a la puerta del Alcázar, la más espectacular de todas por aparecer entre dos grandes torreones y estar acompañada poco después por las torres del Baluarte y el Homenaje. Cuando uno se dispone a

atravesarla deja detrás la amplia plaza de la Santa con su iglesia de San Pedro al fondo.



Puerta del Alcázar

La visión de esta puerta es amplia al no estar constreñida por edificios cercanos. Sin embargo, la calle interior que nos recibe no lo es tanto: la de san Jerónimo, que se va internando en la ciudad. A la derecha la calle Cruz Vieja, bastante solitaria en general, por donde se llega hasta la Catedral. A la izquierda, sin embargo, en los terrenos del antiguo Alcázar, se abre la actual plaza de Adolfo Suárez con la mezcla de estilos que mencionamos anteriormente. Por allí hay un nuevo acceso a la parte sureste de la muralla, el segundo tramo de los que recorrimos en el párrafo previo.

Si desde la puerta del Peso, sin embargo, tomamos la dirección norte nos encontramos en primer lugar con la llamada Casa de la Misericordia que es la única, junto a la de las Carnicerías, que sobrevive en la muralla. Construida en el siglo XVI por un racionero de la Catedral, Rodrigo Manso, estuvo destinada entonces al reparto de pan entre los más necesitados de la capital, lo que originó en la tradición popular el cambio de nombre.



Casa de la Misericordia

Luego la muralla hace una curva hacia dentro hasta llegar a la puerta de San Vicente, el tercer acceso al interior por la parte este de la ciudad, el más transitado tanto por peatones como por coches que aquí sí entran con asiduidad para recorrer la calle López Núñez por la zona

norte de los antiguos palacios nobiliarios. Es pues un punto donde es difícil detenerse porque el tránsito motorizado es frecuente. Sin embargo, cabe apartarse en torno a los jardines que circundan la muralla, contemplar el llamado Jardín de Prisciliano, fruto de unas excavaciones arqueológicas realizadas hace unos diez años sobre restos romanos y vacceos. Fue aquí donde se encontró el verraco al que se hizo referencia en el párrafo anterior.



Plaza de San Vicente

La puerta toma su nombre de la Basílica de los Santos Mártires o iglesia de San Vicente que se levanta frente a ella, al otro lado de una rotonda que los coches circundan, sea para continuar bordeando la muralla o para introducirse hacia el interior en este punto.

En el lado norte la muralla se alza a una altura considerable, sensación aumentada por el hecho de estar construida sobre una elevación del terreno. De este modo, cuando una mañana estuve visitando el barrio residencial donde se encuentra la Encarnación, hube de ascender una escalera para llegar a la puerta del Mariscal o bien, hacia el oeste, bordear una carretera que entre curvas conduce a la puerta del Carmen. Éstas son las dos puertas de esta parte de la muralla. No tienen tanto encanto en su parte exterior como interés en su interior.



Plaza de la Fuente del Sol, con la capilla de Mosén Rubí a la izquierda

La del Mariscal da paso a una bonita plaza de la Fuente del Sol que aún sería más atractiva sino estuviera invadida por coches aparcados. Entre ellos se levanta una

hermosa cruz de piedra y algo más allá la mole considerable de la capilla de Mosén Rubí. Muy cerca también se encuentra el palacio de Bracamonte cuyo constructor, Álvaro Dávila, fue mariscal con el rey Juan II y marido de Juana de Bracamonte, gracias a lo cual pudo acceder al título correspondiente. Personaje muy principal de su época, dio nombre a la puerta por la que se accedía habitualmente a dicho palacio.

Como también es usual, las puertas en ocasiones toman el nombre de las carreteras que salen de ellas o bien de conventos e iglesias situadas junto a ellas. Es el caso de la puerta del Carmen, que se abre junto a los restos del antiguo convento de carmelitas calzados del Carmen, cuya espadaña sobresale entre la horizontalidad de las murallas desde su construcción en 1670.



Puerta del Carmen

Se puede continuar bordeando la muralla por fuera pero resulta de mayor interés hacerlo por su interior, pese a que el barrio no presenta edificios de gran interés dada la original humildad del entorno. En todo caso, descendiendo hacia el oeste se llega hasta la puerta del Puente o de San Segundo, que mencionamos antes. Frente a ella hay una rotonda por la que los coches circunvalan la ciudad o bien atraviesan el puente nuevo sobre el Adaja. Toda esta zona ha sido remodelada no hace mucho quedando una serie de terrazas algo complicadas de atravesar por no disponer de caminos claros y mostrar salidas inopinadas en lugares inesperados. Sin embargo, finalmente se accede al río y se pueden hacer unas buenas fotos tanto del mismo como de las murallas.



Puerta del Carmen e iglesia, desde la muralla



Puerta del Puente

Es posible acceder a la ciudad también por el lado sur, el que se enfrenta al barrio de Santiago. Hay tres puertas allí de manera que, viniendo del río y subiendo con dificultad la considerable cuesta a que obliga el recorrido de la muralla (eso sí, bien pavimentado), se encuentran: la puerta de la Malaventura, la de la Santa y la del Rastro.

La primera se alcanza subiendo una pequeña escalera y aparenta ser más postigo que puerta. Es tan estrecha y humilde que en principio no se le presta atención. Subí por ella en una ocasión y encontré que daba a una calle sin aparente interés y además obligaba a bajar por una rampa de tierra. Sin embargo, me llevé cierta sorpresa al encontrar que quizá sea una de las puertas con mayor historia de la ciudad por estar asociada a algo que

pudo ser verdad o tal vez sólo haya quedado como una leyenda de incierto fundamento histórico.

Es conocido que hacia 1112, tras la muerte de Alfonso VI y la boda de su hija y heredera, Urraca, con el rey de Aragón, Alfonso I el Batallador, las tensiones fueron considerables entre ambos cónyuges hasta la ruptura de relaciones y una auténtica guerra civil que tuvo lugar en Castilla. Por entonces, el heredero de este último reino era el hijo de Urraca y su primer marido, el repoblador de Ávila y otras ciudades, Raimundo de Borgoña. Este niño, el futuro Alfonso VII, debía contar unos siete años por entonces y, al decir de la leyenda, fue alojado en el antiguo Palacio Arzobispal conocido hoy como del Rey Niño. Este hecho es un tanto incierto porque es conocido que Alfonso niño se educó en Galicia junto al obispo Gelmírez, lejos de las tensiones de la corte castellana. Su presencia en Ávila es, por tanto, una incógnita que no excluye la posibilidad de que fuera cierta.

Dicen que por entonces se presentó frente a la muralla su padrastro, el rey aragonés Alfonso I. Al parecer demandó visitar a su hijastro en el interior de la ciudad para lo cual, a modo de garantía, exigió la entrega en su campamento de varios nobles abulenses con todos sus escuderos hasta un número superior a cincuenta personas. Hecho esto la leyenda continúa diciendo que, finalmente, no hubo acuerdo sobre su visita y tuvo que contentarse con que le enseñaran al rey niño que, desde las almenas, le saludó.

Irritado por esa muestra de desconfianza y, seguramente, por no poder apoderarse del heredero, mandó degollar a los rehenes, cinco nobles con cuatro de

sus hijos y sus escuderos, hirviendo después sus cabezas al objeto de que se conservaran para mostrarlas como advertencia en otras ciudades castellanas.



Puerta de la Malaventura

Este suceso que, de ser cierto, resultaría terrible incluso en aquella época, es conocido como de las Hervencias y se ignora si tiene relación con un lugar, al este de la ciudad, conocido por dicho nombre. En todo caso, estos rehenes tuvieron la mala ventura de salir por esta puerta que, hasta el siglo XV, fue clausurada para recordar la muerte de tales caballeros. Este hecho vuelve a ser cuestionable porque es de imaginar que una comitiva de nobles con decenas de escuderos, previsiblemente a caballo los primeros, no podía atravesar la muralla por

puerta tan estrecha habiendo otras como la del Alcázar que tradicionalmente han sido el acceso a carruajes y caballerías.

En todo caso, la afrenta no terminó aquí dado que, entre los degollados, estaban un hermano del importante noble Blasco Jimeno y del famoso Nalvillos. Eso condujo a que el mismo Blasco y su sobrino Lope Núñez retaran al rey Alfonso a duelo. En un lugar del campo al que no pude llegar se levanta desde el siglo XVII una cruz en piedra berroqueña llamada del Reto. En ella figura una inscripción:

“Aquí retó Blasco Jimeno, hijo de Fortún Blasco al rey Alonso el primero de Aragón, quien contra su palabra y juramento hirvió en aceite sesenta caballeros avilese que la ciudad le dio en rehenes ofendido de que no le entregó al rey don Alonso el sétimo que tenía en guarda y acometido del ejército real murió como gran caballero vendiendo muy cara su vida dexando a los venideros memoria de su valor. Año de 1112. Quien dixere una ave María por su ánima gana 40 días de perdón”.

Si se continúa el camino bordeando la muralla se llega a la puerta de la Santa. Es de gran sencillez, con dos pequeños cubos bordeándola y un pequeño matacán. Frente a ella, hacia el exterior, se abre una pequeña plaza donde se sientan numerosos ancianos de una cercana residencia dedicada a Santa Teresa Jornet. A algunos se

les puede ver subir las escaleras con dificultad, otros recorren con el mismo empeño una larga rampa lateral, deseosos de llegar hasta arriba, lejos pero a la vista de la residencia, para charlar, permanecer silenciosos o mirarme con gesto desconfiado mientras alguno me pide un cigarrillo.

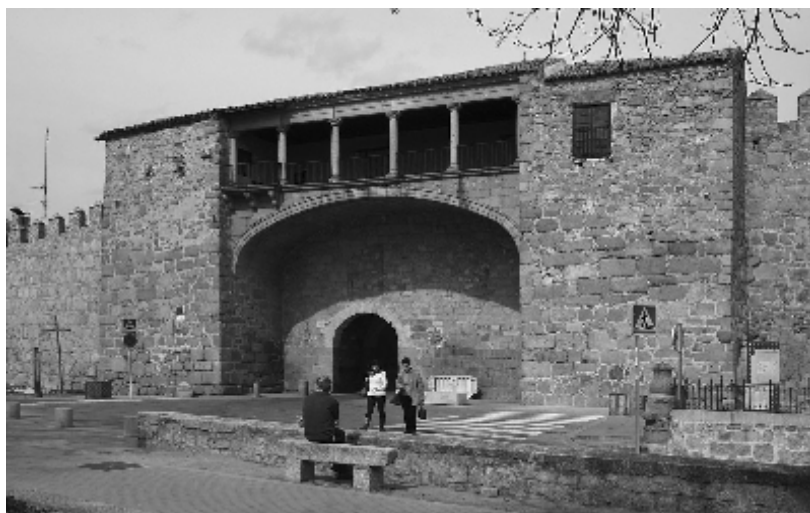


Puerta de la Santa

Hacia el interior se llega a un lugar emblemático del recorrido teresiano de la ciudad: la plaza de la Santa, donde se levanta la iglesia del mismo nombre, antiguamente casa natal de Teresa de Jesús.

Desde esta puerta y siguiendo de nuevo hacia el este se extiende el paseo del Rastro que, en una ocasión, he visto lleno de tiendas instaladas para un mercado de

artesanía. El lugar, pese a estar algo apartado, es accesible desde la zona más comercial al este de la ciudad, ancho y bien pavimentado, como toda esta parte. En medio aparece una puerta más elaborada que la anterior, la del Rastro, conocida en otras épocas como la puerta de González Dávila, por acceder fácilmente por ella al palacio de tal noble.



Puerta del Rastro

Se muestra rodeada por torres cuadradas remodeladas en el siglo XVI y, en su parte superior, una galería mirador que podía recorrerse desde el palacio citado y donde aparece una leyenda escrita que dice: “Manqueospese la veré”. Ello tiene relación con las polémicas surgidas entre los Dávila y el Concejo municipal sobre la apertura o cierre de esta puerta así como el propio acceso al mirador.

Con ello terminamos el recorrido fundamental de la muralla tanto sobre las almenas como a nivel de calle. Aún hay una serie de postigos que no se mencionan por su escaso interés histórico.

3

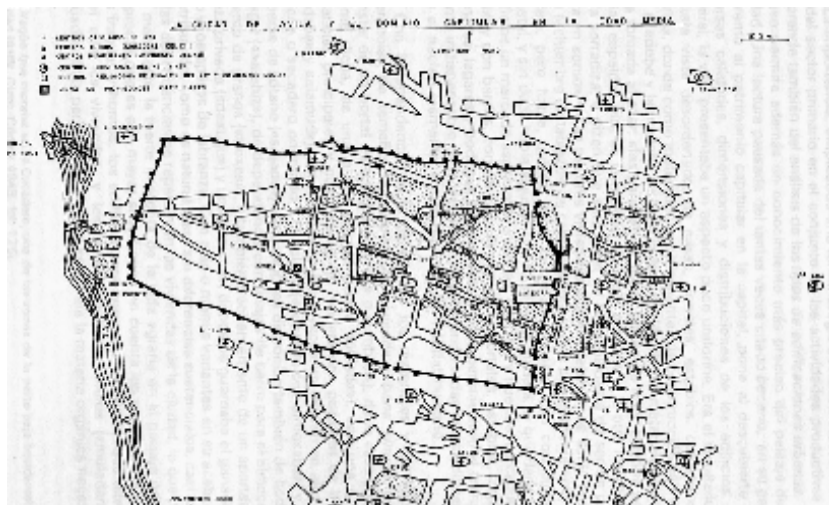
La repoblación del siglo XI

Lo que una ciudad es depende de lo que fue, de su nacimiento y desarrollo, resulta imposible adentrarse en aquello que queda en la memoria y en las sensaciones sin saber algo de la historia del lugar. En ese sentido, Ávila es hija de la repoblación cristiana, como lo han sido otras muchas ciudades en aquellos siglos de avance y derrotas musulmanas. Ahí está la muralla para recordar ese nacimiento, la consideración inicial de la ciudad como baluarte para la guerra, el surgimiento de poderosas familias al amparo de la misma, la consecución de sus privilegios y exenciones fiscales, el progresivo control de los concejos municipales, el engrandecimiento de los linajes, su enfrentamiento interno aplacado tan solo por un poder más fuerte, como fue el monárquico.

Todas las ciudades castellanas, leonesas, extremeñas, que he llegado a conocer tienen esos nexos en común, como hilos que unen su nacimiento y desarrollo medievales. Sin embargo, ninguna ciudad es exactamente como las otras, por ello es interesante fijarse en las diferencias, más difíciles de explicar la mayoría de las veces, más que en las semejanzas, que se resumen *grosso modo* en lo dicho líneas arriba.

Por ejemplo, conviene preguntarse el por qué de las considerables diferencias de vitalidad entre una ciudad como Segovia y otra como Ávila. ¿Es únicamente la cercanía a la capital madrileña, al centro de la Corte, la

que justifica que sus calles estén invadidas por comerciantes, trabajadores y turistas la primera, y que el número de los primeros descienda considerablemente en Ávila? Es posible que sea así, que la presencia de Enrique IV en la ciudad segoviana dotara en su momento de poder y presencia a esta capital en detrimento de la abulense.



Ávila, durante la repoblación

La huida de los nobles hacia la Corte a partir del siglo XVII, que es común en Ávila y Cáceres, por ejemplo, dejó sin vitalidad ni dinero circulante a estas ciudades. Entonces ¿por qué la ciudad extremeña quedó como congelada en el tiempo, gracias además a una buena restauración, mientras que Ávila sigue viva, aunque mermada su iniciativa y capacidad de proyectar un futuro? ¿Por qué la presencia de lo religioso arraigó de tal manera en Ávila que se puede hablar de ella, no sin motivo, como

una ciudad conventual durante largo tiempo? Si el empeño de enterrarse en las capillas eclesiásticas, algo propio de la nobleza medieval, era común en todas las ciudades ¿por qué tomó tal dimensión en la capital abulense?

Todas estas preguntas me he ido haciendo mientras paseaba por las calles de Ávila, al recorrer esas capillas, observar sus conventos, la religión que se palpa en tantos sitios, plazas y calles, los autobuses de ancianos que buscan con interés y emoción los testimonios teresianos. Todo ello me lleva a hacerme preguntas y no siempre tengo respuestas pero ya es suficientemente válido el formular los interrogantes, anotar los puntos que caracterizan a esta ciudad en el recuerdo, para aquellos que hemos paseado por ella.

La historia empieza con la repoblación de finales del siglo XI. Antes de eso se habla de que el rey Fernando I, en 1063, llegó hasta esta ciudad, entonces arrasada por Almanzor y despoblada, para trasladar los restos de los jóvenes mártires que encontraron la muerte en el siglo IV d.C. La ciudad parece entonces que había existido y, lo que es más significativo, que aún se conservaba el recuerdo de aquellos mártires cristianos porque se les rendía culto, de un modo u otro. Todo ello va en la línea de la tendencia actual a negar el vacío poblacional completo de aquellos años sosteniendo, por el contrario, la presencia de pequeños núcleos de población, generalmente arraigada a la tierra y viviendo en un horizonte de incertidumbres.

Pero es durante el lustro que discurre desde 1078 a 1083 en que el rey Alfonso VI va ocupando definitivamente la franja que discurre entre el Duero y el

Tajo, acercándose a Toledo, la gran capital musulmana por entonces.

Hacia 1087 se celebra el matrimonio de la hija y heredera del rey, Urraca, con el conde Raimundo de Borgoña, fiel vasallo durante un tiempo del rey castellano, venido a la Península al llamado de la nueva cruzada hispana contra los musulmanes. Este matrimonio hizo del conde borgoñón futuro rey y persona de total confianza del monarca reinante que le encargó el repoblamiento de Salamanca, Segovia y Ávila.

Antes de que en 1107 la muerte se atravesara en su camino, Raimundo de Borgoña hizo una magnífica labor consiguiendo hacer de estas ciudades lugares de asentamiento militar ante una frontera siempre incierta pero que no dejaba de retroceder hacia tierras musulmanas. No se sabe con certeza si el repoblamiento de Segovia tuvo lugar un año antes que el de Ávila o fue casi simultáneo pero, en todo caso, parece probado que en 1089 empezaban a llegar a Ávila los primeros contingentes repobladores. Al año siguiente comenzaría a levantarse la Catedral sobre un antiguo templo dedicado a San Salvador así como la cerca que habría de rodear a la ciudad hasta el día de hoy.

Vinieron grupos humanos que no fueron repartidos jerárquicamente sino que ocuparon, al compás de su llegada escalonada, los lugares que creían mejores y más importantes. De este modo vinieron asturianos, vascos, riojanos, burgaleses, palentinos, entre otros, así como francos que acostumbraban a acompañar el mando del conde Raimundo, en particular, los monjes de Cluny. Pero también llegaron en menor medida desde el sur mozárabes

provenientes del reino de Toledo donde la amenaza cristiana había dejado en una incómoda posición a familias que seguían defendiendo sus raíces y creencias cristianas.

Al mando de cada grupo estaban los adalides, jefes de destacamento, poseedores de caballo y armas. Tener tales elementos era suficiente para pasar a integrar la caballería villana que dio origen con el tiempo y las cabalgadas realizadas en tierras musulmanas, al reconocimiento de su categoría social como caballeros.

En este sentido destacaron desde muy pronto grupos y personajes clave en el desarrollo nobiliario de la ciudad. Desde el primer momento se asentaron en el gobierno de la ciudad, tal como les fue confiado por el conde Raimundo, tanto los obispos de Oviedo, Pelayo, como el recién nombrado de Ávila, Pedro Sánchez Zurraquines, así como dos hermanos Blázquez, Ximeno y Álvaro.

De todos modos se incorporaron pronto desde Asturias Sancho de Estrada, de Cantabria Juan Jiménez del Abrojo, y de Covalada los Zurraquines. Después llegaría un personaje que pasaría a la leyenda, Blasco Jimeno junto a su mujer Menga Muñoz y sus hijos. Todos ellos encontraron su lugar en la historia pero antes obtuvieron privilegios y tierras por parte del rey, de acuerdo a los servicios prestados en su lucha contra los musulmanes.

Uno de los más famosos y en el que podemos detenernos porque su huella aún está presente en cierto modo por la ciudad, es Nalvillos Blázquez. Era el hijo mayor de Ximeno Blázquez y fue armado caballero por el mismo Ramón de Borgoña en la iglesia de Santiago que

vimos desde el segundo tramo de muralla. Aún habremos de visitar dicha iglesia más adelante a la que no pude acceder pese a mi curiosidad, sabiendo que el mismo Nalvillos fue enterrado allí, en tumba que actualmente está perdida.

Pues bien, hacia 1101 Nalvillos era uno de los caballeros más destacados en la lucha contra los musulmanes teniendo una brillante actuación en Cuenca y Vélez. Siete años después le vemos como alcalde de la ciudad tras la muerte de su padre. Sin embargo, su memoria y fama populares a través de los siglos quizá sea debido a una leyenda que aún lo heroico de su comportamiento en la guerra con sus desgracias amorosas.

Porque fue a enamorarse de la llamada “Aja Galiana”, hija de Al Mamún, hermano del rey de Toledo. No era extraño que hubiera este tipo de intercambios como gesto de buena voluntad entre los monarcas al tiempo que como posible papel de rehenes ante las traiciones que la guerra de aquellos años propiciaba. El tratamiento de tales personajes reales era, sin embargo, exquisito y musulmanas como ella se educaban al modo cristiano constituyéndose en una mezcla que daba lugar incluso al mestizaje.

En efecto, hay numerosas leyendas de reyes, príncipes y nobles castellanos enamorados de una bella jovencita musulmana. Nalvillos fue uno de ellos y, casado con Aja, que tomó el nombre cristiano de Urraca al desposarse, fue a vivir con ella a Palazuelos.

Sin embargo, ante las ausencias de su esposo Aja Galiana fue a fijarse en un moro talaverano de alta alcurnia, Jezmin Yahia, coincidiendo con el apresamiento

de su esposo en la propia Talavera. Liberado por sus partidarios y enterado del engaño de su mujer con aquel musulmán que habría conocido probablemente en las negociaciones para su liberación, Nalvillos ardió en cólera y mandó quemar a ambos. Este suceso, que debió tener lugar hacia 1111, parece que tuvo dicho final en el caso del moro talaverano pero no tanto en el caso de Aja Galiana, cuyo rastro se pierde desde entonces para entrar en la leyenda que deja en dudas sobre qué hubo de verdad o no en esta historia, tan común desde el punto de vista literario por aquella época.

Independientemente de los personajes y de leyendas famosas, como cuando Jimena Blázquez convocó a las mujeres abulenses ante la ausencia de los hombres y asediadas por los musulmanes, hizo que todas ellas se pusieran un sombrero y llenaran con su figura las almenas de la ciudad, haciendo huir a los asaltantes, está la propia evolución social de la nobleza.

A mediados del siglo XIII el régimen de cabalgadas, los valores militares que hasta entonces habían caracterizado la importancia de la nobleza local, dejaron paso al servicio al rey como forma de obtener o mantener honores. Para entonces la frontera se había alejado mucho y no sólo se combatía lejos sino que la aparición de los Órdenes Militares hacía innecesarios los esfuerzos individuales.

En 1256 Alfonso X concede fueros a los caballeros de Ávila y Arévalo. En ellos los cargos militares no son los valores principales y sí, en cambio, el establecimiento de los nobles en las ciudades, la asunción de responsabilidades de gobierno de las mismas y el

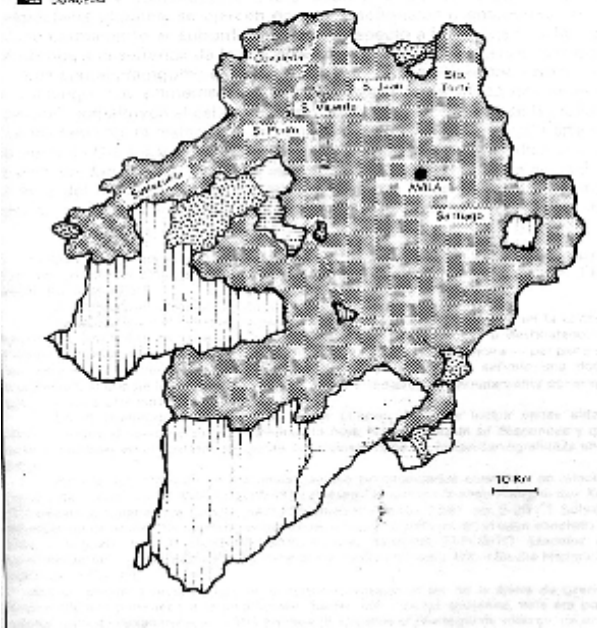
correspondiente servicio al rey de orden económico sobre todo, gestionando los tributos oportunos. Ello conllevaba una serie de privilegios para aquellos caballeros que residían en la ciudad y dispusieran, desde luego, de caballo y armas. Así, las exenciones fiscales eran completas para su patrimonio agrario, gran parte del cual había sido concedido por reyes anteriores a cambio de servicios militares.

La nobleza agraria y ganadera abulense se va constituyendo así en un grupo cerrado, de marcado carácter hereditario. Uno de los principales objetivos será precisamente el control del Concejo municipal, así como su establecimiento dentro de la jerarquía eclesiástica que, a su vez disponía de poder y grandes territorios.

Todas estas relaciones políticas, sociales y matrimoniales, van configurando diversos grupos nobiliarios entre los que destacan dos que, provenientes de la repoblación, terminan por constituirse en bandos que se reparten en mejores o peores términos el poder municipal: los linajes de Blasco Jimeno y de Esteban Domingo. Contemplar su árbol genealógico es discurrir por una serie de personajes que desde sus adalides (Ximeno Blázquez en el primero, Esteban Blázquez en el segundo) van distinguiéndose desde muy pronto como obispos, jueces, arcedianos, propietarios y sobre todo, alcaldes. Casi toda la nobleza posterior que alcanzará una gran importancia en el siglo XVI (los Bracamonte, los Velada, Valderrábanos, Dávila, etc.) provienen de uno de estos dos linajes.

ALFOZ DE AVILA EN 1310

- ESPONJOSOS
-  ALTA NOBILITZ
 -  CABALLEROS
 -  ECLESIASTICOS
 -  CONDE



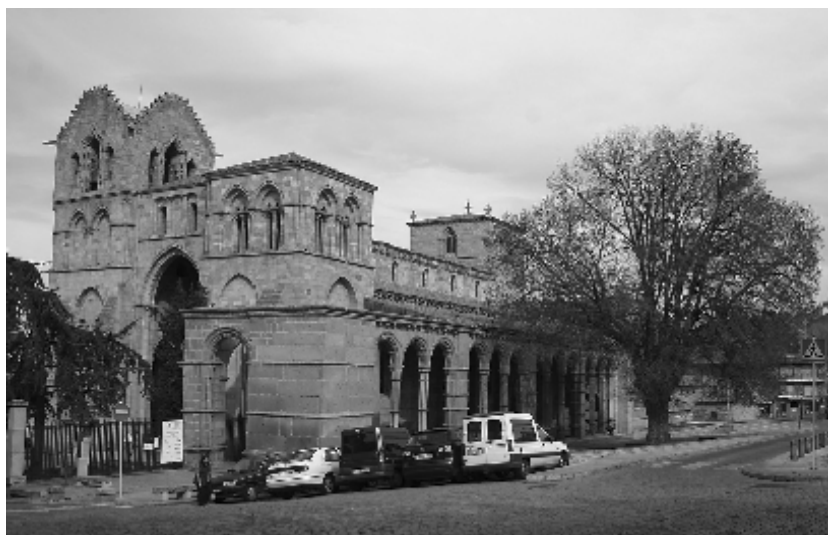
De ese modo, en los puestos más altos del Concejo se suceden generaciones de Blázquez y Domingos que, aunque necesitaban la sanción real para el disfrute de esos cargos, se los aseguraban con facilidad. Eran los primeros receptores de los tributos debidos al rey pero también de los excedentes propiciados por multas, tributos y disposiciones varias. Después de la carta de privilegios de

1256, por ejemplo, los caballeros abulenses podían cobrar montazgos y adehesar terrenos comunes para su ganado, que solía ser muy abundante. Pero era el Concejo urbano en cada caso el que deslindaba los términos, imponía derechos de paso y de monte, con lo que la clase noble se garantizaba los mejores pastos y el paso franco para sus reses, además de cobrar el derecho de montazgo en una tierra que controlaban y por donde debían circular los ganados trashumantes con mucha frecuencia.

Este espíritu de grupo heredado, de linaje con unos intereses económicos y familiares concretos, se manifestaba en forma de blasones que iban poblando las sucesivas casas nobiliarias, palacios en muchos casos, que habrían de construirse en siglos posteriores como muestra del poder de su linaje, de su casa, y de los lazos que se establecían en el primero, como es obvio al contemplar en la parte norte de la ciudad la agrupación de palacios que ya hemos comentado. Del mismo modo, las capillas funerarias serían el símbolo de su status social.

Ávila sino en Castilla. Todas las veces me he detenido ante su portada oeste rendido de admiración hacia ese escultor desconocido que allá por el siglo XII trazó con sus herramientas unas esculturas que hacen de la portada diseñada por el maestro francés Fruchel una de las joyas de la arquitectura castellana.

Empecemos por su historia. Hacia el siglo IV d.C., cuando el emperador Diocleciano decretó una de las persecuciones del mundo pagano hacia el cristianismo y el gobernador en Hispania era el temible Daciano, el lugar donde hoy se asienta esta basílica era una necrópolis romana.



San Vicente

Por entonces, no era extraña la aparición de mártires, algunos de los cuales han entrado en la leyenda

del martirologio de la época. Uno de ellos fue Vicente, arrestado en Talavera porque se negó a dar muestras de adoración a los dioses paganos, como era preceptivo en determinados momentos de aquel tiempo de persecuciones.

No se sabe cómo, tal vez con la ayuda de sus dos hermanas Sabina y Cristeta, consiguió huir de la cárcel en la que había sido confinado emprendiendo los tres una marcha hacia tierras castellanas. Perseguidos fueron finalmente apresados en Ávila donde, al decir de la leyenda y como era habitual, se les colgó en cruces descoyuntando sus cuerpos para finalmente aplastarles la cabeza. Los cadáveres fueron arrojados precisamente en este lugar, la necrópolis, para que fueran devorados por las alimañas.

Hasta este punto, el suceso parece verdaderamente histórico y las crónicas que hablan sobre ello resultan creíbles. Sin embargo, la leyenda continúa de forma poco comprobable. Se dice que un judío fue con un propósito impreciso hasta el lugar para comprobar el estado de los cuerpos, que allí fue atacado por una gran serpiente que se retiró sin atacarle cuando él se encomendó a la protección del Dios de los cristianos, hecho que produjo su conversión a dicha fe.

Otra posibilidad es que aquel judío fuera ya creyente cristiano, ocultando su fe debido a la época y las persecuciones. Tal vez, movido por su piedad, fue hasta el lugar para dar un entierro más digno a los jóvenes torturados y muertos. Allí fue mordido por alguna de las víboras que eran frecuentes en el lugar, de manera que,

viéndose en peligro, se encomendó efectivamente a Dios, hecho que coincidió con su salvación de la mordedura.



Pórtico sur

En todo caso sí parece que dicho judío, llamado converso desde entonces, levantó al cabo del tiempo un pequeño templo donde enterrar y honrar a los mártires al tiempo que él mismo era exhumado en él. Dicho templo quedaría arruinado con el paso de los siglos pero su tumba aparece en el interior del actual sin que acierte a saber cómo ha podido conservarse o si es mero recuerdo de aquel lejano benefactor.

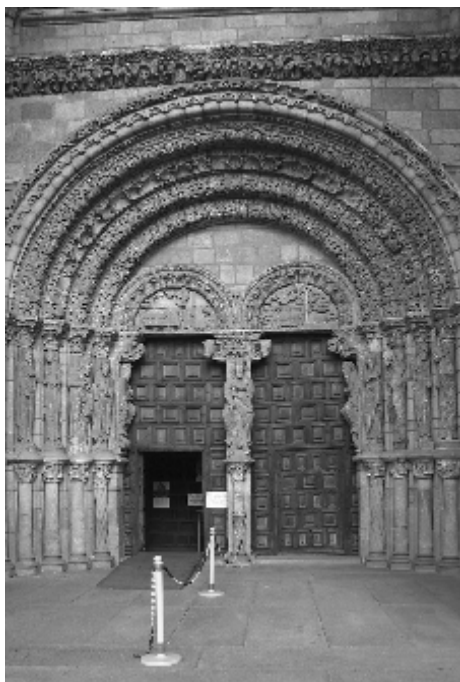
Como se ha comentado anteriormente, en 1063 el rey Fernando I recuperó el recuerdo de aquellos mártires trasladando sus cuerpos supuestamente al monasterio de

San Pedro de Arlanza, en Burgos, o bien a Palencia y León. En este punto se pierde la pista y se abre la incertidumbre sobre estos restos. Se dice que algún rey posterior (Alfonso VI ó VII) llevó a los mártires de nuevo a San Vicente. Ante las dudas generadas por el contenido de aquellos pequeños cofres que la tradición dice que los contuvieron se procedió en 1462 por parte del obispo de Ávila, Martín de Vilches, a un reconocimiento. Lo sucedido viene descrito en la época del siguiente modo:

“Se llegó el Obispo a un agujero y por donde los enfermos solían meter la mano y pies. Y entrando el brazo para tentar el cuerpo, le sacó muy deprisa con unos temblores tan grandes y el roquete lleno de sangre tan fresca como si en aquella hora acabaran de martirizarle. En testimonio de lo cual el Obispo echó mano a una tabla en la cual dejó los dedos llenos de sangre señalados en ella como hoy permanece puesta dentro del suntuoso y rico sepulcro, encima de dos barras de hierro, la cual se ve y tuvieron en sus manos los Católicos Reyes don Felipe Tercero y doña Margarita de Austria, su mujer, el año 1599”.

En nuestros días la tabla no se ha encontrado y en 1870, cuando se procedió a una nueva inspección de los cofrecillos donde supuestamente descansaban los restos de los mártires, se encontró que estaban vacíos.

Pues bien, en lo que se refiere a la actual basílica, consta que a finales del siglo XI o principios del XII, inmediatamente después de la repoblación abulense, se empezó a erigir este templo dentro del estilo románico. El impulso y los dineros duraron hasta 1110 en que, con la muerte de Alfonso VI, se ralentizó la construcción. Para entonces se habían levantado los originales ábsides del lado este, los brazos del crucero y la cripta donde supuestamente habían estado enterrados los cuerpos de los tres mártires.



Portada principal oeste

En la segunda mitad del siglo XII tuvo lugar una nueva fase, ya casi definitiva, en la construcción de la basílica. Se encomendó al maestro Fruchel, por entonces encargado de las obras en la Catedral. Se ha especulado sobre quién fuera el extraordinario escultor que se encargara de las fachadas y capiteles interiores pero es muy posible que fueran hasta tres distintos, dado que los estilos, entre lo románico y lo gótico, son muy diferentes en los distintos lugares del templo.



Portada oeste (detalle)

En 1192 moría Fruchel sin llegar a ver la culminación de su obra, que tendría lugar ocho años después. Eso no es óbice para que se llevaran a cabo con posterioridad, además de distintas restauraciones, nuevas

aportaciones: el pórtico de la fachada sur se levantó hacia 1417; en 1440 se levantó el campanario sobre una de las dos torres, la del lado norte, elevándola respecto a la otra; finalmente, en 1467 se construyó la sacristía por la fachada menos lujosa y concurrida, la norte.



Portada oeste (tímpano)

Si nos situamos en el exterior hay un lugar que atrae inmediatamente la mirada: la fachada oeste. He encontrado lugares de una hermosa arquitectura en Ávila pero ninguno con la majestad y la belleza de esta fachada. Es imposible describir la sensación de sentirse deslumbrado por ese conjunto de un gran arco bajo el cual se extienden cinco arquivoltas repletas de esculturas de una gran riqueza, entre las que destacan los dos grupos de apóstoles que sostienen cada lado.

En el tímpano de la puerta se puede observar con detalle la historia del rico Epulón y el pobre Lázaro, cómo éste (a la izquierda) pide una limosna ante la espléndida mesa del primero sin encontrar respuesta y cómo, a su muerte (a la derecha), los ángeles bajan para envolver en un lienzo el cadáver de Lázaro mientras a Epulón se lo llevan al infierno.

En medio de la portada, en el parteluz, una imponente escultura de Cristo como salvador y juez de los hombres.



Portada oeste (parteluz)

La fachada sur también muestra una entrada aunque la he encontrado siempre clausurada. Se pasea hasta ella bajo el pórtico construido en el siglo XV que algunos autores encuentran que desentona desde el punto de vista arquitectónico. Es posible que sea así pero también proporciona, a mi juicio, un aire peculiar y distinto a todo este lado. La portada es sencilla, con arquivoltas que no muestran esculturas salvo en las columnas que las sujetan. En todo caso son relieves de gran factura y estilo diferente del encontrado antes.



Fachada sur

Un poco más allá del pórtico se abren dos arcosolios, enterramientos en la fachada bajo un arco.

Corresponden en este caso a varios miembros de la familia Gómez de Salazar, protectores de este templo.



Portada sur

Me acerqué más de una vez para admirar la altura de los ábsides. Un viejo librero de la ciudad me los había encomiado, como la obligada visita a la iglesia cercana de San Andrés, anterior en el tiempo a ésta y que según dicen le había servido de modelo en lo escultórico. Para salvar el profundo desnivel del terreno en este lugar y respetar al mismo tiempo con exactitud el sitio donde se enterraron los cuerpos de los mártires, los ábsides del lado este alcanzan una altura extraordinaria sin comparación con los existentes en las iglesias románicas castellanas.



Ábsides

No se puede acceder con facilidad hasta ellos por el exterior pero la vista desde la cuesta que circunda a la basílica en ese lado es más que suficiente para apreciar sus características.

Por el lado norte, el menos frecuentado, estuve caminando entre algunos hierbajos, admirando la fachada

similar a la del lado sur, aunque con menos riqueza escultórica, y nuevos arcosolios construidos en 1477 del cura Lorca y su mayordomo Jimeno Muñoz.



Nave principal

Recorrido el contorno podemos entrar ya en el interior de la basílica de San Vicente. Las tres naves se extienden hacia el este con una amplia central que desemboca en el crucero y el altar mayor, los lugares de mayor riqueza. Allí, en el lado derecho o de la Epifanía se levanta el más espectacular cenotafio castellano o sepultura sin cuerpos en su interior. Está construido a modo de iglesia de tres naves cubierta por un baldaquino de 1465 todo ello en estilo gótico flamígero. En sus lados vienen esculpidas escenas de las vidas y martirio de los tres hermanos aquí venerados.

Poco más allá, junto a la fachada sur pero por el interior, se encuentra el altar de los santos mártires con la figura de San Vicente presidiéndolo. Junto a él, tras una lápida casi oculta por los bancos, se halla la supuesta tumba del judío converso y, del mismo lado, un hermoso altar dedicado a albergar los restos de San Pedro del Barco.

Éste era un eremita famoso en su tiempo que murió en olor de santidad en el año 1193, en algún lugar junto al Tormes. Al parecer, diversas villas cercanas al Barco de Ávila se disputaban su cuerpo cuando el Obispo abulense, Suero, llegó a una solución salomónica del conflicto: los restos habrían de subirse a una mula a la que, una vez tapados sus ojos, se la dejaría suelta para que llevara las reliquias a la iglesia que le pluguiese. Según la tradición la mula anduvo hasta San Vicente y allí, en el lado sur del crucero, cayó muerta dejando su herradura marcada en el suelo donde al parecer todavía persiste, aunque tal huella sea imposible de distinguir en la oscuridad del lugar. De ahí el altar dedicado al santo eremita.



Cenotafio de los Santos Mártires

La basílica presenta otras capillas y algunos retablos de interés de estilo barroco, así como hermosos capiteles románicos muy bien esculpidos, pero el otro punto de interés lo constituye la cripta o soterraña a la que se accede por el lado norte de su interior, tras atravesar una espléndida reja románica y bajar una serie de escalones.

Abajo nos esperan tres capillas austeras consecutivas. En una de ellas aparece la Virgen de Soterraña, imagen de larga historia pues, al decir de las crónicas, fue encontrada en el 843 enterrada en la cripta natural que entonces formaba este lugar. La actual imagen es del siglo XIII aproximadamente y ha sufrido numerosas

alteraciones hasta el punto de que fue fotografiada a principios del siglo XX carente de brazos y en un pésimo estado de conservación. Desde entonces se ha restaurado a base de vestirla adecuadamente y añadirle unos brazos con los que puede sostener la imagen de Jesús niño.



Virgen de la Soterraña

En la última de las capillas, junto a un Cristo atado a una columna del siglo XVI, hay una extensa oquedad en la pared de roca que sostiene los ábsides. Se trata, al parecer, del lugar de enterramiento de las santas Sabina y Cristeta junto al cual el judío fue atacado por la serpiente. En la capilla central habría estado enterrado San Vicente

dado que en aquella época del cristianismo los hombres y mujeres eran enterrados por separado si no eran cónyuges.



Capilla de la Virgen de la Soterraña

Luego se puede ascender la escalera de nuevo, dar un nuevo paseo por el interior, imaginar a los miembros de la cuadrilla de Esteban Domingo, uno de los bandos en que se dividió el grupo abulense de nobles durante el siglo XVI, dado que este templo fue su centro de reunión. El bando de Blasco Jimeno se encontraba, por el contrario, en la iglesia central de San Juan, junto al Mercado Chico.

Luego he de salir a la calle. Antes de encarar la puerta de San Vicente, en el noreste de la muralla, vuelvo la vista atrás unos instantes para contemplar la fachada oeste, uno de esos lugares que es difícil olvidar. Del

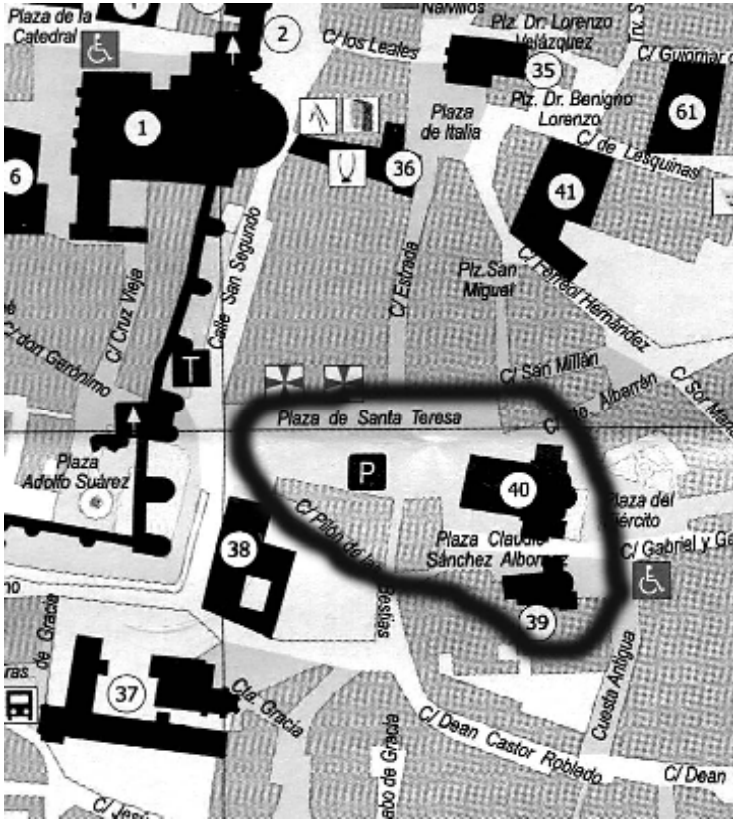
mismo modo, mirando a la izquierda, se puede ver la muy cercana ermita del Cristo del Humilladero. Es una construcción realizada entre 1548 y 1550 por la cofradía de la Vera Cruz, cuando diversos avatares la situaron en la lejana iglesia de San Francisco sin que se quisiera olvidar que en este lugar se encontraba, al decir de la tradición, un trozo de la cruz de Cristo.

Con el tiempo la ermita, antiguo humilladero, vio su entrada principal casi clausurada al elevarse en 1842 el nivel de la calle contigua (la avenida de Portugal) abriéndose otra al oeste con el tiempo, hoy principal.



Fachada oeste

5 San Pedro



En tiempos medievales había en Ávila tres lugares donde se reunían los ciudadanos para comerciar, encontrarse, hablar. Uno, el más pequeño, era la plaza de San Vicente, donde hoy en día la costumbre se ha

extinguido devorada por el tráfico que discurre por el lugar. Otro era el Mercado Chico, donde se compraba y vendía con asiduidad y la solemne iglesia de San Juan presidía un costado para que en su atrio se reuniera el Concejo municipal. El tercer lugar se conocía como el Mercado Grande, en contraposición al anterior, si bien no siempre fue tan grande como actualmente.

Desde la muralla puede observarse del mismo modo que se recorre en su amplitud bordeando los bancos que se alinean frente a la columna donde se alza la imagen de Santa Teresa, que da nombre a la plaza. Hay comercios bajo los soportales, tiendas de todo tipo, bares y cafeterías al otro lado donde bulle la vida ciudadana. Pero el edificio que atrae toda la atención se levanta en el costado oriental de la plaza y es la iglesia de San Pedro, inconfundible por su gran y hermoso rosetón gótico.

He pasado muchas veces por allí, compré bebidas en una tienda que hace esquina, me tomé un café charlando brevemente con la camarera, joven y extranjera. Sin embargo, el principal recuerdo es el de andar lentamente junto al pretil donde se levantan leones rampantes de piedra, sentarme allí a contemplar la fachada oeste y los grupos de personas que recorren la extensión de la plaza.

En el siglo XVI este lugar se llenaba de puestos de plateros, ropavejeros, calceteros, latoneros, curtidores, silleros y un largo etcétera de oficios propios de aquel tiempo. El pueblo circulaba por allí sea durante el mercado o, en número más crecido, en las ferias, cuando todos estos artesanos venían de los pueblos circundantes con sus carros y caballerías. En otros lugares se vendían productos

frescos, verduras, pan, hortalizas, cereales. No es extraño respirar ese mismo espíritu en determinadas fechas semanales en el Mercado Chico, donde tuve la suerte de encontrar en uno de mis viajes un mercado semejante de periodicidad semanal, lo mismo que en otras ciudades castellanas.



San Pedro y estatua de la Santa

Por aquí también paseaban las familias nobles que a partir del siglo XIV protagonizaban los círculos de poder municipales, agrarios y ganaderos del término: los Cárdenas, Henao, Valderrábanos, Bullones, Dávilas, Tellos, etc. Normalmente no se mezclaban con el vulgo y sólo se encontraban en determinados fastos y

celebraciones, naturalmente con sus lugares separados del pueblo.

La iglesia de San Pedro fue construida, como la de San Andrés, por canteros venidos de León para asentarse en esta ciudad. Debió comenzar en el segundo tercio del siglo XII para terminarse a finales del siglo siguiente con la conclusión de la torre campanario en un estilo alejado de la influencia francesa que hemos encontrado en San Vicente.

Si se contempla la espectacular fachada oeste se puede comprobar la existencia de dos cuerpos bien diferenciados: en la parte inferior la portada en estilo románico con seis arquivoltas prácticamente sin decoración mientras que en la superior reluce un enorme rosetón gótico con dos arquivoltas rodeándolo. En realidad, lo que hoy vemos de este último es una reconstrucción completa realizada en 1967 del original que, afectado del mal de piedra, no pudo resistir el embate del tiempo.

Frente a la puerta y acceso principal se sientan algunos ancianos, gente de lo más variado al reclamo de un atrio sencillo y de un pretil bastante cómodo. Este espacio que hoy apenas es algo más que un lugar de paso y encuentro conoció dos importantes sucesos que conviene recordar en este punto: en primer lugar, aquí se tomaba juramento a los reyes tras su coronación y antes de que pasaran al interior de la ciudad por la puerta del Alcázar, que se abre en el lado occidental de la plaza. Debían jurar respeto a los Fueros concedidos por Alfonso X en 1256 y que tan pingües beneficios y exenciones suponían para la

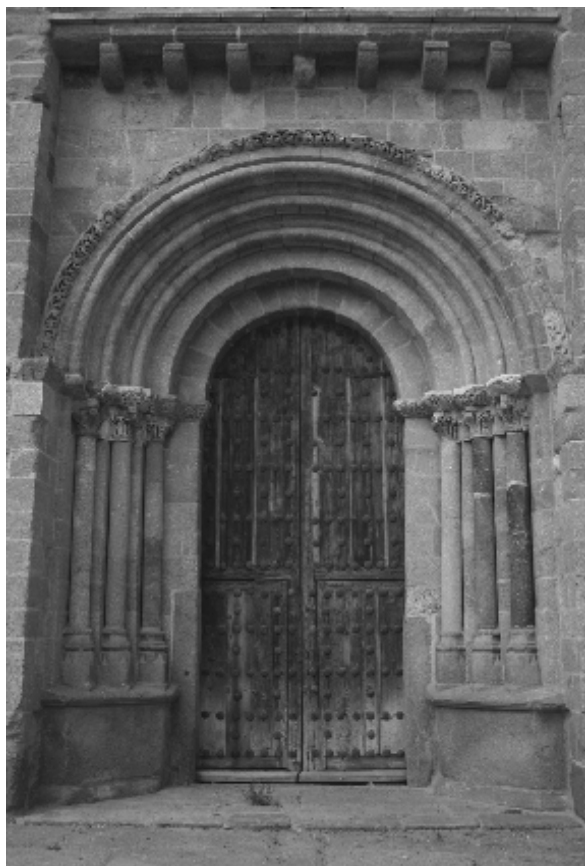
clase noble abulense. Tal es el caso de Isabel la Católica en 1475 o de Carlos I, en 1534.

En el caso de la primera era regidor de la ciudad por aquel tiempo Blasco Núñez. El 2 de junio se presentó en la plaza la reina católica cabalgando una mula bajo un paño de brocado, cuando fue recibida por el citado Blasco, como personaje principal, acompañado de otras figuras prominentes del momento: Nuño Rengifo, Álvaro de Henao, Francisco Sedeño y otros. Los dos primeros pusieron rodilla en tierra aquí mismo, frente a la portada oeste, y pidieron a la reina la confirmación de los privilegios, usos y costumbres de la ciudad y su tierra, cosa que Isabel hizo de buen grado pues no en vano había hecho el mismo juramento siendo princesa.

Hecho esto ambos se levantaron y besaron su mano acompañándola a pie en su entrada a la ciudad, marchando detrás toda su comitiva con el duque de Alba, el obispo de la ciudad, el mayordomo de la reina y otros.

Todo esto sucedió en este lugar como también un hecho más controvertido que forma parte indisoluble de la vida abulense de finales del siglo XV, poco después de la entrada de la reina y antes de la expulsión de los judíos del reino castellano en 1492.

En efecto, el Tribunal de la Santa Inquisición se constituyó muy cerca de aquí, en un monasterio protegido por los Reyes Católicos y que habremos de visitar más adelante: Santo Tomás. Lo presidía fray Tomás de Torquemada desde 1486. Sin embargo, los juicios tenían lugar precisamente aquí, en el atrio de la iglesia de San Pedro, en particular el que vamos a mencionar a continuación.



Portada sur

Desde diciembre de 1490 hasta noviembre del año siguiente tuvo lugar un proceso contra varios judíos conversos del pueblo toledano de La Guardia: Alonso, Lope y García Franco, Juan de Ocaña, Benito García, así como un judío de Tembleque llamado Yuce Franco y otro de Zamora, Mosé Abenamías. Se les acusaba de haber

asesinado a un niño para arrancarle el corazón y con él y una hostia consagrada, hacer prácticas de brujería contra los cristianos.

Lo primero que llama la atención es que el juicio se celebrara en Ávila. Parece que los presos fueron llevados hasta Segovia y allí, quizá por la influencia de Abraham Senneor, judío converso y de gran influencia en la Corte, se les trasladara hasta Ávila con la complacencia de Torquemada, decidido defensor de la expulsión de los judíos.

En estos casos el procedimiento implicaba la realización de torturas sobre los prisioneros, su confesión posterior y las condenas al uso en estos casos: un auto de fe para ser posteriormente quemados fuera de la ciudad. Todo esto se llevó a cabo de manera que ni siquiera quedó probada la existencia de un niño asesinado salvo por las declaraciones de los presos conseguidas de tal manera.

En este atrio de San Pedro tuvieron lugar sesiones del juicio y, sobre todo, el propio auto de fe a partir del cual los condenados fueron trasladados al lugar de su ajusticiamiento en la hoguera. La atención política fue considerable, el juicio fue un auténtico vehículo de propaganda antijudía por parte de la Inquisición abulense dirigida por Torquemada. La aljama fue cercada, los judíos del lugar insultados y robados repetidamente ante la impotencia del obispo abulense, fray Hernando de Talavera, judío converso él mismo, desligado por voluntad propia del juicio y también del decreto de expulsión de los judíos que se depositó encima de la mesa de la reina católica unos meses después del final del proceso, previsiblemente como obra del mismo tribunal abulense y

bajo la dirección de Torquemada. Todo esto sucedió aquí, en este lugar en que hoy nada recuerda el suceso del Niño de la Guardia.



Ábsides

Volviendo a la iglesia en sí, es bueno rodearla, casi inevitable diría pues es lugar de paso hacia el barrio este, el más poblado probablemente de la ciudad extramuros. Viniendo de él pueden observarse los tres ábsides plenamente románicos mientras que los lados norte y sur muestran dos portadas diferentes: mientras la del sur es una imitación de la más importante del oeste pero de tamaño más reducido, la de la fachada norte es francamente interesante con cinco arquivoltas decoradas bellamente con rosetas abulenses.

Dos veces pude adentrarme en el interior. La primera apenas eché más de un vistazo porque estaban en misa y opté por retirarme pero una tarde a primera hora, viniendo del hotel en la plaza de Santa Ana, vi de nuevo la puerta principal abierta y me adentré. Varias mujeres estaban barriendo y limpiando el suelo, los bancos y hasta decorando los altares. Según me contó una de ellas lo hacían una vez al mes. Tratando de molestarlas lo menos posible, paseé por el lugar haciendo alguna foto de la nave principal, de las dos laterales con la mitad de su anchura y más altas para apoyar la central. Mientras los muros y capiteles son románicos las bóvedas son de crucería, plenamente góticas.

Me situé en el crucero observando la linterna de la torre, de bonita factura cuadrada que, para imitar a la de San Vicente, se transformó en octogonal. Recorrí varias capillas algunas de las cuales recuerdo por las fotos realizadas: la de San Jerónimo cuyo escudo recuerda a su patrón, Pedro Álvarez de Zebadilla, tesorero de la Catedral, albergando además el Cristo de los Estudiantes; o el sepulcro de Garci González Serrano, fallecido en 1495, junto a la puerta de la Sacristía.

Otras tumbas salpican el recorrido cercano al altar mayor. No es extraño comprobar esto en cualquier iglesia o Catedral castellana pero, por lo que he leído, las donaciones y disposiciones testamentarias sobre lo que había de realizarse tras la muerte de los nobles abulenses supera en cuantía y calidad a lo usual en la nobleza castellana. Había verdaderamente un gran temor a la condenación eterna por lo que tanto las donaciones a la Catedral, el cabildo, obras pías, hospitales y parroquias

eran numerosas pero venían en gran parte condicionadas por una serie de actos religiosos que habían de llevarse a cabo para la salvación del alma del fallecido. He leído algunas de estas disposiciones y, por ejemplo, cuando abordemos el monasterio de la Encarnación, veremos hasta qué punto la donación efectuada en el testamento de un noble llevó a una serie de actos que condicionaban la vida monástica, como era el hecho de que siempre hubiera una monja de pie con una vela encendida en memoria del fallecido y petición de la remisión de sus pecados.



Acceso a la Sacristía



Nave principal

Uno no puede dejar de pensar que este temor a la muerte era convenientemente propiciado por la misma Iglesia abulense que se beneficiaba de las donaciones testamentarias y tenía sujeta el alma de los vivos y su conciencia con el temor al pecado y la condenación. En todo caso, es una relación que funcionó por ambas partes de manera que las capillas se fueron llenando de sepulcros donde los nobles y sus familias reposaban en suelo sacro. La iglesia de San Pedro en este sentido es la primera pero en Ávila entrar en cualquiera de ellas, particularmente en la Catedral, es ver una colección de sepulcros, sea en arcosolios para los nobles o bajo una lápida de piedra en el suelo en el caso de los eclesiásticos.

Finalmente, en la parte derecha de la nave principal pude contemplar una hermosa pila bautismal de indudable antigüedad y estilo románico, muy parecida según he leído a la de la iglesia de San Juan, donde bautizaron a Santa Teresa, y que no pude visitar cuantas veces fui por allí.

6

Nuestra Señora de la Antigua

Frente a la puerta sur de San Pedro, rodeada por edificaciones modernas que apenas dejan ver sólo una de sus fachadas, nada ostentosa por otra parte, con una simple puerta y una estatua dedicada a un insigne historiador, pasa casi inadvertida la iglesia de Nuestra Señora la Vieja, según parece haberse llamado hace tiempo, la Antigua hoy.

El nombre proviene de ser uno de los tres centros religiosos que, al menos en su ubicación, sobrevive desde los tiempos visigodos. En efecto, por entonces parece que la ermita de los Santos Mártires, de la que hemos hablado como antecedente de San Vicente, la actual de San Segundo, aunque ha recibido antes otros nombres, junto al Adaja, y ésta de Nuestra Señora de la Antigua, se levantaron en los primeros siglos del cristianismo.

La tradición no comprobada asegura que aquí residió y fue sepultada en el año 687 la virgen Santa Leocadia, familiar del rey godo Wamba, si bien hay afirmaciones de que esto es un simple invento de un clérigo del siglo XVII puesto que no hay otro documento que lo respalde.

Cuando tuvo lugar la invasión musulmana el monasterio que era entonces fue abandonado, marchando sus ocupantes al santuario de Valvanera, en la Rioja, volviendo de tal lugar mucho tiempo después, en el momento de la repoblación.

Por entonces debió reedificarse puesto que la parte más antigua de la actual iglesia se puede datar en un estilo románico de finales del siglo XII, si bien la mayor reforma la conoció en el XIV con las obras realizadas bajo la autoridad del obispo Sancho Blázquez Dávila, fundador del cercano convento de Santa Ana.



Fachada frente a San Pedro

La fachada que se encuentra frente a San Pedro es precisamente la parte más antigua que mencionamos, con una portada que presenta un arco de medio punto. Cerca de ella, como hemos dicho, se levanta un busto de Claudio Sánchez Albornoz, ministro durante la República e incluso presidente de gobierno en el exilio tras la guerra civil, ilustre historiador del que he leído con provecho algunas eruditas obras. Pese a que su nacimiento fue en Madrid en

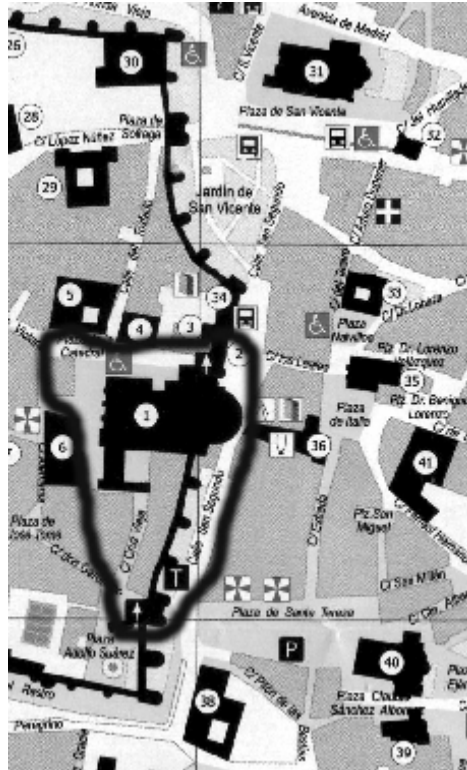
1893, se asentó en la ciudad abulense de la que fue diputado durante el período de la República, de 1931 a 1936.

Muerto en 1984 en esta ciudad tras su regreso un año antes dispuso en su testamento ser enterrado en la Catedral donde, en efecto, permanece en el claustro bajo una modesta lápida que no pude localizar en mi visita a dicho monumento.

No pudiendo acceder al interior de la iglesia me tuve que contentar con observar su fachada antes de dirigirme hacia otro de los monumentos sobresalientes en Ávila. Junto a San Vicente y el algo lejano convento dominico de Santo Tomás, la Catedral aparece como una mole llena de solidez, enclavada en la muralla.

7

La Catedral



Hay cierta confusión en torno al comienzo de la Catedral abulense. Los únicos documentos que se han conservado referentes a aquel período son crónicas, en algún caso bastante posteriores, y no pruebas documentales. En este sentido la primera prueba de la

existencia de la Catedral es una Bula del Papa Inocencio II confirmando diversas propiedades del obispo de Ávila.

Así pues, hemos de atenernos a estas crónicas. De ellas parece deducirse que esta Catedral fue levantada sobre los restos de un antiguo templo dedicado a San Salvador y del que salió el obispo Pelayo junto a Ramón de Borgoña para señalar y bendecir la futura muralla que debía rodear la ciudad. Si la misma fue levantada en la década de 1090 parece que la nueva Catedral, al menos en una primera y rápida fase, empezó a construirse entre 1091 y 1107, casi de forma simultánea a la muralla de la cual terminaría por formar parte como un bastión de naturaleza religiosa y militar en su lado este. Al parecer fue el encargado de esta fase el geómetra navarro Alvar García.

Tras la muerte de sus primeros impulsores, el rey Alfonso VI y el conde Ramón dos años antes, las obras quedaron paralizadas reanudándose hacia 1172 bajo el impulso de Alfonso VIII que encargó al maestro francés Fruchel la reanudación de las obras. Se terminó así la girola, se levantaron los muros de las naves y se reconstruyeron los ábsides del primer proyecto. En líneas generales, Fruchel introdujo unas primitivas formas del gótico, al igual que en San Vicente, dando un estilo borgoñón que los sucesivos maestros respetarían en mayor o menor grado, tras la muerte de Fruchel en 1192.

Con la construcción de las naves y las torres unos años después puede afirmarse que lo fundamental de la Catedral estaba realizado, aunque nuevos añadidos se registraron con el tiempo. Así, Juan Guas intervino en el siglo XV trasladando a la portada norte la entonces principal, de gran belleza escultórica, sustituyéndola por

otra de su propia factura que quizá no alcanza el nivel de aquella.



Fachada oeste

Del mismo modo, sí fue acertada la construcción de una serie de arbotantes que sujetaran las naves laterales, de menor altura que la central, como era propio del gótico, obligando a contrarrestar las fuerzas laterales con esta serie de elementos auxiliares. Otras obras en forma de capillas, remate del claustro, el frontón de la fachada oeste, etc., fueron sucediéndose con el tiempo hasta el presente momento, en que una de las torres carece aún de campanario como estaba previsto al levantarse.

Uno puede acercarse al exterior de la Catedral sobre todo por tres de sus lados, todos ellos en el interior de la ciudad. Desde fuera de las murallas sólo puede observarse el cimborrio incrustado en las almenas.

Mi primera aproximación fue quizá la menos llamativa pero que tiene sabor a leyenda. Si entramos en la ciudad por la puerta del Alcázar se observa, como dijimos, una calle que frente a nosotros se interna en la ciudad, la plaza de Adolfo Suárez a la izquierda con su verraco y el edificio neoclásico del Banco de España, antigua plaza de armas del mismo Alcázar. A la derecha, en cambio, apenas llama la atención una calle estrecha denominada oficialmente de la Cruz Vieja. Apenas hay nada en ella salvo un restaurante cuyo comedor al aire libre tiene acceso reservado y se extiende justo por el lado interior de la muralla.

Si recorremos la calle que aparece quebrada en algunos puntos, tras cruzarnos con los turistas que circulan charlando o revisando sus cámaras de fotos, nos encontramos frente al lado sur de la Catedral, antes de

bordearla hacia el oeste. No hay portada ni aspectos especialmente llamativos aparentemente. Esta imagen la capté desde los adarves y allí sí pude observar los arbotantes que antes he mencionado, al menos los correspondientes a la nave lateral sur, un hermoso rosetón. Pero desde abajo sólo se aprecia el exterior del claustro con sus cresterías y algunos blasones heráldicos a los que, inicialmente, no presté atención.



Calavera en las cresterías de la Catedral

Después he vuelto por allí, buscado la calavera que debía estar esculpida, el por qué de que aquella calle sea conocida como la de la Vida y la Muerte. La leyenda que la rodea es una bella y trágica historia que se ampara en las esculturas presentes en lo que entiendo es una recreación literaria.

Así, dice la historia que allá por el siglo XVI, en tiempos de Carlos I, vivía en el cercano palacio de los Velada una hermosa joven noble llamada Beatriz Dávila. De ella se enamoraron varios jóvenes. Uno de ellos, el principal protagonista de la historia, era un pintor de nombre Cristóbal Álvarez, que restauraba los retablos de la Catedral en los tiempos en que la Junta abulense de Comunidades se reunía en la misma. En esta calle de la Cruz Vieja se topó un día con un jovencito de catorce años, un doncel enamorado de la misma mujer, que le desafió en duelo resultando muerto a manos del pintor.

Huyendo de la justicia, Cristóbal marchó a Flandes enrolándose en los Tercios, un cuerpo militar que nunca preguntaba por el origen de nadie. Al cabo de un tiempo se incorporó a su mismo destacamento otro abulense, Francisco de Valderrábano, que quiso la fatalidad que fuese el prometido de la citada Beatriz Dávila. Surgiendo entre ellos la discusión el noble venció al pintor humillándole y forzando su marcha de los Tercios.

Cristóbal volvió a Ávila, ya olvidado su incidente con aquel doncel, y paseando con un amigo por el atrio de San Vicente, le contó sus desventuras y el deseo de morir matando a Beatriz. Entonces dice la leyenda que una voz salió de debajo de una losa para clamar: “Tente Cristóbal, no hagas eso”. Al parecer allí yacía el abuelo de la joven que así defendía la vida de su nieta.

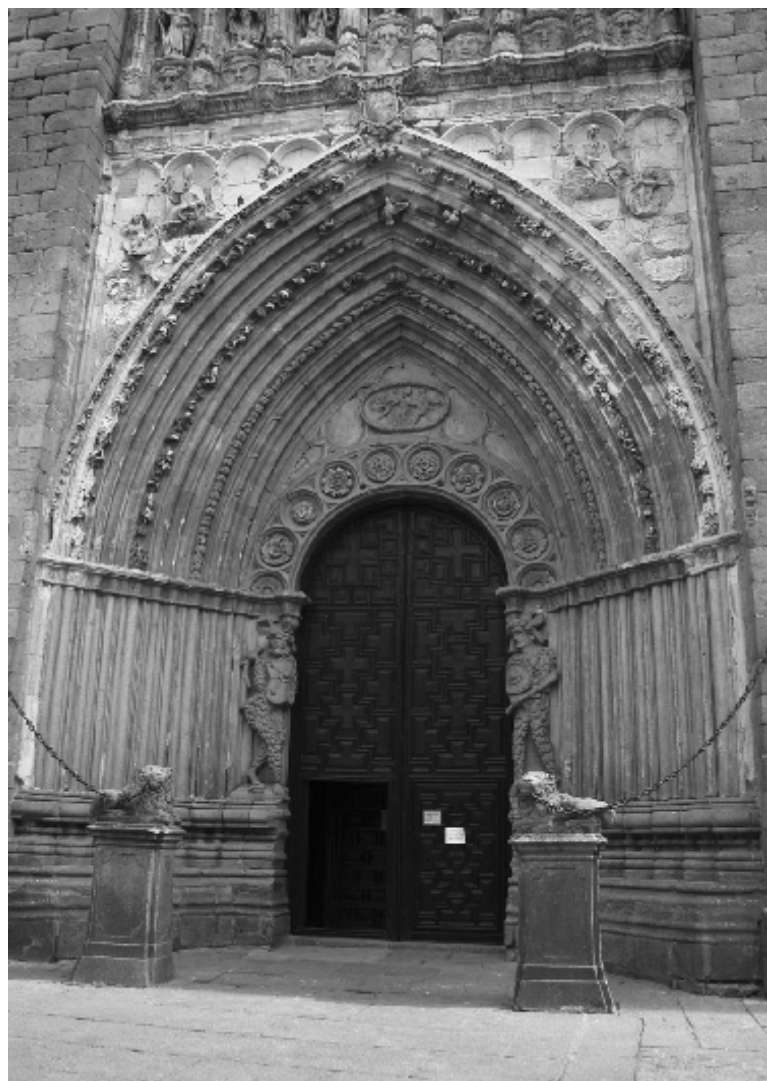
Después del susto inicial, arrepentido de sus deseos, el pintor pidió a su amigo, un discípulo del escultor Vasco de la Zarza, que esculpiera en aquella calle de la Cruz Vieja dos relieves que representaran a la Vida, la joven Beatriz, y a la Muerte en forma de calavera

abrazando a aquel doncel muerto por su mano. Estas esculturas algo elevadas pero visibles se pueden observar en aquel callejón junto a blasones heráldicos de la familia Ordoñez Anaya, una de las benefactoras de la Catedral, o del obispo Carrillo de Albornoz.

Se rodea la mole del edificio hasta desembocar enseguida en una plaza estrecha donde, a la izquierda, se levanta el palacio de los Valderrábano, hoy hotel, y del que comentaremos más adelante, al abordar todos estos edificios nobles que rodean a la Catedral. Vueltos hacia ella sí puede observarse la fachada principal, la construida al menos en su portada por Juan Guas hacia 1460, si bien no la concluyó por entero puesto que el frontón superior donde aparecen esculpidos santos y demás figuras, habría de esperar a 1779 para concluirse en manos de Ceferino Enríquez de la Serna.

La torre se levanta a un lado de esta portada, haciendo esquina con la fachada norte donde, alejada por una verja que cierra su acceso habitualmente clausurado, se encuentra una portada que antes fue la principal, cuando se encontraba en el mismo lado oeste de donde la trasladó Juan Guas.

Esta portada, conocida como la de los Apóstoles fue realizada pronto, hacia el siglo XIII, y aunque gótica en su estructura tiene claras reminiscencias escultóricas del románico de forma que, bajo las cinco arquivoltas ojivales sostenidas por seis apóstoles a cada lado, se halla el tímpano dividido en tres franjas horizontales: la inferior tratando sobre la vida de Jesucristo, la central con el Pantócrator rodeado de ángeles y la coronación de la Virgen María, en la franja superior.



Portada oeste, de Juan Guas



Portada norte o de los Apóstoles

Me quedé admirándola a distancia, sin poder observar los detalles, reconociendo que es de mayor belleza que la que actualmente sirve de entrada principal.

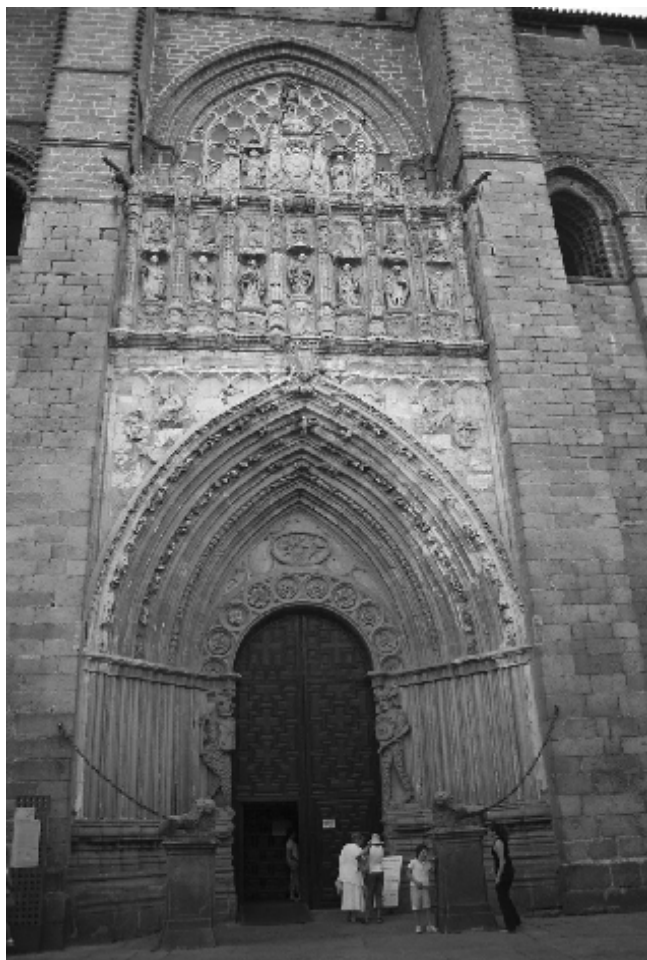
Pese a la dedicación de los artistas, el esfuerzo económico de reyes y preladados, la iglesia no resulta tan espectacular como otras de ciudades castellanas que, en líneas generales, se reconstruyeron posteriormente, como la de Segovia. Sin embargo, no desmerece porque es templo más antiguo, cercano al románico en algunos aspectos, y dentro de la mayor sobriedad de la época, resulta atractivo.

Durante su construcción el Obispado abulense fue recibiendo donaciones, exenciones y beneficios en gran número. Hay bastante confusión documental sobre los obispos iniciales de la diócesis. Se habla de un Domingo Velasco desde 1082 hasta 1090, en los primeros tiempos de la repoblación, también de Pedro Sánchez Zurraquines, que pudo sucederle en el tiempo en que se llevó a cabo la primera fase de construcción de la Catedral.

Lo cierto es que en 1120, siendo obispo un tal Sancho, la diócesis de Ávila dependía según edicto papal de Compostela en tanto no se recuperara Mérida, de ahí el enorme interés que tuvo el obispo compostelano por estar presente en la reconquista de la ciudad extremeña hasta conseguir dejarla bajo su mandato.

A partir de 1135, hasta conseguir ser una de las diócesis más ricas de Castilla, Ávila fue recibiendo un tercio de las propiedades y derechos reales sobre la ciudad, nueve años después un décimo de los derechos de portazgo, tiendas, rentas de los judíos, etc. El rey Alfonso VII, el agradecido monarca del tiempo de las Hervencias,

fue el impulsor de todos estos beneficios que agrandaron el arcedianato abulense hasta controlar un total de 308 pueblos del término a mediados del siglo XIII.



Portada oeste

Fue entonces cuando la acumulación de derechos económicos eclesiásticos era de tal calibre que el Papa Inocencio IV tuvo que mediar en los conflictos existentes de carácter interno para distinguir entre los bienes propios del Obispado y los del Cabildo eclesiástico, de manera que su contabilidad y disfrute fueran llevados de manera separada. Como cita el excelente estudio histórico sobre la ciudad escrito por Belmonte Díaz:

“Baste examinar los libros de la Catedral abulense de los años 1130-1300 y siguientes. Todo su contenido se refiere a contratos de *“familiaritas”*, donaciones piadosas con contraprestaciones oracionales, bulas pontificias, adquisiciones, permutas, ventas, pleitos y reyertas, disputas con otras diócesis por motivos económicos o delimitación de términos... Parecen el quehacer primordial de capitulares y obispos, su idea obsesiva de atesoramiento, y el acometer esplendorosas creaciones monumentales, relegando a último lugar las misiones espirituales y pastorales”.

Llegamos a un punto que resulta imposible dirimir aquí pero que conviene resumir brevemente. La “catolicidad” del reino castellano-leonés, la imbricación social de la Iglesia católica en la historia del país que empezaba a formarse, nace en estos siglos. Lo cierto es

que el rey, al ocupar frente a los musulmanes una nueva ciudad, un lugar donde reedificar, trataba de asegurarse el terreno frente a nuevos ataques de varias maneras: Desde el punto de vista militar, era prioritaria la construcción de murallas y eventualmente un alcázar donde centralizar las tareas defensivas. Ahora bien, resultaba de gran importancia que hubiera pobladores que se aprestaran a esa defensa, que tejieran una red de intereses económicos, agrícolas y ganaderos sobre todo, para dotar de riqueza al lugar. No pocas poblaciones empezaron con algunas casas en el interior de sus murallas, huertos y grandes terrenos vacíos que resultaban difíciles de ocupar ante la renuencia de los repobladores a estar en primera línea de combate, al principio, y a permanecer en el territorio cuando la frontera se alejaba y nuevas tierras de mayor riqueza se iban abriendo en al Andalus después.

En esta importante labor de repoblación el poder monárquico no intervino apenas dejando la creación de la estructura social de la ciudad en manos de la Iglesia. Lo primero en ese sentido que debía hacer ésta era instalar una serie de pequeñas iglesias que agruparan la población que empezaba a venir en collaciones o parroquias. Para hacer esta labor recibía todo tipo de derechos y privilegios, además de la exención de pechar, es decir, pagar tributos al rey. Por el contrario, era la Iglesia a través de su Obispado la que recibía las tributaciones que el rey les donaba.

Naturalmente, lo que recibía no era algo que tuviera realmente el rey, éste sólo tenía el derecho del tributo pero ello dependía de la actividad económica y ésta, a su vez, del tejido social construido gracias a la

Iglesia. Por tanto, al rey le era fácil ceder algo que sólo podía tener gracias al apoyo decisivo de la Iglesia en la organización económica y social de la ciudad. Dado que la agricultura y la ganadería eran la riqueza fundamental, la presencia de la Iglesia en la tributación de los pueblos del término abulense resultaba frecuente. La única competencia interna que podía encontrar dentro de la ciudad no era el rey, lejana fuerza dedicada a ampliar territorios y domeñar a una indómita nobleza cortesana, sino las casas nobiliarias de Ávila, que también deseaban controlar sus pueblos, extraer sus rendimientos y enriquecer sus linajes.

Sin embargo, del mismo modo que en muchos casos los linajes mantuvieron un modo de convivencia repartiéndose los cargos municipales y sus prebendas, la Iglesia fue un órgano más de poder sobre los rendimientos económicos abulenses en clara alianza con los restantes poderes. Así, su presencia junto al rey no sólo es frecuente, sino que obispos, arcedianos y todo tipo de altos clérigos salen de las propias familias nobiliarias, estableciendo con ellas unos estrechos lazos de interés.

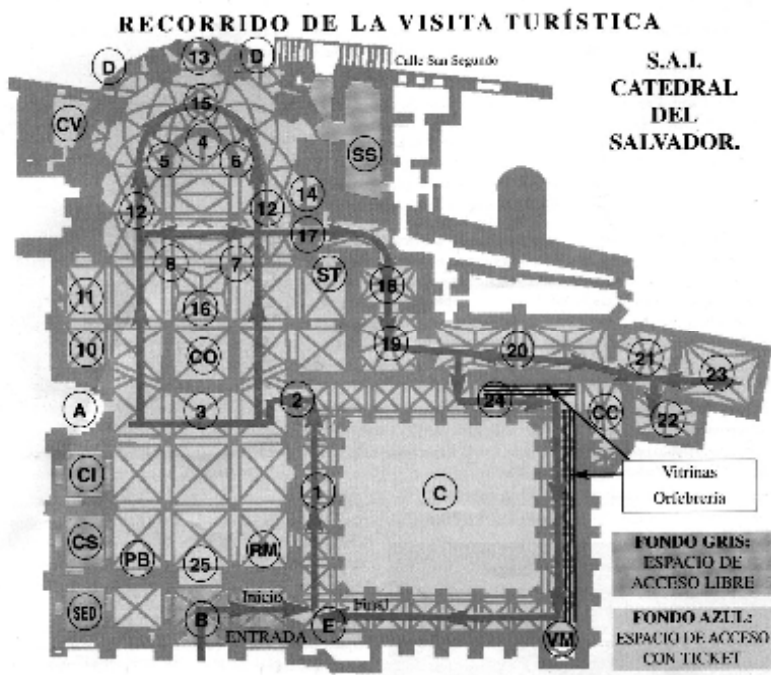
Si se retrocede en todo esto, uno se pregunta si, además de la conveniencia en el reparto de papeles (el rey en lo militar, la Iglesia y luego la nobleza, en lo ciudadano), hay otras razones anteriores para que la monarquía se apoyara en la Iglesia católica para tal desempeño. En ese sentido, hay que recordar que la guerra contra los musulmanes fue entendida siempre como una labor de reconquista y recuperación de un terreno y una organización social y religiosa que la invasión musulmana había hecho concluir.

De este modo, tanto reyes como obispos se empeñan en constituir diócesis y obispados reconstruyendo constantemente lo que la tradición defendía que existía en los últimos tiempos visigodos. A ello hay que añadir que aquel tiempo era directamente heredero del romano, un tiempo en que se había consumado la alianza temporal entre el poder de Roma y la naciente Iglesia cristiana.

Basta concluir que esta alianza también se dio en tiempos medievales en otros lugares europeos pero la relación tan estrecha entre poder monárquico y religioso no se llevó a cabo tan fuerte ni de manera tan permanente en ningún otro, ni siquiera en la católica Francia. En ese sentido la expulsión de judíos en 1492 y de moriscos poco después, la unificación de la religión de Estado en tiempos de los reyes bien llamados Católicos, señala una continuación de esta política iniciada tanto tiempo atrás.

Dentro de esa estructura social y a otros niveles ya se han mencionado las donaciones de nobles particulares, el miedo a la condena del alma tras la muerte, las “donaciones piadosas con contraprestaciones oracionales” que se mencionan en el párrafo anterior. Esta actitud se generaliza y alcanza un nivel muy alto entre los siglos XIII y XIV conociendo entonces la iglesia abulense el máximo de su riqueza e influencia.

Con todo lo dicho, trasladémonos ya al interior de la Catedral, el lugar donde esa riqueza escultórica, la magnificencia constructiva y la presencia constante de sepulcros nobiliarios en capillas dispuestas a tal efecto, serán constantes a lo largo del recorrido.



Tras entrar por la fachada principal se llega al reducido atrio de los catecúmenos, de escasa relevancia pero que daría acceso a la iglesia por su puerta oeste si ésta no estuviera cerrada. Es necesario girar a la derecha, asomarse al claustro donde en un puesto venden la entrada y te dan la información imprescindible para recorrer el monumento.

Apenas andas por una galería de este claustro cuyo paso más allá es imposible por instalación de unas mamparas. Enseguida te introduces por uno de los extremos del claustro en la Catedral propiamente dicha. Es

necesario aclarar que, como en muchos otros templos, la fotografía está expresamente prohibida, pese a lo cual hice las que pude aprovechando cierta permisividad dada por la temprana hora de la tarde en que recorrí el lugar y la casi soledad en que lo hice. No comprendo a ese respecto la variabilidad de criterios que emplea la Iglesia de cada ciudad sobre dar o no dichos permisos, de manera que hay iglesias que se pueden fotografiar con detalle y otras donde no, independientemente del tamaño y su importancia.



Galería del claustro

Pese a la mala calidad de estas fotografías puedo verlas ahora, recordar algunos trozos de mi recorrido por el interior de la Catedral. Es de una gran amplitud, quizá algo más de lo que uno podría esperar al ver el exterior

desde las almenas, su solidez y aspecto macizo. Pero por dentro muestra ligereza y, sobre todo, la llamativa espectacularidad de su granito extraído de unas canteras del cercano pueblo de la Colilla.



Interior

Su color entre rojo y blanco da una personalidad muy característica a este templo respecto a cualquier otro que haya visto en Castilla y León. La contrapartida es el hecho de que se va deteriorando paulatinamente con el tiempo y es necesario reforzarlo, hecho que justificó que el maestro Fruchel utilizara asiduamente el granito más duro en lugar de esta piedra en las partes fundamentales del templo.



Piedra de la Colilla

Tiene tres naves pero el hecho de que sean de igual anchura aunque desigual altura y el buen estudio de sus pilares, produce una gran sensación de amplitud. En el claroscuro que presidía el interior a esa hora, con las luces de las lámparas y las provenientes del exterior incidiendo en su piedra bicolor, me fui fijando en determinados lugares que iré describiendo sin ánimo de ser exhaustivo.

Nada más entrar por el brazo sur del crucero observé a la izquierda dos enterramientos bajo arcosolios. Por entonces trataba de sacar una foto sin que me llamaran la atención de manera que sólo pude suponer su interés, pese a encontrarse algo retirados de la vista. En efecto, el de la izquierda corresponde a Blasco Dávila, obispo de Sigüenza, que murió en 1334. A su lado está el que fue famoso Sancho Dávila, capitán en tiempos de los Reyes Católicos, alcaide del alcázar en la lejana ciudad de Carmona y muerto en 1482 en el cerco de Alhama. Así pues, éste es lugar de enterramiento de la familia Dávila, proveniente de uno de los repobladores iniciales, Blasco Jimeno.



Familia Dávila

Me adentré en la parte central de la iglesia. A la izquierda encontraba el coro y allá, al fondo, el altar de Santa Catalina, una obra plateresca del siglo XVI obra, entre otros, de Vasco de la Zarza.

Apenas hice más que asomarme al coro, elegante, espléndido, obra desde 1535 del holandés Cornelis que trabajó junto a otros artesanos durante once años.

Frente a él se alza el altar mayor con un retablo majestuoso de hasta 24 tablas pintadas por Pedro de Berruguete, Santa Cruz y Juan de Borgoña. El primero había adquirido fama en la ciudad abulense tras el extraordinario retablo del convento dominico de Santo Tomás, del que hablaremos más adelante. Fue el que inició esta obra en 1499 llegando a terminar hasta diez de estas tablas de manera que, en 1504, le sucedió el italiano Santa Cruz que murió cuatro años después cuando pintaba el cuarto de sus cuadros. Hubo de recurrirse a Juan de Borgoña, un pintor educado en Florencia y con taller en Toledo, para que concluyera el retablo.

Es imposible acercarse al mismo dado que, como es costumbre, el altar mayor se protege con un cordón que impide el paso a los visitantes. Es por ello que he tenido que recurrir a algunas imágenes de libros sobre esta Catedral que completarán lo que pude fotografiar con unas mínimas condiciones.

Tras observar en el centro el coro y el altar mayor, me trasladé al brazo norte del crucero donde encontré el sarcófago en bronce de Nuño González de Águila, arcediano de la Catedral a mediados del siglo XV, junto a un hermoso retablo y altar dedicado a San Antolín.



Altar mayor

Fui caminando casi al azar observando cada lugar, sentándome incluso un momento en aquella nave norte de la Catedral escuchando el silencio que se respiraba hasta que una familia entró para recorrer mi mismo camino. Miraba la piedra de la Colilla, el sabor peculiar de sus colores antes de observar la capilla de la Piedad, casi en un rincón. También llamada de la Blanca fue fundada por el arcediano de Arévalo Rodrigo Dávila en 1559, como disposición testamentaria. Tiene la particularidad, además de su modernidad renacentista para la época, de contar con

una reproducción de la Piedad de Miguel ángel, realizada por Juan Bautista Vázquez, el Viejo, en 1561.



CATEDRAL. PIEDAD, EN LA CAPELLA DE LA BLANCA.

Después atravesé el Trascoro, una importante obra escultórica con la que se cierra el Coro por detrás. Con una verja delante es difícil acercarse pero se puede apreciar la hermosura de su trazo, obra realizada desde 1531 por Juan Rodríguez y Lucas Giraldo.

Me adentré después en la girola, por detrás del altar mayor. Hay distintas capillas aquí, sería demasiado prolijo citar cada una con todo su contenido, generalmente tumbas en arcosolios (como casi todas las de la Catedral), retablos, cuadros y pequeños altares. Me llamó la atención en primer lugar la capilla de San Nicolás, que aparece en un cuadro central, rodeado por el antiguo sepulcro del obispo Hernando, fallecido en 1292 y donde figuran en altorrelieves unos ángeles que transportan al cielo su alma. Al otro lado un letrero sobre una reja donde se menciona: “Limosnas para casar doncellas huérfanas”, una de esas obras pías con las que dotar en este caso a huérfanas con vistas a sus desposorios, generalmente con hombres de extracción humilde.

Muy cerca está la capilla de Nuestra Señora de Gracia que mostraba un altar muy bonito con un retablo hecho con exquisito gusto. Atrajo mi atención antes de saber la importancia que la tradición y los fieles han otorgado a este altar y al retablo, obra del abulense Sancho Ruiz, “el Maestro de Ávila”, hacia 1482. En 1577 Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila por entonces, dispuso este altar para ganar indulgencias. Llegando los fieles en gran número, hubieron de suspenderse las comuniones y disponer otros lugares para conseguir tales indulgencias.



Capilla de Nuestra Sra. de Gracia

Del mismo modo se registra la anécdota de que, en otro momento, se colocó en dicho altar el Altísimo, siempre objeto de reverencia. No obstante, también hubo de ser trasladado de lugar porque la asistencia era tan numerosa hacia el Trasaltar, justo enfrente, que los fieles daban la espalda constantemente a la sagrada Forma.

En efecto, frente a esta capilla es necesario observar el Trasaltar y, dentro de los hermosos relieves de los Evangelistas, la tumba de Alonso Tostado Rivera, obispo, teólogo y jurista de gran prestigio en el siglo XV, famoso además por su gran obra escrita hasta el punto de

que quedó en el habla popular por mucho tiempo la afirmación de que “escribes más que el Tostado”.

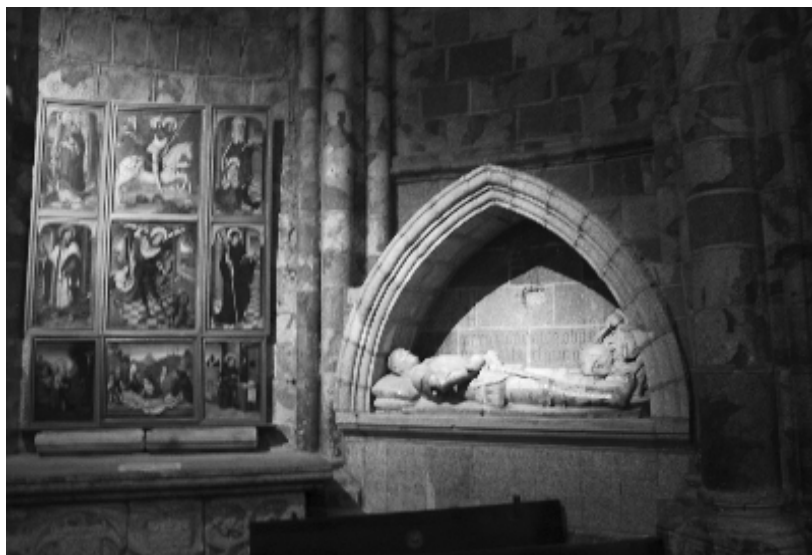
Su figura se representa exenta y revestida con ornamentos pontificales. Es muy hermosa y atrae inmediatamente la admiración de cualquier persona a la que le guste la escultura. Es obra de Vasco de la Zarza que, como se puede comprobar, participó activamente en la faceta escultórica de la Catedral en la primera mitad del siglo XVI.



Escultura del Tostado

En ese punto, como en tantos otros del interior, se puede alzar la vista hacia la bóveda que forma el crucero, donde se entremezclan los arcos en granito de la Colilla ofreciendo una visión difícil de olvidar.

Siguiendo el camino que recorría la girola hacia el sur me fui a fijar en otra capilla, luego supe que era la de la Asunción, donde un nuevo caballero yacía bajo un arcosolio ojival. Se trataba de Juan Núñez Dávila, autor entre otras cosas de la reparación de diversas iglesias entre las que se cuenta la cercana ermita de Nuestra de las Vacas, desde donde se trasladó este sepulcro hasta la Catedral hace menos de medio siglo. Ahora parece que siempre hubiera estado allí.



Tumba de Juan Núñez Dávila

Por fin termino de dar la vuelta completa a las tres naves Catedralicias que, a esas alturas, se habían llenado de visitantes. Había estado casi tres cuartos de hora allí sin darme cuenta y aún habría de volver poco después para

sentarme otro rato y seguir contemplando el juego de luces sobre la piedra policromada, antes de salir por el claustro.



Capilla de San Bernabé

A partir de ahí nos introducimos a través de una puerta por donde se accede al Museo de la Catedral, situado en la capilla del Sagrario. Allí pude contemplar un gran lienzo del siglo XVIII, de autor anónimo, llamado Cristo de Burgos. Es la primera de una serie de habitaciones que nos harán desembocar de nuevo en el claustro.

En la siguiente, la capilla de San Bernabé, actual sacristía, se encuentra un retablo en alabastro con un Cristo central atado a la columna, esculpido por Isidro de Villoldo.

De ahí se pasa a la capilla del Cardenal presidida en su centro por la Custodia de la Catedral, obra en plata de Juan de Arfe, el famoso orfebre, en 1571. Pesa casi cien kilos y mide 1,75 metros de altura.

A estas alturas la visita resulta algo cansada, pese a la belleza del recorrido y sus obras, que luego es posible degustar, al recordarlas, con mayor atención. Se sucedieron algunas salas, como la del Dolor y la Muerte, con un cuadro de la Magdalena de Claudio Coello, que hizo que me detuviera un largo rato. Luego la sala Capitular, con relicarios, tablas románicas, tallas y una exposición de vestiduras sacerdotales de indudable lujo.

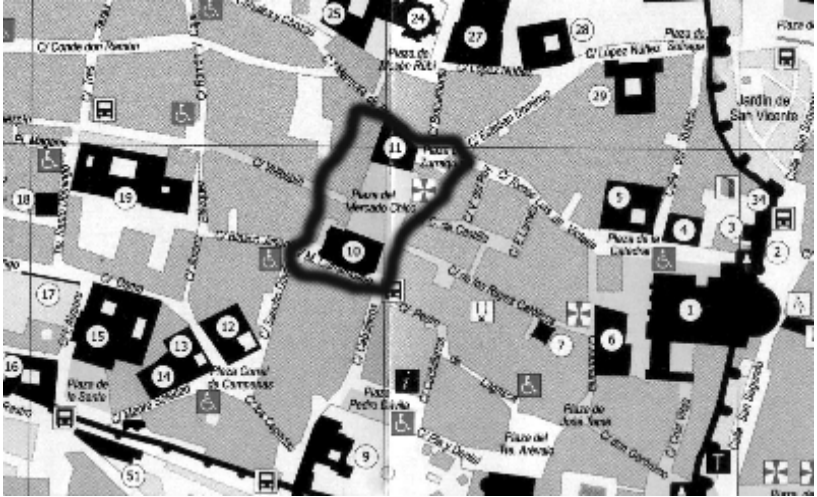
Después de eso se sale al claustro, aunque éste se presenta tapiado con un molesto enrejado metálico. Es obra del siglo XIV y obra de varios maestros, entre los que se encuentra de nuevo Vasco de la Zarza, además de Pedro de Viniegra.



Claustro

El recorrido es amplio, interesante. Quizá no tenga la monumentalidad de otras catedrales castellanas pero es distinta, característica con su piedra de la Colilla en dos colores que parpadean entre el juego de sombras y luces, con sus sepulcros en arcosolios góticos repartidos por muchas de las capillas. Gracias a las fotos que pude robar es posible ahora que lo recuerde, aquellas sensaciones, los detalles, traer a la memoria aquel paseo de una hora por el interior de la Catedral de Ávila, uno de los monumentos emblemáticos de la ciudad.

8 Mercado Chico



Casi todos los paseos por el interior de la ciudad terminan llegando o atravesando la plaza del Mercado Chico. Eso decía suceder ya en tiempos muy remotos. Se dice que era el lugar de asentamiento de los vetones. Sí parece más cierto que ahí se sitúe el cruce entre el cardus y el decumanus cuando Ávila era un asentamiento romano. Dada la importancia secundaria respecto a otras ciudades administrativas y políticas de primera magnitud como Emérita o Tarraco, no debía registrar edificios de envergadura aunque es probable que se levantara un templo en los terrenos ahora ocupados por la iglesia de San Juan Evangelista, en el lado sur de la plaza. Es

conocida la persistencia en el tiempo de los terrenos considerados sagrados.

Pues bien, cuando los repobladores empezaron a ocupar diversos lugares de esta ciudad que empezó pronto a amurallarse, el Mercado Chico fue el sitio donde comprar y vender, junto al Mercado Grande presidido más tarde por la iglesia de San Pedro y el pequeño mercado que se desarrollaba en el barrio de San Vicente. Era también el punto donde se encontraban los “serranos” o caballeros villanos que iban adquiriendo importancia militar gracias a la riqueza agrícola y ganadera que les permitía mantener caballos y armas.



Puestos de venta en la plaza del Mercado Chico

Mientras los primeros, crecientemente preponderantes, se asentaban junto a los judíos en la parte

alta de la ciudad, en torno a la Catedral, los “ruanos” de extracción más humilde se dispersaban por distintos lugares: los escuderos en la zona de San Pedro, también visitada con frecuencia por los nobles; los oficiales y canteros hacia el norte extramuros, el barrio de Ajates, donde levantarían las iglesias románicas de entonces como San Vicente, San Andrés o San Martín; los molineros, tintoreros y todos aquellos oficios que precisaban del curso del agua, en el entorno del puente sobre el Adaja, y los labradores más pobres y moriscos al sur extramuros, en el barrio de Santiago.



Iglesia de San Juan

Algunos de ellos tenían casa en la parte baja de la ciudad, la que discurre desde el Mercado Chico hasta el río, creando esa división geográfica y social en la ciudad que aún hoy se percibe con claridad: al este, en la parte

más alta, los comercios y casas nobles; al oeste, en la zona más baja, las casas más humildes y los oficios. De ahí que la calle Vallespín, la más importante que discurre desde la puerta del Puente al Mercado Chico, se llamara entonces Rúa de los Zapateros porque era ese oficio el que predominaba en la misma, de igual modo que sucedía con otras calles de la zona.

En esa estructura el Mercado Chico jugaba un papel articulador puesto que el naciente Concejo municipal se encontró durante varios siglos en la iglesia de San Juan, aledaña a la plaza, sede de reunión también durante largo tiempo de uno de los bandos nobiliarios. Al mismo tiempo, la plaza se poblaba de artesanos, pequeños mercaderes y comerciantes que vendían sus productos de forma periódica.

La primera constancia documental de este hecho data de 1144 cuando se pagaban tributos de portazgo y tiendas entre los comerciantes de este lugar. Desde el siglo XII y por favor real se hicieron dos mercados semanales que, si inicialmente sólo permitían el trueque directo de productos, a partir de 1180 admitieron la circulación monetaria, lo que amplió considerablemente el ámbito de actuación del mercado entre la población abulense.

Precisamente llegué en uno de mis viajes hasta la plaza encontrando una gran cantidad de puestos de alimentos, prendas de vestir y calzar, entre otras cosas. Era viernes creo recordar y me gustó pasear por allí, como me ha sucedido en otras ciudades castellanas, generalmente en fin de semana. La plaza cobra todo el significado que tenía en tiempos medievales aunque ahora los comerciantes no

vengan en carro o jumento sino en furgoneta. Pero el intercambio es el mismo.



Ayuntamiento

La plaza es rectangular desde el siglo XVIII en que el gobierno ilustrado de la nación con Carlos III impulsó la racionalización del trazado urbano, las calles rectas, las plazas amplias y el levantamiento de edificios municipales y administrativos centralizados. Pues bien, en este caso fue el arquitecto Ventura Rodríguez el encargado de diseñar esta plaza con su forma, los pórticos en los que establecer a cubierto los puestos de comercio y el estilo herreriano general que era predominante aún en aquel momento.

Su proyecto de 1773 no pudo llevarlo a cabo por completo puesto que le sorprendió la muerte pero en 1794 se encargó de continuarlo Juan Antonio Cuerbo, también arquitecto y su sobrino. Las obras se prolongaron largo

tiempo, puede decirse que a todo lo largo del siglo XIX incluyendo el nuevo Ayuntamiento realizado entre 1863 y 1868 bajo la dirección de Ildelfonso Vázquez Zúñiga.

Ahora la plaza ha adoptado el nuevo destino que parece propio. Numerosos bares se alinean debajo de los pórticos como en Salamanca, Segovia, Madrid, de manera que, dejando el paso imprescindible para las personas, las mesas en verano se extienden alrededor y dentro de la plaza. Tan sólo se respeta el edificio municipal y, en este caso, la fachada de la iglesia de San Juan, en la que la alineación de arcos se redujo a un solo cuerpo bajo para no ocultar la fachada.



Iglesia de San Juan

La plaza es un pequeño centro de distribución viaria por cuanto uno se puede dirigir por distintas calles en las cuatro direcciones de la ciudad. Si se va al norte se

llega enseguida al barrio de los palacios nobiliarios. Si es hacia el sur se alcanza el palacio Dávila y, poco más abajo, la plaza de la Santa. Pero también puedes dirigirte o llegar desde el este, del entorno de la Catedral, recorriendo la calle de los Reyes Católicos, con sus comercios para turistas, alguna librería de interés entre otros comercios. Finalmente, se puede continuar descendiendo por la calle Vallespín hasta alcanzar un buen trecho más allá la puerta del Puente.

La plaza se constituye así en uno de los centros neurálgicos de Ávila. No tiene quizá el atractivo del entorno de la Catedral, de la parte este de la muralla con el antiguo Mercado Grande de San Pedro, los muchos bares y confiterías allí existentes, pero te introduce en un ámbito diferente, con un aire indudablemente dieciochesco en su arquitectura herreriana y ese recuerdo a las iglesias antiguas que supone San Juan.

Parece que, además de sus supuestos orígenes sagrados dentro de la ciudad romana, este rincón del sur de la plaza, donde ahora se alza la iglesia, pudo ser una ermita pequeña en los primeros tiempos de la repoblación pero lugar señalado de importancia política por reunirse en ella el Concejo de la ciudad, los Domingo y los Blasco Jimeno, que aquí tenían su sede principal. Sin embargo, el edificio actual es posterior.

Desde la plaza su masa no impresiona, si acaso llama la atención la peculiar torre campanario que es de 1692, siendo reconstruida sólo cuarenta años más tarde. Es toda de ladrillo, no muy alta ni destacable pero llama la atención por parecer que vive a espaldas de la vida ciudadana. En efecto, la puerta que da a la plaza está

permanentemente clausurada mientras que la única de acceso, la oeste, se alcanza bajando un tramo de escaleras y adentrándose en la calle adyacente.

Tuve curiosidad varias veces por visitarla en su interior pero no me fue posible. Frustrados mis intentos al encontrarla siempre cerrada un hombre me llamó para decirme, con amabilidad, que había que estar allí a última hora de la tarde, posiblemente en uno de los actos litúrgicos, para conseguir entrar. Ya no pude hacerlo y por ello me fue imposible ver la pila bautismal donde fueron bautizadas dos personas que darían gloria a la ciudad en el siglo XVI: Teresa de Cepeda y Ahumada en 1515 y el gran músico que aquí tiene su propia calle, Tomás Luis de Victoria, en 1558. Podría ser incluso que en su interior fueran inhumados los padres de la santa, Alonso y Beatriz, que bautizaron a su hija con el segundo apellido del padre para que no portara el sospechoso Sánchez, de origen judaizante en este caso, que era el primero de su padre Alonso. Sus tumbas se han perdido aunque sus restos permanecen bajo el suelo de la iglesia en lugar ignorado.

No pude entrar, pese a mis intentos, y hube de contentarme con observar la portada, que es bastante pobre, el cuerpo principal de la iglesia, que se construyó desde 1515 a 1528 en estilo gótico y la cabecera que es de finales del mismo siglo en estilo herreriano.

No he tomado nada en esta plaza, solía hacerlo en otro lugar, pero sí me he sentado en un banco consultar el plano en busca de nuevos objetivos. La gente circula perezosamente de un lado a otro, sea mirando los puestos del mercado cuando éste se extendía por su superficie, o tomando una bebida y haciendo una fotografía durante el

verano. Pero aquí, en esta plaza, también sucedió un hecho trágico que ha pasado a la historia de la ciudad por definir un tiempo en que los nobles hubieron de inclinarse ante la autoridad real. Me refiero al ajusticiamiento de Diego de Bracamonte.



Portada de San Juan

Por entonces, finales del siglo XVI, gobernaba el reino Felipe II. Las necesidades militares exigían un tremendo esfuerzo a la Hacienda castellana embarcado el país en numerosos frentes europeos. Por ello las Cortes de 1590 concedieron al rey el llamado “servicio de los millones” que tenía como novedad fundamental la obligación general de contribuir sin exenciones a este impuesto por el que habrían de recaudarse ocho millones de ducados en seis años.

La oposición a todo ello por la nobleza abulense fue casi unánime. Hay que recordar que, según el Fuero de Ávila concedido por Alfonso X en 1256 la nobleza de la ciudad estaba exenta de cualquier pecho, privilegio confirmado por Juan I en 1382. Nadie lo había revocado por lo que esta nobleza consideraba que este servicio contravenía los derechos de los que habían disfrutado durante siglos.

Cuando se empezó a recaudar más de un millón de maravedíes que correspondían anualmente a Ávila y se aplicaban sisas como la de dos maravedíes por celemín de cebada, o uno por celemín de aceite, etc. el descontento era creciente.

El 21 de octubre de 1591 aparecieron siete pasquines pegados a las paredes en lugares estratégicos de la ciudad: uno de ellos en la misma portada de la iglesia de San Juan, otro en las carnicerías, un tercero en la Catedral. Decía lo siguiente:

“Si alguna nación en el mundo debía por muchas razones y buenos respetos, ser de su rey y señor favorecida, estimada y libertada, es sólo la nuestra; más la codicia y la tiranía con que hoy se procede no da lugar a que esto se considere. ¡Oh, España, España, que bien te agradecen tus servicios esmaltándolos con tanta sangre noble y plebeya; pues en pago de ellos intenta el rey que la nobleza sea repartida como pechera! ¡Vuelve sobre tu derecho y defiende tu libertad, pues con la justicia que

tienes te será fácil; y tú, Felipe, conténtate con lo que es tuyo y no pretendas lo ajeno y dudoso, ni des lugar y ocasión a aquellos por quienes tienes ha honra que posees, defiendan la suya, tan de atrás conservada, y por las leyes de estos reinos defendida!”.

El suceso, como es de suponer, causó un enorme revuelo ciudadano y no podía ser ignorado, de manera que el regidor de la ciudad informó al rey de los términos vertidos en esos pasquines. Es cierto que la nobleza defendía sus privilegios dentro del marco más antiguo de las relaciones de poder dentro del país, pero también es verdad que era una voz que se alzaba ante el expolio a que era sometida la tierra castellana y que no habría de detenerse durante algún siglo más hasta dejar a Castilla y León, impulsora y sede del reino que se iba constituyendo como nación, como una de sus regiones más desfavorecidas, despobladas y alejadas del tráfico comercial, que hoy conocemos.

La reacción de Felipe II fue inmediata mandando al doctor Pareja Peralta, alcalde de Casa y Corte real, para averiguar en la misma Ávila quiénes eran responsables de esos pasquines y darles el castigo que fuera preciso.

No debían ocultarse los conjurados porque, al cabo de poco tiempo, ya estaban localizados y en prisión. El noble Enrique Dávila, inicialmente condenado a muerte, apeló la sentencia por lo que fue recluido en el castillo de Turégano durante un tiempo hasta que su pena, una vez realizado un castigo ejemplarizante sobre la ciudad, se cambió por la de prisión perpetua. Otros conjurados como

el licenciado Cimbrón, el cura de Santo Tomé o el escribano Antonio Díaz, fueron condenados a distintas penas como azotes, destierro o sanciones pecuniarias.

El único sobre el que cayó la pena de muerte y no apeló fue el noble Diego de Bracamonte. Descendiente de Mosén Rubí, antiguo almirante de Francia asentado en España, permaneció en la Alhóndiga, la llamada hoy Casa de las Carnicerías, hasta que se llevó a cabo la sentencia.

Era un 17 de febrero de 1592, por la tarde, cuando se montó en una mula, enlutado y con las manos atadas a un listón de madera además de una cadena al pie. Fue llevado lentamente por la actual calle de los Reyes Católicos hasta el Mercado Chico donde se había levantado un cadalso. Un pregonero iba repitiendo delante de él: “Ésta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro señor a este hombre por culpante en haberse puesto en partes públicas unos papeles desvergonzados contra la majestad real: mandan muera por ello”.

Puedo imaginar a la comitiva llegando a esta plaza por la misma calle que ahora bulle de turistas y abulenses que charlan tranquilamente o pasan con caminar raudo. Debía haber un gran silencio, el pueblo asistía con curiosidad y expectación a hecho tan inesperado de ver a uno de sus nobles sobre el cadalso que, cubierto de negro, se levantaba en el centro de la plaza. Frente a la iglesia de San Juan había doce hombres con hachas encendidas. Ningún noble asistió al acto en señal de duelo y apoyo al ajusticiado.

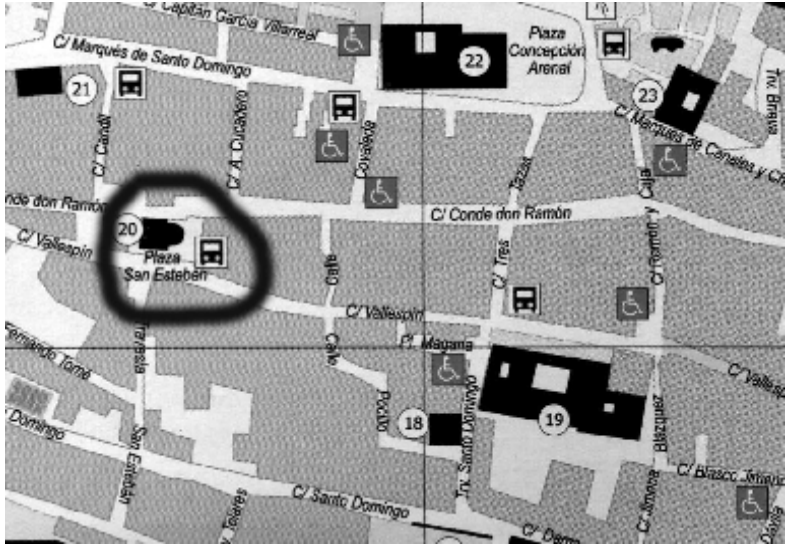
Diego de Bracamonte ascendió al tablado y allí, apoyado en una almohada y junto a un crucifijo y dos candeleros se confesó largo rato con fray Antonio de

Ulloa, guardián de los descalzos. Después el escribano que asistía al acto para atestiguar sobre él le conminó a que hiciese una confesión clara sobre los hechos que le habían llevado hasta allí, negándose él hasta tres veces afirmando que no tenía otra cosa que decir que afirmar la inocencia de los otros condenados. Dicho esto se sentó en las almohadas y el verdugo, tras cubrirle la cabeza con un tafetán negro, le arrimó a la espalda un listón de madera en el que le apoyó su cabeza. Después se la asió con una mano y le degolló con la otra hasta mostrar su cabeza al pueblo que contemplaba el hecho. Eran cerca de las seis de la tarde.

Fue entonces, cuando el cuerpo yacía envuelto en un paño y la cabeza permanecía sobre el listón, cuando los demás nobles acudieron para pedir el permiso de llevarse el cadáver y velarlo en la cercana capilla de Mosén Rubí, propiedad de la familia Bracamonte, y que finalmente fuera enterrado en la iglesia de San Francisco, que habría de visitar yo mismo a la mañana siguiente.

Todo eso es ignorado por la mayoría de las personas que recorren la plaza. En el lugar del cadalso una familia se retrata, los niños corretean de un lado a otro, una señora marcha hacia la farmacia de la esquina, un vendedor de chucherías me mira sin la esperanza de que le compre algo. Me quedo en silencio y disfruto del momento, la tranquilidad ciudadana, un hermoso día de agosto, aunque el calor empieza a apretar. Poco después iría a la capilla donde se velara el cadáver de Diego de Bracamonte, allí charlaría con una anciana monja y asistiría a la conversación inagotable de otra. Todo termina pasando, nada queda, a veces ni el recuerdo.

9 San Esteban



Descendiendo por la antigua Rúa de Zapateros (actual calle Vallespín) hacia la puerta del Puente que da al río, el caserío cambia drásticamente. No se ven ya grandes casas nobiliarias con la única excepción del palacio Polentinos, tanto más llamativo por encontrarse junto a casas algunas con indicios de ruinas, descuido y, en general, pobreza de materiales. Las desigualdades de tiempos medievales se siguen manteniendo.

Aquí no hay comercio ni calles concurridas con turistas que fotografían y miran escaparates. Las duras cuestas que algunos suben con dificultad, sobre todo las personas más mayores, están poco frecuentadas y sólo

algunos coches pasan de vez en cuando. Por esta calle, parece decirse, no se llega a ninguna parte dado que en coche es más práctico bordear la ciudad si se desea llegar al puente sobre el Adaja.



Calle Vallespín

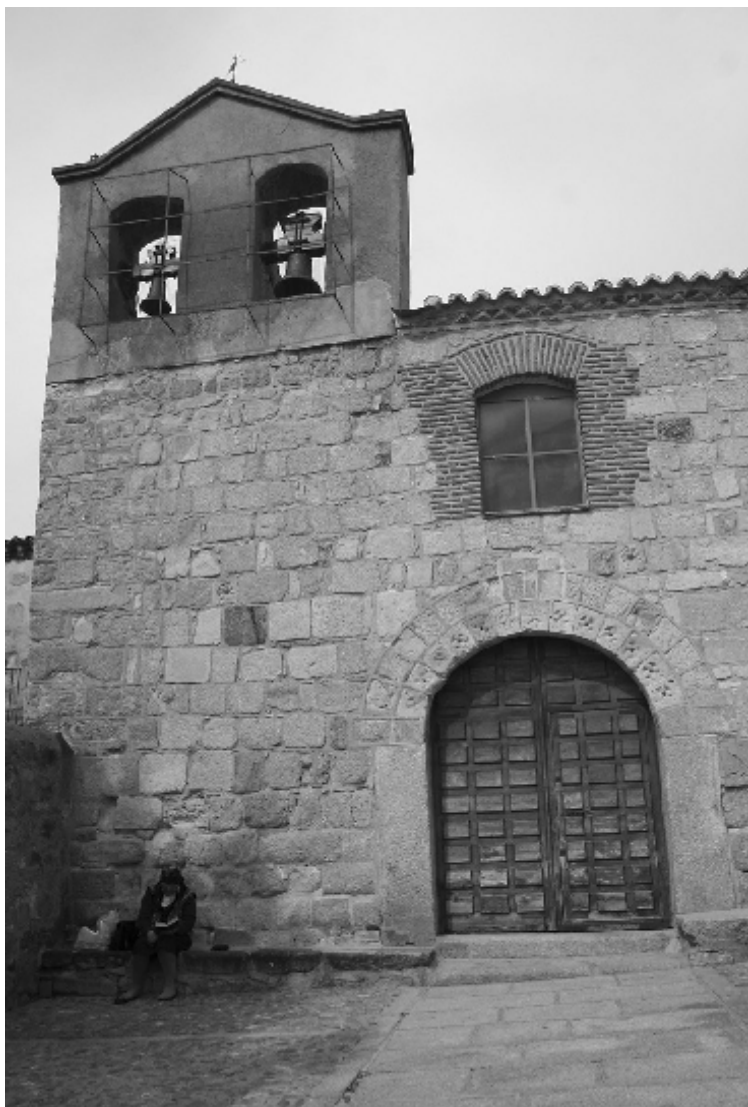
Ni siquiera las iglesias de la zona son tales, sino ermitas. En la puerta de una unos chavales juegan con una pelota mientras otros oyen una radio sentados en un banco. Apenas hago fotos la primera vez que paso por allí. Me miran con extrañeza, examinan con descaro mi cámara fotográfica y luego se desentienden con indiferencia. Luego se van y queda una pareja sobre el banco, me atrevo entonces a hacer alguna foto de la ermita de San Esteban, incluso de la portada al lado de la cual se sienta alguien que parece vivir en la calle.

Pese al ambiente que la rodea, las casas medio desmanteladas que, sin embargo, lucen la consabida antena de televisión, me gusta el lugar y la ermita. Siempre fue de origen humilde, desde que se construyó en la segunda mitad del siglo XII. La fachada muestra una portada sencilla con un arco de medio punto decorado con las consabidas rosetas abulenses y un campanario que no parece tener nada que ver con el resto del edificio, reconstruido en gran parte en el siglo XVII.



Ermita de San Esteban

Debo reconocer que, pese a mi interés, carecí de suerte con esta ermita. En mis dos primeras visitas a la ciudad la encontré cerrada pero ya en la tercera, sabido que abrían al público por la tarde con un horario reducido, decidí atenerme a él.



Portada

Cuando mis ojos se acostumbraron a la forzada penumbra que contrastaba con la luz exterior, a las cuatro de la tarde en un día de agosto, encontré un grupo de mujeres que, sentadas en los bancos de manera dispersa, me miraban. Una monja más adelante repetía incansable los misterios del rosario mientras las mujeres seguían la cantinela sin desviarse. Me senté en un banco con mis pantalones cortos, la cámara al cuello. El grupo miraba ahora hacia adelante o al suelo murmurando “ruega por nosotros” mientras algunas desgranaban las cuentas de un rosario. Apenas me atreví a hacer una foto, desesperado por conseguirla.



Interior

Era tal mi curiosidad por conseguir permanecer tranquilo en el interior que, viéndola abierta al día siguiente por la mañana, me volví a colar. Una señora, conteniendo el mal humor por mi interrupción, me espetó: ¡Vamos a cerrar! Le rogué un par de fotos, conseguí hacerlas a toda prisa antes de escapar cuando casi me fue empujando hacia la salida.

Solamente al ver las fotos puedo apreciar cómo era el interior. Muestra un solo ábside que, por dentro, está dividido en tres tramos por dos semicolumnas con los capiteles deteriorados. Delante un arco triunfal. En el retablo una bonita imagen de la Virgen del Consuelo y arriba la de San Esteban.

A esta ermita no han llegado grandes acontecimientos sino la vida de los artesanos, los tintoreros que trabajaban a las orillas del río, talabarteros, zapateros, pescaderos que instalaban sus poyetes en las afueras de sus casas para vender sus mercancías a los que por allí se acercaban. Esa es la vida que se observa actualmente en cualquier pueblo, cuando ves pasar a un hombre montado en un carro tirado por una mula, la paja sobre el carro o zanahorias o cualquier otro producto del campo, cuando te preguntas quién escribirá su historia, a quién interesará su vida fuera de su círculo más cercano, qué podrá cambiar ese hombre de lo que le rodea, si querrá siquiera cambiar algo o se contentará con repetir los modelos tradicionales heredados. Todos los que así vivieron en Ávila tuvieron y aún tienen en San Esteban su ermita.

vistas al río. Observé que estaba abierta y por ello bajé con cierta premura para dirigirme hasta ella. En la puerta había un chico joven sentado en una silla bajo la raquítica sombra de un árbol leyendo un libro. Se incorporó de inmediato al verme, me cobró una pequeña entrada acompañándome a la puerta para encender las luces del interior. Parecía un buen chico, respondió con amabilidad a mis pocas preguntas confirmando que él entendía muy poco, que era un trabajo de verano. Buscó un pequeño folleto con las explicaciones, me señaló la escultura más destacada de la ermita, de una belleza sorprendente.

Su construcción inicial se envuelve en la niebla de un tiempo en que no había crónicas fidedignas, por lo que son las tradiciones orales las que suplen las carencias. Se dice así que en origen se construyó en el siglo IV d.C. para reedificarse en los primeros tiempos medievales siendo parroquia de Santa Lucía primero, de San Sebastián después. Por entonces era una ermita sin gran valor histórico ni artístico, levantada en un barrio poblado de gentes dedicadas al oficio textil.

En 1519 hubo algunas obras de reparación e incluso la sustitución de la fachada oeste. Entre otras cosas, se excavó en la separación del ábside sur con el central en su interior. Allí se realizó un extraño descubrimiento que conmovió la vida religiosa de la ciudad por aquel entonces.

Se halló un arcón de piedra que, una vez abierto, descubrió unos restos humanos vestidos con traje sacerdotal y, lo que resultaba más llamativo, una mitra episcopal. Junto a ello una inscripción que decía “Sanctus Secundus”.

Se recuperó entonces una vieja tradición que se encontraba en un manuscrito del siglo X donde se afirmaba que San Segundo había llegado hasta Ávila siendo su primer obispo.

La historia es más larga y problemática. En el primer siglo de la era cristiana San Pedro y San Pablo habían encomendado a siete Varones Apostólicos con dignidad de obispos la evangelización de Hispania. Al parecer desembarcaron en el sur de la Península, en Guadix, entonces llamada Acci. Desde allí se distribuyeron por la provincia Bética romana cumpliendo la tarea que se les había encomendado.

La tradición abulense sigue afirmando que uno de ellos, Segundo, continuó su camino hacia el norte para llegar a Abula o Abula donde fundó el primer obispado de la ciudad. Este Varón, que terminaría muerto en las persecuciones romanas, fue progresivamente olvidado hasta que el descubrimiento de 1519 hizo remover escritos y tradiciones. El hecho de que, junto al cadáver, se encontrara un cáliz gótico del siglo XIV y un anillo del siglo XV, no fue obstáculo para que las autoridades eclesiásticas defendieran con el pueblo el hecho de haber encontrado casi milagrosamente los restos del primer obispo de la ciudad, San Segundo.

Otras voces han indicado después la improbabilidad de esta secuencia de acontecimientos. Resulta ya extraño de por sí que antes del siglo VIII nadie mencionara a estos Varones Apostólicos en crónica alguna, suponiendo entonces la revitalización de su culto cuando la Iglesia empezaba a asentarse sobre los terrenos reconquistados a los musulmanes y diversas ciudades

defendían su importancia eclesiástica anterior a los mismos. Por otro lado, también es extraño que Segundo viajara solo dejando a todos sus compañeros en la Bética, llegando tan al norte hasta una ciudad que por entonces carecía de importancia para constituir un obispado en la misma. Incluso se ha defendido que la ciudad de Abla que menciona la tradición no sería Ávila sino la Abla existente entre Guadix y Almería, algo mucho más creíble.

Los estudios sobre la edificación, por otro lado, indican que la ermita no fue construida antes del siglo XII por lo que ese arcón debía ser posterior, lo que estaría de acuerdo con los demás restos encontrados en su interior.

Todo ello no fue óbice para que el culto de San Segundo se extendiera por toda la ciudad hasta el punto de convertirlo en el patrono de Ávila. De hecho, se destruyó parte de la muralla para construir en ella, junto a la Catedral, la capilla de San Segundo que albergó los restos encontrados desde 1615.

Dejemos a los historiadores en sus discusiones. La ermita es interesante tal como se presenta ahora, cuando se le quitaron las casas del santero que tenía adosadas, así como los restos del albergue construido en su lado norte, apenas visibles ya. Tiene una bonita entrada por la fachada sur que es muy semejante a la de San Andrés (de donde se deduce su simultaneidad en la construcción), con sus cinco arquivoltas presentando las ya conocidas rosetas esta vez envueltas en un círculo.

Su interior me reservaba una sorpresa, sobre todo porque no había leído qué podía encontrar. Tiene tres hermosos ábsides que aparecen en general inclinados respecto al eje de la nave siguiendo el modelo francés de

reproducir la inclinación de la cabeza de Cristo en la cruz, tal como sucede en otras iglesias de la época.



Ermita de San Segundo

El retablo muestra la figura del santo titular de la ermita rodeada de tablas pintadas por Sansón Florentino, apellidado así por provenir de una familia italiana de tal origen asentada en Castilla. No es de un valor especial, sobre todo si se compara con lo encontrado en el ábside sur.

En él hay un retablo churrigueresco con otra talla de San Segundo, así como una tabla reproduciendo a Santa Teresa y un altar algo a la derecha dedicado a Santa Apolonia, patrona de los dentistas, y a la que se reproduce con una dentadura en la mano.



Interior

Sin embargo, lo verdaderamente admirable en el lugar se encuentra frente al ábside sur. La escultura de San Segundo es de Juan de Juní y fue encargada en 1572 por María de Mendoza, una hermana del por entonces obispo abulense Álvaro de Mendoza.

Los libros se limitan a dar ese dato e incluso describirla contando con una figura con traje episcopal, un libro sobre un cojín y la expresión dulce propia de su autor. Pero la impresión es indeleble en el visitante. Di vueltas y más vueltas alrededor de la escultura ignorando entonces que, en la base de la estatua, había un agujero por donde se podía meter la mano tocando la caja que contiene las pocas reliquias que quedaron tras el traslado de aquellos restos. Con ello se puede pedir un deseo, afirman.

Pero mi deseo en la ermita, si lo hubiera tenido, estaba satisfecho. La belleza de aquella escultura era más de lo que hubiera podido desear antes de entrar. También ignoré una lápida que hay en el suelo muy cerca de la obra de Juní: el enterramiento de Santa Paula Barbada.



Escultura de Juan de Juní

Parece que Paula era una bella muchacha a la que pretendió, durante el tiempo de los visigodos, un caballero que buscaba acostarse con ella. Refugiada en una parroquia abulense la moza rogó a Dios que impidiera el atropello. Fue entonces que, milagrosamente, la intervención divina la salvó haciéndole crecer la barba. En fin, la situación tiene su gracia, al menos no tiene el trágico final de otras ocasiones de este tipo que, además de dar a la Iglesia otras santas en defensa de su virginidad, proporcionaban quemaduras, deformaciones o amputaciones varias que hacían desistir a los aguerridos y prepotentes caballeros de entonces.

11

El río Adaja

Pasada la puerta del Puente nos encontramos con la carretera que circunda la ciudad extramuros. En ese punto la ermita de San Segundo se levanta cerca, a la derecha, mientras que enfrente los coches atraviesan el puente moderno camino de Salamanca. Junto al mismo se extiende el puente más antiguo, hoy en día reservado a los peatones.



Plaza junto a la Puerta del Puente

Me dijeron que esta zona estuvo en obras cierto tiempo. Tuve la suerte de llegar a ella cuando habían terminado, de manera que la ribera del río Adaja está ahora constituida por una serie de terrazas que se comunican entre sí mediante unas escaleras colocadas de una manera que me pareció algo aleatoria. El visitante tiene que bajar a cada una, detenerse y mirar a su alrededor para ver por dónde bajar a la siguiente, incluso es posible engañarse y que la siguiente no conduzca a ningún sitio más, forzándote a subir a la anterior.



Terrazas sobre el Adaja

Cuando he acudido allí eran unas horas cercanas al mediodía y el lugar aparecía despoblado de gente salvo por un grupo de jóvenes que, por la camiseta que ostentaban, parecían pertenecer a algún grupo medio

ambiental relacionado con este río. Poco a poco, pues, se va descendiendo hacia la corriente fluvial. Se observa de este lado el puente de cinco arcos y cuatro pilares cuya primera construcción es del siglo XI, posiblemente sobre los restos de un antiguo puente romano. Los pilares tienen bajamares, es decir, salientes en forma de proa y, como es característico de las construcciones romanas, no presenta ninguna prolongación en su parte posterior. Dado que aquella obra se realizó con piedra de la Colilla semejante a la empleada en la Catedral, su fragilidad frente a agentes exteriores como lluvia y nieve, condujeron a una amplia reparación dos siglos después.



Los dos puentes

Se puede recorrer el borde del río sobre un pasillo del que hay que ir apartando las ramas que obstaculizan el paso. No debe ser un sitio muy frecuentado pero es posible observar algunas construcciones no demasiado antiguas que debían canalizar el paso del agua. Tras el puente viejo discurre paralelo el nuevo, de sólida construcción pero sin mayor interés que su funcionalidad para permitir el tráfico rodado.

Más allá de él, siguiendo por el pasillo antedicho, se continúa andando por la ribera este. El lugar sigue siendo poco propicio al paseo, como se puede observar al llegar a una especie de represa que, en otro tiempo, permitía alcanzar el otro lado del río. La barandilla de hierro ahora aparece rota en varios lugares y es imposible el acceso al mismo que nos hubiera permitido llegar relativamente cerca del molino de la Losa, hoy restaurante y como tal reconstruido.

Por aquí hubo varios molinos, además de éste que aparece documentado por primera vez en 1503 aunque posiblemente sea bastante anterior y el único que se conserva. En aquel tiempo existía en esta zona, como era habitual en aquellos tiempos, una industria textil que se mantenía a un nivel artesanal y familiar para producir paños destinados sobre todo a las clases más pudientes de la ciudad. Esto se puede deducir del hecho de que las tiendas de venta de paños y sastrerías que están documentadas en tiempos medievales aparecen cerca de la actual plaza de Santa Teresa, en el antiguo Mercado Grande, lugar cercano a las viviendas de nobles y eclesiásticos.



Molino de la Losa

No tuvo la importancia de la industria pañera de Burgos o Segovia pero su producción dio trabajo a toda una población que se repartía por la parte baja de la ciudad, si bien llevaba a cabo determinados trabajos, como tundir o tintar la lana, junto al río. Parece también que incluso hubo algún batán que permitía concluir el trabajo sobre la tela para darle una mejor apariencia final.

Continuando por esta ribera el estrecho pasillo por el que discurría continúa más allá pero no parece llevar a ninguna parte de mayor interés por lo que asciendo de nuevo las escaleras llegando nuevamente frente a la ermita de San Segundo, que en este lugar ofrece una vista completa de su lado oeste, con su portada clausurada actualmente.



Cuatro Postes

En uno de los viajes tomé la decisión de visitar los Cuatro Postes. Se puede observar desde las murallas, también al pasear junto al río. El camino es más arduo de lo que imaginé en un principio, sobre todo cuando uno lleva toda la mañana andando por la ciudad. La mayoría de la gente que visita el lugar va en coche. El ir andando me permitió observar el barrio, discurrir por calles poco transitadas cercanas a la carretera que no muestran al visitante aspectos de especial interés. Llegué cerca del acceso al molino de la Losa pero al comprobar que no mostraba aspectos antiguos sino que era la entrada a un restaurante moderno opté, cansado, por continuar el camino hasta llegar finalmente donde me dirigía.

El monumento es peculiar sobre todo, antes que grandioso que obviamente no lo es. Consiste en cuatro columnas monolíticas de basas y capiteles en orden dórico y un arquitrabe que las une a cinco metros de altura. Tiene una apariencia clásica de templo romano lo que ha llevado a algunos a defender que se construyó sobre un antiguo templo de ese origen. Lo cierto es que la obra fue dirigida por Francisco de Arellano en 1566 sobre un antiguo humilladero que servía de descanso en la romería de San Leonardo al cercano pueblo de Narrillos.

La vista es simplemente espléndida. No siempre es fácil de encontrar el mejor ángulo de la fotografía, uno tiene que subirse a unas peñas adyacentes deseando haber encontrado otras más altas que permitan tomar el conjunto entero que se ofrece a la vista. Estando los Cuatro Postes en primer plano, la ciudad amurallada de Ávila se ofrece a la vista en todo su costado oeste. Dado que éste se encuentra en la parte baja de la urbe la visión se extiende más allá hasta poder observar casi al completo toda la ciudad.

El lugar es especialmente famoso en la historia de Ávila por suponerse que fue aquí donde Teresa de Cepeda y su hermano Rodrigo, siendo niños, fueron alcanzados por su tío cuando habían salido por la puerta del Puente camino de “tierra de moros” para evangelizarlos.

12

Ermita de las Vacas



Nos trasladamos a un punto diametralmente opuesto del barrio del Puente. Cuando subimos al segundo tramo de la muralla, el que daba tanto al este como al sur de la ciudad, se podía ver sobre todo la iglesia de Santiago presidiendo un barrio que antiguamente estuvo habitado por moriscos y labradores cristianos. Cuando se pasea por él uno observa que las casas son en algún caso recientes pero no tienen lujos constituyendo, junto a la escasez de

comercios, un típico barrio de clase media destinado exclusivamente a residencia.

Sin embargo, el recorrido por este barrio sur lo empezaremos algo al este, descubriendo dos monumentos de los cuales el primero (la ermita de Nuestra Señora de las Vacas) es bastante modesto mientras que el segundo, muy cercano, es espléndido (monasterio de Santo Tomás), constituyendo uno de los edificios emblemáticos de la ciudad, junto a San Vicente y la Catedral.

Pues bien, si nos situamos junto a San Pedro y pasamos por la iglesia de Santa María la Antigua, situada enfrente del lado sur de la primera, llegamos enseguida a una calle en cuesta hacia abajo. Tiene una barandilla de hierro en su centro y bien que hace falta, sobre todo para subir por una pendiente tan pronunciada. La primera vez que visité Santo Tomás, rendido por un desnivel semejante a éste, me indicaron que para la ermita que buscaba debía bajar esta Cuesta Antigua, como es denominada. Era tal mi cansancio que desistí entonces pero, finalmente, en otro viaje me interné por ella para descubrir enseguida, tras una revuelta a la izquierda, un edificio que se levantaba en una pequeña plaza rodeada de casas algo elevadas que impedían su vista desde lejos.

Junto a un bar frente a su portada se sentaban un grupo de muchachos que bebían cervezas y no se molestaron al verme detener a su lado para sacar las primeras fotos. No hay demasiados ángulos donde elegir en este lugar para alcanzar una perspectiva completa de la ermita.



Cuesta Antigua



Primera visión de la ermita

Su origen es impreciso aunque parece haber sido levantada hacia el siglo XII, poco después de la repoblación. En el XIII se refleja en alguna crónica de la ciudad como perteneciente a la Encomienda de la Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén aunque dicha propiedad no debió durar demasiado.

La nave que se observa es del siglo XV correspondiendo a una manda testamentaria de 1469 por parte del capitán y escribano de la ciudad, Juan Núñez Dávila, a quien ya nos referimos como fundador del Humilladero del Santo Cristo de la Luz, junto a San Vicente.



Portada principal

Se aprecia que el material empleado es modesto. No hay grandes losas de granito sino tapial, ladrillos y cemento. La puerta principal tampoco es lujosa reduciéndose a un arco de medio punto en granito esta vez bajo un pórtico posterior del siglo XVI con un óculo abocinado pequeño que debe dar algo de luz al interior de la ermita, cerrada cuando pasé junto a ella.

Precisamente fue en el siglo XVI cuando conoció algunas reformas, no sólo en el pórtico, sino en la cabecera de la ermita añadiéndose la espadaña, donde se encuentra un nido de cigüeñas, y dos capillas de mampostería a ambos lados del edificio que semejan a un crucero sin llegar a serlo en su interior. Todas estas obras se llevaron a cabo sufragadas por Alonso Díaz, un sacerdote que hizo fortuna en las Américas y que mandó ser enterrado a su fallecimiento en 1582 junto a sus padres en este lugar.

De este monumento me ha llamado la atención sobre todo la advocación elegida para la Virgen: Nuestra Señora de las Vacas, que no he escuchado en ningún otro lugar. Dada la antigüedad del edificio y la ausencia de textos escritos sobre aquella elección de nombre, todo lo que se pueden hacer son suposiciones, desde las milagrosas propias del Medioevo hasta las más actuales, creíbles pero con menos encanto, indudablemente.

Porque se afirmaba que este lugar era un prado donde pastaban las vacas de un pastorcillo. A éste se le apareció la Virgen repetidamente de forma que, un día en que puso sus manos sobre la figura, las vacas que pastaban a su lado se arrodillaron y rezaron juntas a la Virgen. El amo, que estaba presente en ese momento, mandó levantar en este mismo lugar el primer templo. Con ligeras

variantes la leyenda admite otras versiones donde, indefectiblemente, las vacas terminan cobrando un papel principal obrando un milagro.

Las razones debieron ser otras, lo que no resta que esta leyenda forme parte de las existentes por aquel entonces en toda España de aparición de vírgenes siempre a pastores y labradores que, de algún modo, se hacían recipiendarios de la atención virginal en un momento en que socialmente la ciudad empezaba a ser preponderante y tendía a olvidarse políticamente la importancia del campo. Así, la Virgen, descubierta en el campo y venerada en la ciudad, venía a ser un nexo de unión entre ambos.

Lo que sí es posible es que en este lugar, que por entonces podría ser un prado donde pastaran vacas regularmente, se descubriera en tiempos de la repoblación alguna imagen de la Virgen enterrada durante la invasión musulmana. Es un fenómeno conocido también en otros lugares que presentan en ocasiones tallas ennegrecidas por la aplicación de brea impermeabilizante en el momento de su ocultamiento. El hecho de que en un documento del siglo XVIII se mencione que “las vacas de la Virgen pastaban en la dehesa de la ciudad” hace posible, en conjunción con lo anterior, que esta ermita dispusiera de donaciones de ganado que garantizaran su permanencia y los medios para subsistir.

13

Monasterio de Santo Tomás

Intercambié unas palabras con la señora que vendía las entradas en Santo Tomás. Le dije que veía el monasterio apartado de las rutas habituales de turismo y era, sin embargo, un monumento digno de visitar. “Además es la cuesta”. “¿Cómo?”. “Sí”, confirmó, “la mayoría de los visitantes son gente de edad y no pueden subir una cuesta como ésta. Como no vengan en autocar...”. Entonces comprendí que, efectivamente, no sólo está apartado de las rutas habituales del turismo que pasa el día en Ávila sino que me esperaba un esfuerzo para volver a recuperar el nivel de la ciudad amurallada.

Aquella mañana me había propuesto visitar este lugar, las guías decían que merecía la pena. Por eso me interné por la calle del mismo nombre tras preguntar a algunos viandantes. La cuesta caía en una fuerte pendiente que no costó nada bajar pero que me dejaría bastante cansado a la subida. Si a ello le unimos el tipo de turismo que es más frecuente en esta ciudad, el de grupos de personas jubiladas que siguen los pasos de Santa Teresa, habrá de concluirse que el monasterio no recibe tantos visitantes como merece la riqueza de su interior.

Al llegar hasta una amplia verja que permanece abierta uno encuentra la fachada principal tras un amplio patio. Hay muchos tipos de arcos pero aquí se puede comprender mejor qué es uno escarzano, aquel que tiene una longitud menor que una semicircunferencia, porque el

que se presenta en esta fachada es monumental. Además, junto a lo que se denominan machones que sobresalen de la fachada para recibir su empuje, forman una H grandiosa que resulta premeditada, puesto que se quiso recordar a la Hispanidad.



Portada principal

Por otro lado, la puerta de la iglesia, que permanecía cerrada ya que se entra a ella por la sacristía, mostraba diez estatuas de Gil de Siloé y Diego de la Cruz de una gran belleza. Sobre el arco un rosetón que es grande pero que más debería ser para iluminar la que resultaría oscura iglesia.



Portada

Hay que ir a la derecha para entrar en la portería, lugar de acceso para poder recorrer los tres claustros que se alinean en el interior. Entonces no sabía que quedaría abrumado por el tamaño de estos claustros, sobre todo el último, acostumbrado a monasterios que tenían uno solo, como es habitual. También desconocía que pocos meses después visitaría el monasterio de San Esteban, en Salamanca, también de los dominicos y que, pese a mostrar una mayor belleza en conjunto, recordaría mucho a éste.

En 1479 Hernán Núñez Arnalte, tesorero y secretario de los Reyes Católicos, en su lecho de enfermo, otorgó poderes a su mujer María Dávila y a fray Tomás de Torquemada, por entonces prior del monasterio dominico de la Santa Cruz, en Segovia, para que a su muerte se

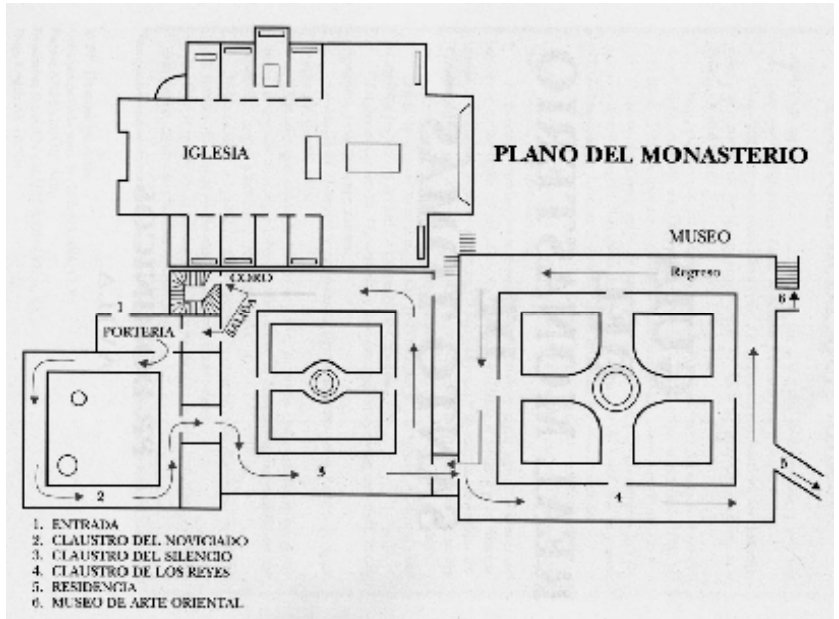
invirtiera una cantidad en torno al millón y medio de maravedíes, en la construcción de un monasterio en Ávila para esta Orden.

Las dos personas en quienes delegó para redactar la donación estaban estrechamente relacionadas con la Corte. María Dávila fundaría con el tiempo y ostentaría el cargo de abadesa de un monasterio de clarisas en sus tierras, a unos veinte kilómetros de Ávila. Sería llamado popularmente de las Gordillas. Pero en aquel entonces era la mujer del tesorero real y, además, estrecha amiga de Isabel la Católica. Pues bien, fray Tomás era confesor de los reyes y colaborador suyo desde su monasterio de Segovia, que la monarquía habría de embellecer encargando a Juan Guas ese trabajo.

Pues bien, Arnalte moriría al año siguiente y María Dávila, aunque atenta, delegó la iniciativa de la construcción en fray Tomás. De manera que fue él quien compró una casa, huertas y prados de un canónigo de la Catedral de Ávila, Fernán González, que años más tarde sería condenado por judaizante y todos sus bienes requisados precisamente por el Tribunal de la Inquisición que dirigía su antiguo comprador.

Las obras se iniciaron en 1482 siendo dirigidas por Martín de Solórzano hasta su conclusión once años después. El período es muy corto y el dinero del fallecido tesorero debió agotarse en poco tiempo, no en vano los terrenos habían costado más de un cuarto de millón de maravedíes. Sin duda hubo otros donantes y quiénes fueron se observa con claridad dado el gran interés que siempre sintieron los Reyes Católicos por este monasterio, los escudos reales que campean en la fachada que

acabamos de comentar, en todo el último y mayor de los claustros donde los reyes se alojaron en cierta luctuosa ocasión de 1497 en que tuvieron que velar el cadáver de su hijo Juan, heredero de la corona, tras su muerte en Salamanca.



El cuerpo del monasterio está formado por la iglesia y tres claustros consecutivos. El primero de ellos da una clara sensación de antigüedad, sencillez y hasta severidad ante la falta de cualquier adorno: es el Claustro del Noviciado.



Claustro del Noviciado

Es pequeño, casi un cuadrado de unos trece metros de lado. Los hierbajos crecen en su parte central, se puede observar el pozo típico en tales construcciones y que respondía al objetivo, tanto de disponer de agua, como de recordar a los monjes la escena de Jesús y la samaritana. Núñez Arnalte mandó poner su escudo en este claustro pero no se hizo así, no se sabe bien la razón.

El segundo claustro resulta algo mayor, también un cuadrado de alrededor de veinte metros de lados. Se denomina del Silencio por ser lugar de lectura y meditación, también de los Difuntos puesto que aquí eran enterrados los monjes que fallecían dentro del monasterio.

El estilo gótico ya es notable y contrasta claramente con el primero. Las bóvedas interiores son de

crucería, como en la iglesia con la que se comunica, y las columnas están adornadas con las bolas típicas del tiempo de los Reyes Católicos, promotores tanto de este claustro como del siguiente, como se puede deducir por la aparición del yugo y las flechas, marca real distintiva. Se observan hasta ocho puertas diferentes, una de las cuales permite acceder al coro y la sacristía por donde iría después. Mientras tanto trataba de eludir en mi recorrido a un grupo de jóvenes franceses que escuchaban la explicación de su guía y cuchicheaban entre sí.



Claustro del Silencio

Cuando se llega al tercer claustro, el de los Reyes, la impresión es de una gran amplitud y luminosidad. Es el más grande, de nuevo casi un cuadrado de hasta 36 metros de lado resultando así en una superficie que casi

cuadruplica la del anterior. La extensión es considerable y da gusto pasear por allí sin la presencia de los incómodos franceses, que siguen escuchando explicaciones en el claustro anterior.



Claustro de los Reyes

Se aprecia la disparidad existente entre el cuerpo bajo, con 32 columnas, y el alto, que dispone de 40. De esta manera las bases de las columnas no coinciden y da la sensación de que las del cuerpo superior del claustro no se apoyan sobre base muy firme. Sin embargo, resulta llamativo ese contraste, la diferencia en el tipo de arcos, semicirculares en el caso inferior y polilobulados en el superior, con la señal distintiva todos ellos de las bolas de adorno que ya hemos mencionado.

Camino por el claustro observando que hay muchas puertas, casi todas ellas cerradas, sobre todo las del lado sur. Son el paso a estancias de la desaparecida Universidad de Santo Tomás de Ávila. Una de las señas de identidad de este monasterio era la constancia de un alto nivel intelectual entre los monjes dominicos que vivieron aquí. Lo veremos más adelante, en los espléndidos museos, pero también en el hecho de que, desde principios del siglo XVI, se pretendió realizar estudios de Teología, Filosofía y Lógica.

Este empeño fructificó en 1504, tras la visita del Director de la Orden, en la institución de un Estudio que habría de ampliarse en 1515 a la importante categoría de Estudio General, equivalente a Universidad. Fue confirmado por el Papa Gregorio XIII en 1576 así como por el rey Felipe V casi un siglo después, en 1638. Hacia finales del siglo XVIII entró en crisis por la competencia con las Universidades reformadas en tiempos de Carlos III para desaparecer a principios del siglo XIX, tiempo de crisis para los monasterios y las Órdenes religiosas, tanto por la invasión francesa como por los procesos de desamortización emprendidos entonces.

Las salas del lado norte de este claustro constituyeron para mí la mayor y más agradable sorpresa de la visita. Había leído de la existencia de un Museo Oriental con piezas de aquella parte del mundo y no conseguía entender ni su presencia en un monasterio castellano, incluso dudaba de su interés. Ya que formaba parte de la visita me dije que habría de verlo, aunque me robara algo de tiempo.

En primer lugar me interné en un Museo de Ciencias Naturales que me resultó muy grato de ver y que debía de causar interés en los colegios que pudieran visitar el lugar. Un conjunto amplio de animales disecados repartidos por continentes en lo que debió ser uno de esos gabinetes de los siglos XVIII y XIX destinados a la formación en Zoología, Botánica o Geología. Un león me miraba en medio de un rugido congelado, aves sobre todo, de espléndidos plumajes exóticos, algunos pequeños mamíferos completaban la colección en dos salas pequeñas.



Museo de Ciencias Naturales

Lo que vi en la parte oriental, sin embargo, me dejó asombrado. Ignoraba que la presencia de los dominicos en países como China, Japón y la actual Vietnam había sido

tan importante. El museo se extiende por varias salas que fueron residencia de los Reyes Católicos, todas ellas repletas ahora de objetos de gran belleza que me es difícil describir por mi ignorancia en el arte de aquella zona. Pero intentémoslo con algún detalle, gracias a las explicaciones que salpican el lugar.

Los esmaltes fueron introducidos en Oriente durante el tiempo de Kublai Khan, a finales del siglo XIII, por mercaderes árabes. Están formados por vidrios junto a otros elementos (sosa, cal, borax y potasa) añadiendo óxidos metálicos como colorantes antes de la fusión.

Los colores obtenidos son espectaculares, al igual que en el caso del peltre que, aunque sea muy posterior, se muestra en una serie de jarrones, platos y otros utensilios decorados.



Piezas de peltre

Las salas se suceden presentando grandes budas de porcelana como el simpático por sonriente Budai Hesheng, al parecer un monje del siglo X que recorría los pueblos de China con un saco de cáñamo a los hombros para recoger limosnas (saco que es denominado budai) y que se representa siempre con un gran vientre (representación de la riqueza) y sonriente (indicativo de su felicidad interior). Otros budas más típicos e hieráticos se exponen en distintas vitrinas de una manera tan profusa y distinta de lo habitual que uno no sabe dónde fijar su atención.

Junto a él se encuentra otro tipo de porcelana, la que es más famosa y dicen que insuperada desde la dinastía Song que la creó allá por los siglos X al XIII. Se empleaban en su fabricación decenas de miles de obreros por entonces.



No pueden faltar las representaciones, no sólo del budismo, sino del taoísmo. En este caso tres figuras de ancianos conocidos como las tres felicidades chinas: Fu Sing (Estrella de la Buena Fortuna), Shou Sing (Estrella de la Buena Vejez) y Lu Sing (Estrella de la Prosperidad).



Fu Sing

Además de porcelanas, esmaltes y peltres, una sala recuerda uno de los productos chinos más afamados: la seda. Hay verdaderas maravillas que rinden de admiración al visitante, una tela delicada, sutil, de una belleza deslumbrante que apenas puede reflejar la fotografía. Me gustaron especialmente la figura de un anciano y de Hai Wang Mu, la Dama Real del Oeste, un personaje legendario que se suponía viviendo en un palacio sobre unas lejanas montañas.



Dama Real del Oeste

Cuando se terminan las salas de la parte inferior se ascienden unas amplias escaleras para llegar a alguna más en la planta superior dedicadas a mostrar objetos de uso más cotidiano pero no menos artístico, desde maquetas de

casas o palanquines hasta muebles y biombos francamente interesantes. Pero si bien todo esto permite hacerse una idea de la vida de las capas superiores de la sociedad oriental por entonces, me quedo en esta parte con los recipientes de bronce, elegantes, sólidos, impresionantes en sus formas tan artísticas y con las graciosas muñecas que, en algún caso representan a vírgenes como Nuestra Señora del Rosario, con su pelo natural implantado, su linda cara de cerámica y sus lujosas vestiduras.

Termino la visita al Museo Oriental con la sensación de lo novedoso, lo bello y posiblemente lo irrepetible de la misma. Desde el piso superior me permito fotografiar nuevamente el claustro, sentarme incluso un momento para contemplarlo todo, reposar de lo contemplado. Después vuelvo hacia el claustro del Silencio, el intermedio, para poder visitar el coro y la iglesia del monasterio.

Asciendo por la escalera de los Papas hacia el coro. Se llama así por una efigie de cuatro papas dominicos que dirigieron la Iglesia en algún momento de su historia. Está construida en 1712 y, siendo amplia y monumental, no muestra una riqueza especial. El coro sí tiene mayor interés. Presenta 45 sillas en la parte superior y 34 en la inferior, con dos asientos en los extremos reservados en su tiempo a los Reyes Católicos. Su autor es Martín Sánchez de Valladolid, el mismo que realizó la sillería para la Cartuja de Miraflores en Burgos.



Nuestra Sra. del Rosario

Puedo pasear tranquilamente por el coro, fijarme en detalles, observar y fotografiar tanto como quiero. Es de estilo gótico, los respaldos aparecen cubiertos de trazados geométricos y animales y plantas fantásticos, ninguno igual a otro. Desde arriba miro con curiosidad la iglesia, observo un hermoso retablo y, sobre todo, un catafalco de lo que parece alabastro que bajo enseguida a mirar de cerca.



Coro

Tras descender la escalera me introduzco en la sacristía y paso por ella sin fijarme, camino de la iglesia. Sin embargo, luego habría de saber que aquel pequeño espacio sin especiales elementos que llamasen la atención, encerraba una vieja historia. Parece que fue aquí, en el suelo, donde fue enterrado en 1498 el famoso fray Tomás de Torquemada. Hoy en día sigue arrastrando la fama que

sin duda mereció como defensor de la intolerancia hacia otros cultos religiosos, su persecución consiguiente de judíos sobre todo, la iniciativa de su expulsión, el hecho de que no le temblara la mano para condenar a los conversos judaizantes confiscando sus bienes y sometiéndoles a tortura y muerte. Sin embargo, sería de interés encontrar su tumba y recordar a este hombre, sin duda convencido de su destino y que pudo ejercer toda su influencia sobre los Reyes Católicos.

No puede ser, dado que en 1836, después del decreto de exclaustramiento de los monjes dominicos tras la desamortización, un grupo desconocido entró en el lugar y, de igual modo que otros se dedicaron a robar lo que encontraron y suponían de valor, este grupo desenterró a Torquemada, lo trasladó a la Dehesa, el lugar donde se quemaba a los herejes en tiempos del Inquisidor General y allí quemaron sus restos aventando las cenizas. Nada queda, por tanto, de él ni de su lápida cuyo paradero se desconoce.

Algo parecido sucede en el interior de la iglesia. Es de una sola nave pero amplia y con una serie de capillas laterales dedicadas en algunos casos a nobles enterramientos. Hay un ambiente oscuro que no permite apreciar bien los detalles pero que crea un ambiente peculiar, sobre todo si se pasea por la nave en soledad, como fue mi caso.

Sobre esta oscuridad destaca espléndido el catafalco en mármol blanco del príncipe Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos. Murió en octubre de 1497 en la cercana Salamanca cuando contaba sólo 19 años de edad. De naturaleza enfermiza desde niño la boda

con Margarita de Austria tres meses antes de su fallecimiento parece que agravó su estado, que era de gran debilidad, posiblemente por una tuberculosis.



Tumba del príncipe Juan

Su cuerpo fue trasladado a este lugar por deseo expreso de sus padres los reyes. Aquel 8 de noviembre la comitiva que lo transportaba vino por el camino de Salamanca, atravesó el puente sobre el Adaja, entró por la puerta del Puente y luego atravesó toda la ciudad por una ruta similar a la que hemos descrito en párrafos anteriores. En la puerta de este monasterio lo esperaban sus padres.

El catafalco es de una belleza deslumbrante, similar al de los propios reyes en Granada o al del cardenal Cisneros en Alcalá de Henares. Todos ellos son

obra de un mismo autor: el florentino Doménico di Alessandro Fancelli. Ahora se puede admirar la noble figura con las manos separadas como corresponde a un noble que no ha muerto en combate.

Dentro de este sepulcro en forma de cama sobre pirámide truncada, original dentro de su época, no hay prácticamente nada. La iglesia fue ocupada por los franceses durante la toma de la ciudad hasta 1812 y destinada a hospital de sangre para atender a los heridos de la batalla de Arapiles. Algunas de las estancias cercanas se transformaron también en cuadras. Se cree que los soldados abrieron el sepulcro y deshicieron los restos que quedaban de aquel joven destinado a heredar un imperio. Cuando posteriormente se abrió para comprobar el destrozo sólo se encontraron unas falanges y algunos restos de ropa.

El altar mayor y este sepulcro se encuentran bajo un amplio arco escarzano y sobre él, algo inaccesible, se puede contemplar lo que es una joya dentro de esta iglesia: el retablo de Pedro Berruguete, pintado desde 1494 hasta 1499. Es el último completado por el famoso pintor al que luego se le encargaría el de la Catedral, que no llegaría a terminar. Al tiempo, se considera a éste de Santo Tomás su obra maestra: Diecinueve pinturas en un retablo de 21 metros de altura dedicadas a glosar la vida del santo titular, Tomás de Aquino.

Del interior de la iglesia no me fijé tanto en la tumba de Núñez Arnalte, bastante deteriorada, como en la más bella de Juan Dávila y su esposa Juana Velázquez de la Torre, esta última fallecida en 1504, el mismo año que la reina Isabel. Ambos, además de nobles, fueron ayos del

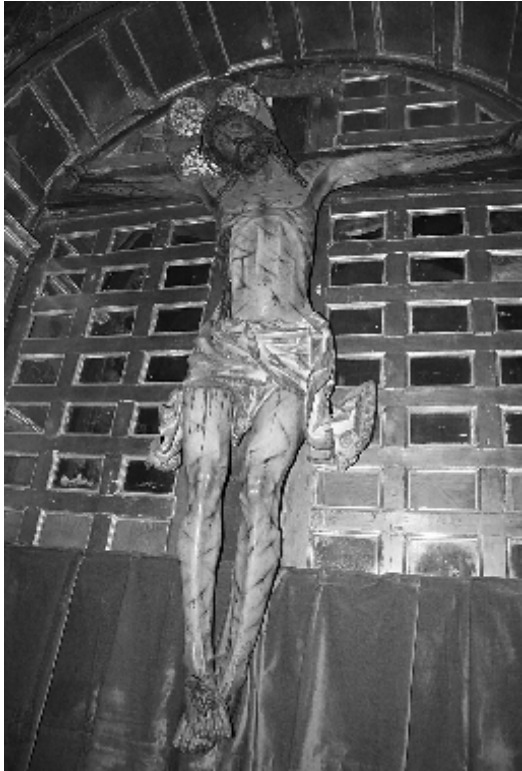
príncipe Juan y por tanto personas de extremada confianza real. La tumba es espléndida con las dos figuras en alabastro blanco esculpido por Pedro de Salamanca entre 1549 y 1551.



Tumba de Juan Dávila y Juana Velázquez

Saliendo ya del recinto observar un hermoso Cristo titulado de la Agonía. Leyendo una lápida que aparece a su lado pude enterarme de que formaba parte de la historia de Santa Teresa, tal como ella lo alude en el capítulo 33 de su Vida.

Estaba por entonces Teresa en una situación muy apurada y difícil dentro del monasterio de la Encarnación, donde había profesado. Ella misma lo describe con mucha claridad:



Cristo de la Agonía

“Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer monasterio más cerrado. Decían que las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había otras mejores que yo, que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para

ella que para otra parte. Unas decían que me echasen en la cárcel, otras, bien pocas, tornaban algo de mí. Yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento; aunque, como no había de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y así callaba”.

Fue un momento clave en la vida de la futura reformadora, cuando ya hacía planes por medio de su familia y algunas pocas monjas de la Encarnación para la construcción del convento de San José, el primero de la Obra reformada que pretendía llevar a cabo venciendo todas las dificultades.

En ese tiempo obtuvo el apoyo del dominico Pedro Ibáñez como habría de disfrutar de la defensa de otro, Domingo Bañez, poco más adelante. En el propio claustro del Silencio hay un lugar donde la tradición asigna la realización de confesiones de la santa. No es más que una suposición pero sí parece cierto que acudía a misa a esta iglesia y allí tuvo por entonces una visión que le dio fuerzas para proseguir su lucha. Es lo que cita ella misma cuando estaba junto al Cristo de la Agonía, la talla del siglo XV:

“Estando en estos mismos días... en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesados y cosas de mi ruin vida. Vínome un arrobamiento tan grande,

que casi me sacó de mí... Parecióme, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad”.

Narra entonces que vio a San José y a la Virgen vistiéndola de esa ropa blanca dándole a entender que estaba limpia de pecado. Luego la Virgen, tomándole de la mano, le encomendó a San José, a quien estaría destinado el futuro convento.

Contemplo el lugar donde quiere la tradición que se sentara Teresa cuando le vino este arrobamiento. A su lado algunas tumbas de nobles caballeros como los Bullones, el silencio de la iglesia en aquella hora de la mañana, el frescor de su interior. Debo reconocer que en ese momento no pensaba en la dura cuesta que me aguardaba para regresar a las murallas de Ávila. Sabía que ese momento, como otros que he vivido en determinados monumentos, serían inolvidables. Y ahora que recuerdo mi recorrido por la Catedral de León un día de invierno a las ocho de la mañana, o la entrada en San Esteban, de Salamanca, a las diez horas de un día de julio, me doy cuenta de que lo que hace imposible de olvidar es la conjunción de dos circunstancias. No es ocioso que estos últimos sean monasterios dominicos puesto que sus iglesias son de una gran amplitud e imponen por ese gran espacio en el que te sumerges, tal como sucede en León. Sin embargo, lo que hace especial esos momentos es la soledad dentro de esos lugares.

llegar al paseo del Rastro. En esa esquina justamente, donde se pasa del lienzo este al sur hay dos largas fachadas correspondientes a otros tantos conventos.

El primero casi ni se adivina que lo es, tal vez porque el edificio que ahora habitan las franciscanas concepcionistas no tuvo originalmente ese destino. La puerta de acceso es extremadamente sencilla y austera, un simple dintel que la enmarca junto a una ventana enrejada con algunos adornos barrocos.



Convento de las Concepcionistas

A finales del siglo XIX este edificio se componía de dos distintos: uno era el antiguo hospital de la Magdalena y el otro fue utilizado como Casa de las Comedias. Por entonces construcciones más modernas sustituían las funciones que tuvieron ambos por lo que la

Diputación Provincial dispuso que una congregación de monjas franciscanas que por entonces residían en el monasterio de clarisas de las Gordillas, ocuparan el lugar, como hicieron hasta hoy. De ahí que ahora reciba el nombre de convento de las Concepcionistas.

Esta congregación de clausura fue fundada en 1539 de forma que reuniera dos comunidades previas en localidades diferentes (Olmedo y Berlanas), asentándose cerca de la iglesia de San Andrés, al norte de la ciudad. La reducción de conventos decretada por Mendizábal condujo a que el escaso número de monjas franciscanas recalara desde 1836 en las Gordillas hasta que medio siglo después se trasladó a este lugar.

Pasé varias veces frente a la fachada, sea por la acera o vislumbrando el interior de su reducido patio desde las almenas, en muy escasas ocasiones vi que se abriera la puerta que, al llegar junto a ella, siempre permanecía cerrada.

Parece que el convento que se levanta junto al anterior pero ya frente al lienzo sur de la muralla, el de Nuestra Señora de Gracia, sí es visitable, al menos en su iglesia. Ninguna indicación a ese respecto encontré en las guías y horarios de los monumentos que me proporcionaron en la oficina de Turismo por lo que no intenté siquiera la visita.

Me contenté con observar, sobre todo desde la privilegiada altura de la muralla, los edificios que componían el convento, todos con sus tejados rojos, la espadaña de tres huecos culminada por un nido de cigüeñas. Según he leído posteriormente, la parte izquierda de lo que observaba es la iglesia cuya cabecera

poligonal de estilo gótico puede adivinarse en las imágenes que obtuve.



Santa María de Gracia, desde la muralla

Según antiguas crónicas el monasterio de Santa M^a de Gracia de monjas agustinas se fundó en 1509 levantándose sobre lo que en origen fue una mezquita y después una iglesia dedicada a los santos Justo y Pastor. Los conventos de este tipo parecen quedar lejos de la Historia sino fuera por dos personajes que residieron provisionalmente en él y que vale la pena mencionar.

En 1531 ingresaba en el convento una temporada una chiquilla de dieciséis años llamada Teresa de Cepeda, la que luego habría de escribir de aquel tiempo:

“Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, un mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa... Tenía primos hermanos algunos... eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas... Tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa... Con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo, que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fue de edad de catorce años... no me parece había dejado a Dios por culpa mortal”.

Por entonces Alonso, su padre, no sabía qué hacer con aquella muchacha que parecía estar inclinándose hacia un primo de relación poco deseable, Pedro Álvarez Cimbrón, por influencia de la parienta que ella misma describe, probablemente otra prima. Su mujer y madre de Teresa había muerto cuando la niña contaba doce años de edad y él no se sentía capacitado para enderezar la situación.

Por ello concluyó en que una estancia en el convento de Santa M^a de Gracia la alejaría de aquellas

compañías ayudándola a encontrar otro camino más sosegado, tal como había hecho su hermana mayor, felizmente casada por entonces.

“Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad: porque, haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien”.

Dieciocho meses permaneció Teresa en el convento, con una incomodidad inicial que prontamente desapareció, responsabilidad que cupo en gran parte a la monja María Briceño.

“Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré. Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por

sólo leer lo que dice el evangelio: Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por El.

Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima. Y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso que, si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima. Esto me causaba pena”.

No habría de irse por su vocación, que entonces no era firme, tal como manifiesta, sino por un profundo decaimiento en su salud que llevó a su padre a trasladarla al campo, de forma que se recuperara en casa de su hermana. Se ha especulado con esta enfermedad que la tuvo postrada a temprana edad por un largo tiempo pero todo parece indicar que consistía en alguna afección cardíaca que estuvo a punto de llevarla a la muerte.

Veo las construcciones del interior del convento, alguna con el tejado semiderruido, el suelo algo abandonado, hay maleza, algunos árboles que se levantan junto a los muros. La ciudad se extiende más allá, la larga calle de Nuestra Sra. de Sonsoles que apunta hacia la ermita lejana dedicada a esta Virgen. Trato de imaginar a aquella adolescente destinada a tan grandes empeños, la

muchacha vanidosa, según ella afirma de sí misma, medio enamorada de su primo, atenta a su vestido, su apariencia, una chica tan normal cuyos impulsos eran vistos con preocupación por su familia, a saber hasta qué punto llegaron para que el padre tomara esa decisión de ingresarla en el convento.



Puerta de acceso

Pero, pese a la admiración que personalmente siento por Teresa de Cepeda, por su fuerza, constancia y convencimiento en la gran reforma del Carmelo que llegaría a emprender, hay otra figura que es necesario destacar respecto a este convento: Ana de Austria, hija del bastardo Juan de Austria, el héroe de Lepanto, y por tanto sobrina del rey a finales del siglo XVI, Felipe II.

En 1594 llegaba a Madrigal de las Altas Torres un hombre acompañado de una hija de dos años y el ama de la misma. Decía ser pastelero y como tal se estableció en aquel pueblo. Hablaba varios idiomas y, por los aires con que se desenvolvía, más parecía caballero que villano. Su presencia fue observada por las autoridades locales que vieron conveniente actuar cuando aquel hombre, que se hacía llamar Gabriel de Espinosa, empezó a hacer declaraciones públicas irrespetuosas con la monarquía al tiempo que mostraba unas joyas que parecían de alto valor.

En el momento de su detención aquel hombre llevaba encima cuatro cartas que sumieron en la perplejidad al alcalde que le detuvo. Dos de ellas eran de fray Miguel de los Santos, un cura portugués que era vicario del convento de Nuestra Sra. de Gracia en Madrigal, de monjas agustinas como el similar de Ávila. En ellas el sacerdote trataba a Gabriel de Espinosa de “majestad”. Pero si esto en sí era alarmante lo era aún más que las dos cartas restantes correspondiesen a la joven Ana de Austria, monja del mismo convento, en el que permanecía desde los seis años de edad hasta los veintisiete que contaba por entonces. Eran cartas de amor en la que la monja se declaraba dispuesta al matrimonio con el pastelero de Madrigal. Se supo así que éste, con la complicidad del cura portugués, se hacía pasar por el rey de Portugal don Sebastián, derrotado, desaparecido y dado por muerto en 1578 en los campos africanos de Alcazarquivir, donde había ido al frente de 20.000 soldados para dar batalla al infiel. Es de imaginar la fascinación de la mujer cuya vida transcurrió entre las

paredes de un convento ante personaje tan heroico, ahora reaparecido y a quien no dudó en prometerse en secreto y entregarle parte de sus joyas.

Ana de Austria permaneció desde entonces confinada en el convento, luego trasladada a éste de Ávila bajo unas condiciones de cierta dureza con las que expiar sus pecados hasta que, vuelta a la sensatez y pasado el tiempo, recuperó la posición que le correspondía llegando a ser abadesa del convento cisterciense de las Huelgas.

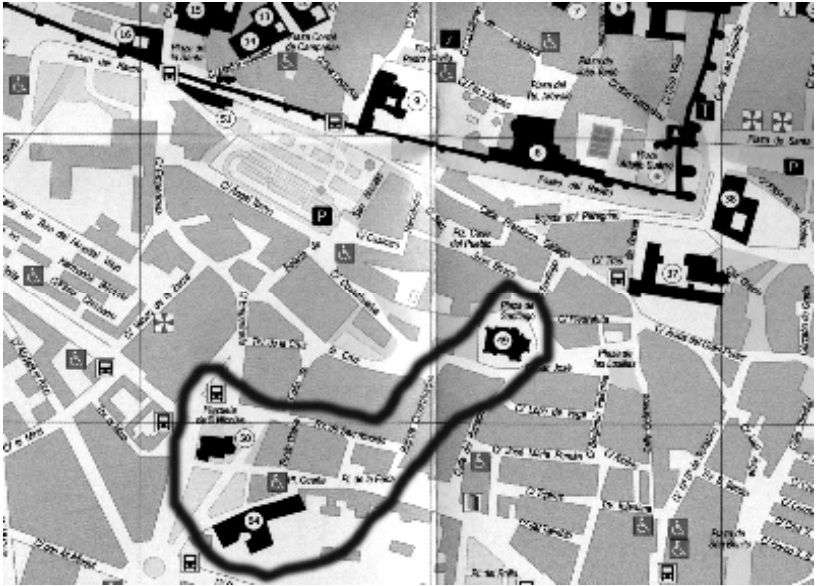
No tuvieron la misma suerte los dos farsantes. Gabriel de Espinosa fue arrastrado en el interior de un cesto por las calles de Madrigal y después ahorcado y descuartizado en la plaza de aquel pueblo. Fray Miguel de los Santos, como sacerdote, recibió un trato más considerado aunque el mismo final dos años después en la Plaza Mayor de Madrid.

De modo que por aquellos mismos patios que había recorrido Teresa de Cepeda setenta años antes irían los pasos de aquella muchacha, Ana de Austria, durante tres años, hasta su rehabilitación.

Sea por la Bajada del Peregrino o por un callejón que discurre junto al muro del convento se puede observar el sólido muro oeste del mismo antes de internarse en el barrio de Santiago, al sur de la ciudad.

15

Iglesia de Santiago



Este barrio es tranquilo, moderno en algunas edificaciones que por otro lado no destacan por su lujo pero sí por estar acompañadas de buen gusto, con flores en los balcones y limpieza general en las calles. Me gustó pasear por él, subir y bajar sus cuestas, dado que la parte sur de la ciudad va descendiendo en su nivel desde las murallas.

A partir del último convento la iglesia de Santiago, claramente destacada en altura sobre el resto del barrio, está cercana. Se desemboca pronto en una plaza sencilla

donde la fuerte torre octogonal de la iglesia tiene una presencia inmediata. Había poca gente en las horas de tarde en que recorrí el lugar, sólo un par de muchachas que paseaban a un niño, charlando y mirándome con cierta curiosidad extrañada. No debe ser un lugar muy frecuentado por el turismo, que ya tiene bastantes motivos de atención en el interior de la muralla.



Iglesia de Santiago

Durante el tiempo de la repoblación, a finales del siglo XI, ya existía aquí una iglesia prerrománica, al decir de las crónicas, que fue sustituida un siglo después por otra dedicada al apóstol Santiago para protección de sus peregrinos. No muchos años antes (hacia 1160) nacía la Orden militar del mismo nombre por iniciativa de los

monjes de San Eloy en Galicia y León que consiguieron integrar a los freires (o hermanos) de Ávila y Cáceres.

Me detuve a cierta distancia porque no es fácil captar en una misma foto el cuerpo de la iglesia con la torre que se levanta en su cara norte, cerca de la portada principal. Aunque conserva elementos románicos la iglesia en sí fue prácticamente rehecha en el siglo XVI, como se puede observar en la modesta portada que ostenta las bolas típicas del período de los Reyes Católicos, así como conchas de peregrino que recuerdan la dedicación de esta iglesia.

Fue entonces cuando se levantó la torre por Juan Campero, una construcción octogonal que entonces tenía ventanas. Después de que se derrumbara en 1803 se levantó de nuevo, esta vez sin ventanas para dar mayor solidez al conjunto, y añadiendo un chapitel en la parte superior.

A las horas en que pasé por el lugar no pude acceder al interior en el cual se armaban caballeros los de la Orden de Santiago y servía de su lugar de reunión, como fueron el famoso Nalvillos o los hermanos Gómez y Sancho Jimeno, nietos de Blasco Jimeno. También debió de utilizarse para su enterramiento aunque desde entonces, en el siglo XII, ha ido desapareciendo cualquier rastro de ello.

De manera que me limito a rodearla tratando de fotografiar detalles, la hermosa puerta, con un simple arco de medio punto, sillares de granito para el zócalo sobre los que se levantan otros de arenisca de la Colilla, como se aprecia en la parte superior de la puerta, del mismo tipo que en el interior de la Catedral. Y sobre todo ello la torre

que aún se apunta sobre la sólida fachada oeste que observo cuando sigo caminando por las poco transitadas calles del barrio.



Portada

De modo que sigo descendiendo, pregunto a algunos vecinos sobre el paradero de la iglesia de San Nicolás, mi próximo objetivo. Simplemente son algunos

pasos más y seguir la Bajada de las Covachuelas, que recuerda en su nombre las antiguas construcciones moriscas en forma de cuevas y casas apiñadas que caracterizaban este barrio en tiempos medievales y modernos.

San Nicolás da una considerable sensación de soledad por el hecho de ser románica, de gran antigüedad, y construida con muy pocas aberturas al exterior. Consta de una torre que decrece ligeramente en anchura cuando se eleva pero que no tiene una sola ventana ni campanas, apareciendo completamente cerrada al exterior. Iglesia que exteriormente se observa de un sólo ábside está hecha en materiales pobres, sin adornos apenas, como corresponde al tipo de barrio de labradores y moriscos en que se construyó en 1198, durante el siglo XII.



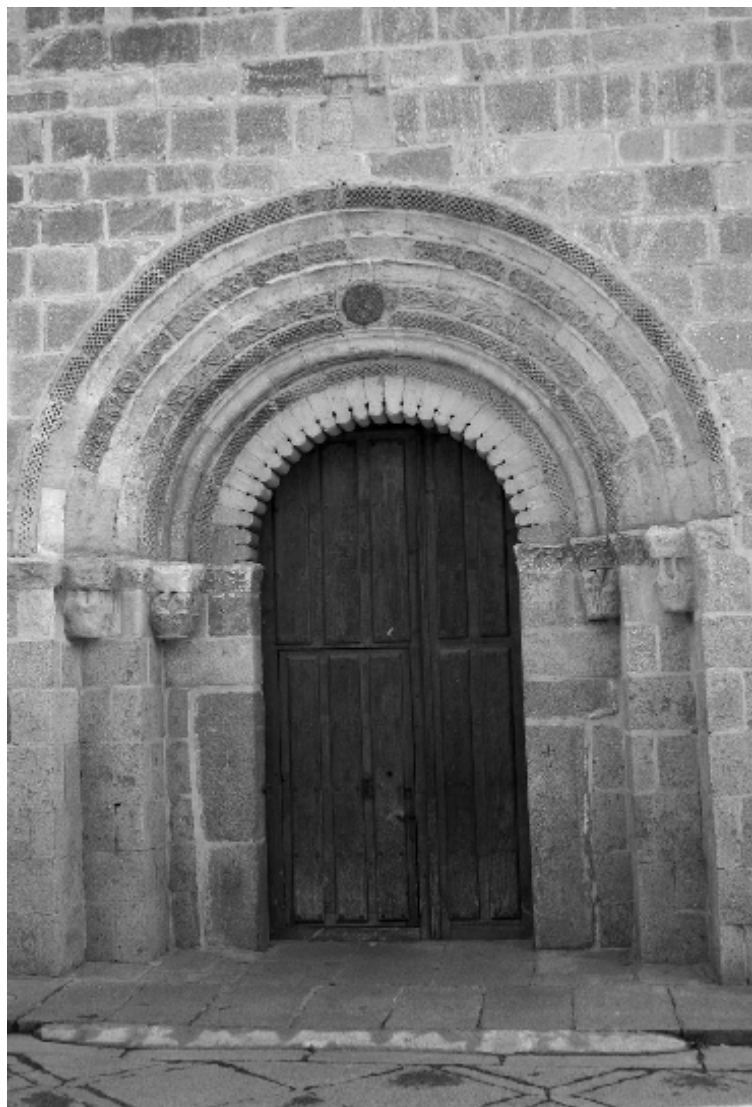
San Nicolás

No hay entonces lujo ninguno en sus portadas, la principal de las cuales muestra cinco arquivoltas con algunas rosetas y hojas de hiedra de buen gusto dentro de la sencillez de esta iglesia pero de escaso valor artístico. Por eso sorprende un poco el óculo que se abre sobre la portada secundaria, lugar inusual dentro del románico, ya que es en principio el acceso menos frecuentado.

Pregunté por un muy antiguo hospital que se levantó muy cerca y que aparece señalado en el plano de la ciudad como del Dios Padre, aunque también se denomina de las Ánimas en el letrero de la portada de esta iglesia. Con el tiempo se trasladó a la ermita de la Magdalena, la que hoy se constituye como convento de las Concepcionistas.

Nadie me supo decir nada porque no queda rastro de dicho hospital. En el lugar del plano donde está señalada su antigua presencia sólo hay una tapia detrás de la cual un descampado nos separa de un conjunto de casas modernas y modestas que han ocupado el lugar de aquel antiguo hospital.

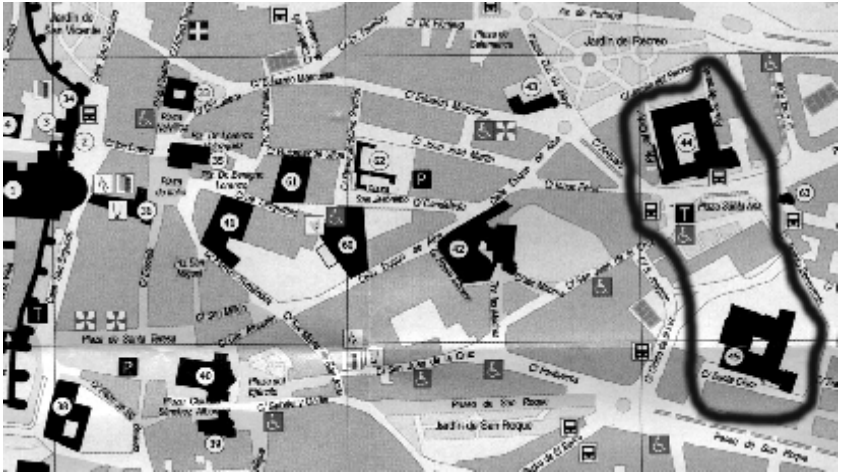
Continúo entonces mi camino subiendo esta vez la cuesta que me separa de la muralla y en concreto de la puerta que nos permite acceder a la plaza de la Santa. Paso entonces por la misma residencia de ancianos que describí en otro lugar y allí siguen ellos, ascendiendo penosamente la cuesta hacia la puerta o quedándose a la puerta de la residencia mientras algunos fuman y otros miran hacia delante sin aparente interés.



Portada de San Nicolás

16

Santa Ana



Situémonos ahora en la parte este de la ciudad. Allí las calles se aprietan para abrirse en plazas por las que discurre un tráfico fluido pero denso. Por las mañanas la gente camina con aparentes objetivos profesionales o comerciales, algunos grupos se detienen pero es más frecuente que todo el mundo vaya y venga con destinos definidos. Hay tiendas, escaparates, junto a un convento una casa señorial reconvertida en sala de exposiciones, al tiempo que en una plaza se levanta un museo y, junto a él, pasan furgonetas de reparto a toda velocidad, mientras otros coches esperan y algunos ancianos sentados miran el discurrir de la vida ciudadana.

Me alojé en la plaza de Santa Ana, muy cerca de la estación de autobús a la que solía llegar en mis viajes. La

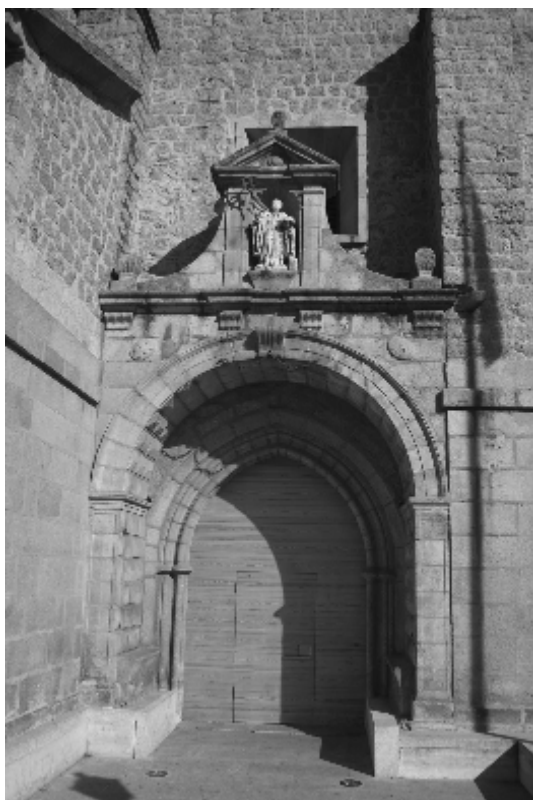
primera vez que visité la ciudad seguí precisamente ese camino buscando los monasterios de las Gordillas y el de Santo Tomás, más allá. Me sorprendió llegar a una plaza moderna, amplia, llena de almendros que en ese momento estaban en flor añadiendo belleza al conjunto. A uno de los lados de la misma se levantaba un convento grande con una espadaña elevada donde anidaban las cigüeñas y al cual me acerqué con interés. Era el monasterio de Santa Ana que da nombre a la plaza.



Plaza de Santa Ana

Lo primero que observé fue su iglesia, a la que no se podía acceder pero que mostraba al exterior una puerta con un arco ojival interior del siglo XIV y otro exterior del siglo XVI, cuando todo el conjunto fue renovado. En la parte superior una pequeña cadena recuerda que en este

monasterio se alojaron personas de la realeza española mientras que en la parte superior, en una hornacina, aparece el fundador del mismo, Sancho Vázquez Dávila, cortesano de los tiempos de Alfonso XI y Pedro I. Con estos detalles ya tenemos algunas de las claves que hicieron importante a este monasterio en la historia de Ávila.



Portada

Empezó a construirse en 1331 concluyéndose hacia 1350, es decir, en el siglo XIV. Quedan algunos restos de aquella primitiva construcción como la puerta a la que nos hemos referido o algunos muros de mampostería gruesa que aparentan gran solidez. El propósito inicial del convento fue el de alojar con la dignidad debida a las monjas cistercienses que por entonces habitaban otro en San Clemente de Ávila, situado en la margen izquierda del Adaja, algo alejadas de la ciudad y sufriendo por el estado casi de ruina del edificio.

En aquel tiempo se le dio a este nuevo convento el nombre de San Benito y los historiadores no se ponen de acuerdo en por qué se le cambió al de Santa Ana durante el siglo XV. Podría coincidir con una reforma de la casa madre de estas religiosas con sede en el monasterio de Santa Ana de Valladolid o puede, según manifestaba una monja en aquellos años, que se hubiese encontrado una estatua de la nueva santa en unas obras realizadas en los campos aledaños.

En todo caso, hacia 1502 el monasterio recibió a las monjas de los conventos de San Millán y Santa Escolástica llegando la comunidad a integrar a 50 monjas en total, multiplicándose las dádivas y rentas recibidas, lo que no fue óbice para sufrir tensiones internas entre los distintos grupos integrados en el monasterio hasta el punto de que parte de ellas decidieran abandonarlo.

En todo caso, siguió su prosperidad, particularmente en el siglo XVI que, al compás de una bonanza económica general en el país, permitió un notable crecimiento en las rentas y donaciones recibidas tanto por

parte de la nobleza local como por la monarquía española, que tuvo en este monasterio siempre alojamiento.

Aquí residió algún tiempo la infanta Isabel, hermana del rey Enrique IV, antes de su proclamación como reina y su interés por el nuevo monasterio dominico de Santo Tomás. Aquí recibió diplomáticamente a los mismos que habían protagonizado en la ciudad unos años antes la llamada “farsa de Ávila”. Aquel fue un acto teatral por el que un conjunto de nobles como el arzobispo Alfonso Carrillo, el marqués de Villena, el conde Benavente y otros, afrentaron al rey Enrique IV privando a un monigote que lo representaba de las insignias de rey. Le acusaban de homosexual, amigo de musulmanes y, sobre todo, de no ser el verdadero padre de la por entonces heredera del trono, Juana, llamada desde entonces la Beltraneja.

Este grupo de nobles opuestos a su hermano Enrique sostuvieron a un nuevo candidato en la persona de Alfonso XII, hermano de Isabel asimismo, pero al morir éste poco después se dirigieron a la joven que permanecía residiendo en el convento de Santa Ana, a fin de apoyar su candidatura a la monarquía castellana. Ésta, más diplomática que su hermano, el fallecido Alfonso, exigió la aceptación previa por parte del monarca reinante, Enrique IV. Aprobada por éste la sucesión los acuerdos correspondientes se firmarían precisamente en la sacristía de la Catedral de Ávila en octubre de 1468.



Fachada a la plaza

Del mismo modo y en un acto más protocolario que político, en este monasterio se llevó a cabo la puesta de corto del futuro rey Felipe II en 1531. Había sido llevado hasta allí por su madre, la emperatriz Isabel, a fin de que recobrará una salud que era débil entonces. Tras comer con las monjas la emperatriz ordenó a su caballero mayor, el marqués de Lombay, que quitara los faldones infantiles a su hijo de cuatro años y lo vistiera de cortesano, modo en que se presentó poco después ante la nobleza castellana reunida en el monasterio. Un momento como éste sería recordado públicamente por un anciano rey en 1596, dos años antes de morir, cuando visitara la

ciudad con motivo de las obras de remodelación de la muralla.

La desamortización no terminó con el monasterio de Santa Ana pero redujo de tal manera sus rentas que terminó por ser abandonado ante la imposibilidad de su mantenimiento. Es por ello que, con el tiempo, ha terminado en manos de la Junta de Castilla y León que tiene aquí su Administración territorial. Por ello la entrada principal no es por la puerta sur que describimos antes y por la que se entraba a la iglesia sino por otra oeste, lugar por donde se accedía al convento.

Toda esta parte obedece a la completa remodelación que se llevó a cabo desde 1540 y durante toda la segunda parte del siglo XVI, el mejor momento de riqueza del monasterio. A ese tiempo corresponde lo más importante de la visita: el espléndido claustro.

Estuve paseando por él a una hora temprana, cuando las sombras eran profundas. Subí por unas escaleras del lado norte que permiten recorrer los tres pisos que, excepcionalmente, lo componen. Las columnas son de fuste liso y las balaustradas aparecen adornadas con bolas pero el conjunto es austero, dentro de la línea arquitectónica de aquel tiempo. No es fácil fotografiar el lugar porque aparece acristalado, bien cuidado, eso sí, con oficinas en las antiguas celdas del convento, de donde salían y entraban personas ocupadas que apenas dirigían la mirada a aquel turista que se apartaba prudentemente a su paso mientras trataba de fotografiar desde el piso más alto la belleza y elegancia de ese claustro que vale la pena visitar.



Claustro

No pude entrar en la iglesia, tampoco en el coro por el que sentía curiosidad, no sólo por sus tallas sino por un personaje llamado María Vela y Cueto. Había nacido en 1561 de una familia noble (emparentada con el abulense Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú) que tenía su mayorazgo en la localidad abulense de Cardeñosa.

Enfermó durante la romería de la Virgen de Sonsoles, en Ávila, y fue de tal gravedad que, aunque tenía sólo quince años, hizo la promesa de ingresar como monja en el monasterio de Santa Ana en caso de curación, como así fue. Inició entonces una vida conventual donde fue alternando, con el tiempo, graves y duras condiciones de vida (se flagelaba con cilicios, pedía que le abofetearan, pasaba noches de rodillas, entre otros suplicios

autoinfligidos) junto a visiones místicas y supuestas levitaciones que le otorgaron una gran fama en su tiempo. Muerta a los 56 años en 1617 pasó a la historia como la “Mujer fuerte” siendo enterrada en el coro de Santa Ana, de donde fue sacada en 1942 encontrando su cadáver medio incorrupto y momificado.

Lejos de esas truculentas historias la plaza de Santa Ana es un continuo ir y venir de coches y transeúntes. En la puerta del antiguo convento me indicaron dónde ir para alcanzar las Gordillas. Fueron amables aquellos guardias. No se puede decir lo mismo de todos los abulenses, la mala educación y la chulería también está en sus calles como tuve ocasión de comprobar con una furgoneta cuyo conductor se me enfrentó en plan desafiante porque le había obligado a reducir la alta velocidad a la que iba. Eso está en todas partes, la falta de educación y la incultura, el reducir al maltrato verbal la relación social de la calle. En cambio, también encuentras a personas amables que vale la pena tratar e incluso detenerse a intercambiar alguna opinión. Como en todas partes.

Cuando fui en marzo los almendros aparecían blancos, llenando de su espléndido color el caminar de los viandantes y el aspecto general de la plaza. Camino de las Gordillas topé con una pequeña ermita a la que tuve que acercarme para averiguar su nombre: Santo Cristo de la Luz.

Este antiguo y humilde humilladero fue fundado nada menos que en 1647 por Juan Núñez Dávila. Tiene una apariencia sólida al estar construido en granito y al tiempo airosa por contar incluso con una campana. Delante tiene una cruz de piedra del siglo XVI y al interior

debe accederse por una escalera que no pude subir por encontrarme el interior cerrado en las ocasiones en que pasé al lado.



Ermita y detrás el hotel

Su antigüedad es más chocante por levantarse justo detrás el hotel Santa Ana, donde pernocté una noche. Mi habitación, en el segundo piso, hacía esquina entre la plaza y la avenida de la Estación que marcha más hacia el este. Desde ella pude acodarme en el balcón una noche de calor para ver a la gente que seguía pasando a horas tardías por las inmediaciones mientras la mole del convento se perdía en la oscuridad.

Esta ermita acoge a una curiosa cofradía, la de la “Misericordia y Santísimo Cristo de la Cruz”, dedicada desde el siglo XVIII al enterramiento de las personas

carentes de medios. Inicialmente fueron doce personas que se dedicaban a tal labor sin cobrar nada, dividiéndose en turnos de cuatro personas por mes para llevar a cabo su tarea. Actualmente hay al parecer más de cien personas en la cofradía, ignoro si haciendo la misma función o no, algo obsoleta en estos tiempos. De todos modos fue en esta ermita donde comprobé la repetida costumbre de muchos templos abulenses que colocan en sus portadas esquelas donde se anuncian los fallecimientos de algunos de sus convecinos. Por ello no es raro encontrar ancianos que las leen trabajosamente para intentar averiguar si corresponde a alguien conocido por ellos.

Para el transcurso de la narración hemos de despedirnos de esta hermosa plaza que, sin embargo, sea por aquellos almendros o por haber dormido en ella, recuerdo con verdadero agrado. Desde ella salí una mañana, tras un buen desayuno, para recorrer todo el barrio norte. Por ella pasé en cada uno de mis viajes, sea para marchar al cercano convento de las Gordillas y desde allí al de Santo Tomás o para dirigirme a la muralla o la Catedral. En todas las ciudades hay rincones que nos reciben y acogen, lugares que quedan en nuestra memoria como señales de una estancia que es difícil de olvidar.

17

Las Gordillas

Me impresionó del convento de Santa María de Jesús, popularmente conocido como Las Gordillas, su abandono, la ruina que alcanzaba a toda la techumbre aneja a la iglesia, lo que antiguamente constituyó parte de un convento más grande. Me había acercado, como lo hice en cada viaje, porque estaba muy cerca de la plaza de Santa Ana, apenas a cien metros, y había leído de su antigua riqueza en rentas que le permitió descollar dentro de los conventos del reino hasta el punto de decirse: “Conventos hay en Castilla, Tordesillas, Madrigal y las Gordillas”.



Convento de las Gordillas

La plaza donde se ubica no tiene demasiado tráfico y tampoco comercios, con lo que el paso de transeúntes es más bien escaso. Frente al convento o lo que queda de él se levanta una plaza algo descuidada por el momento, casas modernas sin lujo alguno y, contrastando con el lugar y el edificio al que se enfrenta, un pub de copas. En mi último viaje, sobre el descampado que se extiende delante de la portada principal, un letrero inmenso anuncia la próxima construcción en el lugar de un lujoso edificio de oficinas y apartamentos. No sé si lo harán finalmente, si respetarán al menos la iglesia del convento, pero algo tendrán que hacer antes de que el cuerpo del mismo se derrumbe por sí mismo.

María Dávila fue una mujer rica por sus dos matrimonios a finales del siglo XV. Primero se casó con el contable real Núñez Arnalte, al que vimos dejar un gran legado en 1479 para empezar la construcción de Santo Tomás a su muerte. Entonces su viuda se apartó de dicha iniciativa, tras dar poderes amplios a fray Tomás de Torquemada. Con el tiempo la reina Isabel, de la que era íntima amiga, le aconsejó que se volviera a casar con Fernando de Acuña, virrey de Sicilia. El matrimonio duró hasta el fallecimiento de éste en 1494, volviendo a enviudar María Dávila, que a su regreso de Sicilia optaría entonces por la vida religiosa, profesando dentro de las clarisas en un pueblo de Zamora.

Su intención fundadora la llevó a adquirir unas tierras propiedad por entonces de los mismos reyes en un pueblo cercano a Ávila. La finca se llamaba tradicionalmente de las Gordillas porque, antiguo coto de caza comunal, sufrió varias vicisitudes hasta que fue

adquirida por los reyes al objeto de preservarla de la tala sistemática de sus hermosos y “gordos” árboles, así como del hecho de que en dicha finca y su castillo algunos nobles díscolos acogieran bandas dispuestas a llevar a cabo correrías para robar ganado y riquezas ajenas.

El caso es que fue allí donde María Dávila levantó un pequeño convento de clarisas denominado “Villa de Dios” en el que vivió hasta su muerte en 1511. El tiempo pasó sobre las monjas que quedaron y, pese a recibir amplias rentas, poco gasto podían llevar a cabo dada su lejanía de la ciudad y aislamiento. Por estos motivos y el hecho de que tuvieran la misión de velar por distintas obras pías instituidas por su fundadora en Ávila, en 1553 decidieron trasladarse a la ciudad.

Primero se alojaron en unas casas que eran de Diego del Águila, junto a la capilla de la Anunciación fundada por María Dávila. Poco después, en 1557, entraron en el actual convento que siguió llevando el nombre de Las Gordillas entre la gente del pueblo. Su comienzo fue típico entre los conventos de la época por originar una serie de pleitos en torno al agua.

En efecto, los conventos estaban necesitados de suministro de agua pero, al tiempo, las monjas de clausura no podían estar guardando cola ni empujándose con los abulenses de cualquier nivel social que accedían a una fuente pública. Es por ello que era habitual que parte del caudal destinado a estas fuentes fuera desviado hacia el convento originando todo tipo de altercados y reclamaciones.

En el caso de las Gordillas la cuestión fue aún más insultante para el pueblo porque el marqués de Navas,

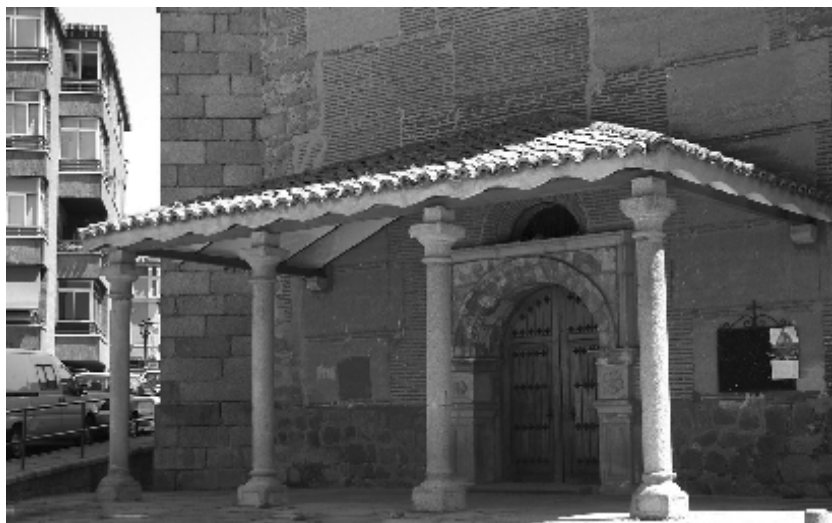
propietario del terreno donde vendría a ubicarse el convento, cercó con una muralla tanto sus prados y huertas para dicho destino como la misma fuente pública, que reclamó como inserta en su propiedad y que, de este modo, se hurtaba al uso de los vecinos.

Ello originó una agria polémica además de todo tipo de insultos y enfrentamientos con las nuevas monjas clarisas y sus protectores. Hasta el propio rey Felipe II tuvo que terciar en el tema disponiendo que la fuente volviera a ser pública pero que las aguas sobrantes se vertieran en un canal que llevara al convento, en vez de discurrir hasta el acueducto de la ciudad. Una muestra más de cómo este rey atendía todos sus asuntos personalmente, incluso los más nimios.

En 1981 las clarisas marcharon de un convento que amenazaba ruina hasta otra ubicación cercana al monasterio de Santo Tomás. Se llevaron con ellas, entre otras cosas, el sepulcro de su fundadora María Dávila. Quedó entonces el convento viviendo una lenta ruina a la que fueron ajenas las autoridades que adquirieron los terrenos, contentándose con rehabilitar la iglesia para el culto de la barriada.

Así, la antigua portada principal que permitía acceder a su interior, en la fachada norte, quedó inutilizada y por debajo del nivel de la carretera cercana una de cuyas desviaciones va bajando por ese lado hasta el nivel del descampado que preside el lado oeste. Esa puerta es renacentista, elegante con sus pilastras de orden corintio, el arco de medio punto y un frontón triangular donde aparecen los escudos de la fundadora del convento original y de sus dos maridos.

En la reforma de 1981 se optó, dados esos desniveles en la carretera, por abrir una puerta nueva, antes inexistente, en el lado oeste. Se acudió para ello a materiales y restos de otras iglesias, como es el curioso tejadillo que protege la entrada y donde alguna persona se detiene para leer las consabidas esquelas. Fue tal la improvisación de lo realizado entonces que dicho tejadillo se instaló sobre un óculo que iluminaba el coro bajo y que ahora aparece cortado en dos, quedando uno más dando luz a la parte alta del coro y la iglesia.



Portada principal

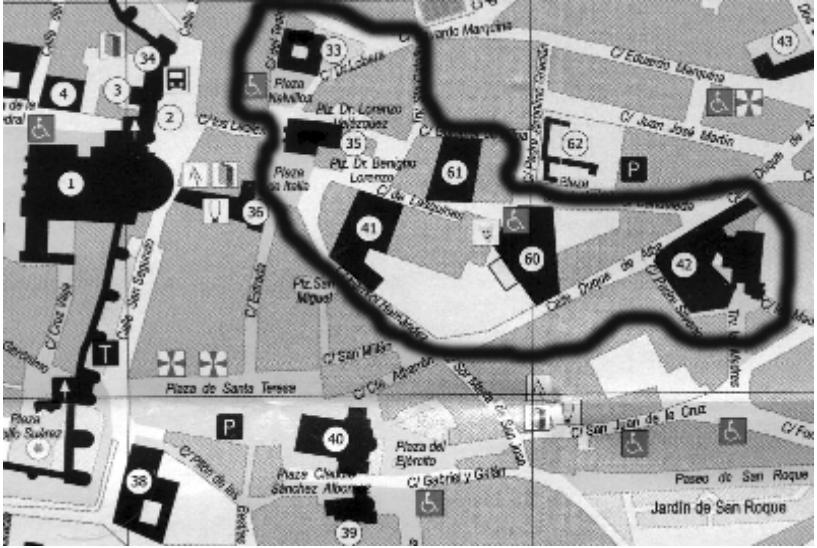
Pasé varias veces por delante de este convento, lo rodeé en la medida que pude, paseé por el descampado a que ha quedado reducida la edificación aneja no acercándome demasiado por el evidente peligro de

derrumbe. Miré hacia el otro lado de la plaza mientras algunos paseantes me miraban, extrañados. Podía ver el bar de copas, silencioso afortunadamente a las horas en que pasaba por el lugar. Luego me separaba para fotografiar el tejado vencido, las tejas rotas, los maderos que sobresalían como testigos mudos de la ruina y el abandono. Pensaba en la riqueza que había atesorado este convento durante el siglo XVI, el gran tiempo de dichas edificaciones en la historia de Ávila. Cómo pasa el tiempo, sobre la aparente abundancia, sobre la vida religiosa llena de animación, visitas de nobles, donaciones, actos litúrgicos, vida de recogimiento.



Cuerpo del edificio

18 San José



Hacia el año 1560 Teresa de Jesús había profesado en el monasterio de la Encarnación de Ávila. Refiere en el capítulo 32 de su “Libro de mi Vida” cómo tuvo una espantosa visión del infierno. En su inquietud por los brotes de luteranismo que recientemente se habían detectado en Valladolid y Sevilla empezó a pensar en la forma en que ella podría actuar para salvar esas almas en pecado. Por entonces ya se revelaba en conversaciones particulares con su íntima amiga Guiomar de Ulloa, una viuda de noble cuna, su descontento por el ambiente que vivía en la Encarnación donde la Orden carmelita, en

virtud de la Bula de Mitigación que el Papa Eugenio IV había publicado en 1432, llevaba una vida de escasa pobreza, atención a las rentas percibidas, las dotes de las novicias y las demandas exteriores de atención.

“Pensaba qué podría hacer por Dios. Y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que Su majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese. Y aunque en la casa adonde estaba había muchas siervas de Dios y era harto servido en ella, a causa de tener gran necesidad salían las monjas muchas veces a partes adonde con toda honestidad y religión podíamos estar; y también no estaba fundada en su primer rigor la Regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la Orden, que es con bula de relajación. Y también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa”.

“Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencé a tratar con aquella señora mi compañera viuda que ya he dicho, que tenía el mismo deseo... Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito,

todavía me detenía. Con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios”.

“Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que, aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos; que dijese a mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba Él que no fuese contra ello ni me lo estorbase”.

Surge así la idea de reformar la Orden del Carmelo aunque, inicialmente, con grandes dudas sobre su viabilidad en cuanto a rentas y su conveniencia dentro del conjunto de conventos de la ciudad. El deseo de su fundadora fue siempre crear un lugar de retiro y pobreza donde se siguiese con ayunos, vida de oración, silencio e incluso castigos autoinfligidos, una vía donde se respetase la Regla inicial del Carmelo, mucho más estricta que la entonces existente.

Teresa de Cepeda podía ser visionaria y mística pero no vivió nunca alejada de la realidad con la que negoció constantemente imponiendo su voluntad de hierro a todos los graves inconvenientes y padecimientos que

hubo de superar. La iniciativa de reforma se supo pronto dado que sus conversaciones con Guiomar de Ulloa fueron ampliándose pronto a otras monjas de la Encarnación. La oposición fue firme y llegaría incluso a ser violenta.

En la segunda mitad del siglo XVI el número de conventos existentes en Ávila era crecido. Por ello se miraba con mucha atención la creación de alguno más en lo concerniente a las rentas con las que podía contar. Se daba el caso frecuente de que una familia noble, sea por motivos de su propia religiosidad, su deseo de perpetuar su sepulcro en una fundación conventual propia, por inexistencia de herederos o cualquier causa relacionada, disponía una renta cuantiosa para la creación de un convento.

Creado éste pasaban los años y las rentas con que se dotó su creación disminuían o incluso llegaban a desaparecer. De ahí que el Concejo municipal se veía en la obligación de sostener las fundaciones existentes con distintas ayudas, no en vano en cada convento profesaban muchas hijas de las familias abulenses. Por otro lado, y esto era aún más importante, la multiplicación de conventos provocaba un reparto cada vez mayor de las donaciones, limosnas y ayudas dadas por el pueblo abulense y sus nobles. De ahí que la oposición a un nuevo convento no sólo surgiría de parte municipal sino que la más virulenta provenía de las demás Órdenes, como habría de comprobar Santa Teresa a lo largo de su vida.

Todo esto, el mismo ambiente hostil en la Encarnación cuya priora, María Cimbrón, era no obstante un importante apoyo para Teresa, el revuelo causado en la ciudad cuando se supo de su iniciativa, las peticiones

incluso de que fuese encarcelada, la escasez de dinero inicial, hicieron dudar a la nueva fundadora.

En estas circunstancias, el apoyo de algunas figuras importantes de la Iglesia abulense fue decisivo: el mismo obispo Álvaro de Mendoza, que habría de ser enterrado a petición propia en el mismo convento de San José, los dominicos de Santo Tomás, particularmente Domingo Bañez, el padre Gaspar Daza, también enterrado ahí, una compañía constante a lo largo de la vida de la santa, la del respetado fray Pedro de Alcántara.

Se decidió entonces adoptar la política de hechos consumados, algo que Teresa seguiría en diversos momentos de su vida fundacional. Para ello se acordó que su cuñado Juan de Ovalle, el marido de su hermana Juana de Ahumada, ambos residentes en Alba de Tormes, compraran en Ávila una casa donde supuestamente residir. En efecto, Ovalle compró dicha casa a un clérigo y poco después, el 10 de agosto de 1561, se instaló en ella junto a su mujer Juana y sus hijos.

Naturalmente, la adquisición debía ser seguida por una reforma de la casa que fue realizada con muy escasos medios. Se dio el caso incluso de que, para levantar un tabique, su amiga Guiomar de Ulloa hubiera de empeñar un cobertor de lana. En ese sentido, la ayuda económica de Lorenzo de Cepeda, el hermano de la santa en Perú, resultó decisivo. En el interior de la hermosa iglesia de San José, en una capilla lateral, habría de ver su tumba también.

Nada de esto puede imaginarse al caminar por la calle Duque de Alba viniendo desde la plaza de Santa Ana. A la izquierda un alto muro, una puerta hoy

clausurada y que sería durante aquellos años el acceso principal al convento. Cuando se da la vuelta hacia la calle Las Madres la actual portada de la iglesia y el convento luce espléndida.

Recibido en agosto de 1562 un Breve pontificio autorizando la fundación a nombre de Guiomar de Ulloa y su madre Aldonza de Guzmán, hubo de hacerse público el hecho de que varias novicias de la Encarnación pasaban al nuevo convento siguiendo la reforma de la Regla del Carmen. El alboroto fue creciente. El mismo 24 de agosto Gaspar Daza decía misa en el pequeño espacio que yo mismo habría de visitar y luego otorgaba el hábito a Antonia de Henao, Antonia del Espíritu Santo, María de la Paz, Úrsula de los Santos y Ana Tapia.

Sin embargo, en el momento de la toma de hábito de las nuevas monjas de San José la situación no podía ser más tensa. En ese espacio que ahora recorría admirando la fachada de la iglesia y el convento aledaño, un lugar de tranquilidad y sosiego alejado de la cercana y comercial calle Duque de Alba al otro lado, se agolpaba aquel 24 de agosto una multitud comandada por el Corregidor de la villa que, golpeando la puerta, exigía el desalojo de aquel convento.

Tal parecía que recibido el Breve y creado el convento se habían superado las principales dificultades pero no fue así. Las monjas de la Encarnación la censuraban agriamente, pese a que la priora había impuesto a Teresa de Jesús que se recluyese en el monasterio para no dar lugar al escándalo de verla entrar y salir del nuevo convento. La presión de otras Órdenes y del propio Corregidor Carbajal, obligó a reuniones del

Concejo en las que determinar la legalidad de la nueva fundación, tal como comenta la santa en su libro:



Convento de San José

“Desde a dos o tres días, juntáronse algunos de los regidores y corregidor y del cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante. Hicieron juntar todas las Ordenes para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban; en fin, concluyeron que luego se deshiciese. Sólo un Presentado de la Orden de Santo Domingo,

aunque era contrario no del monasterio, sino de que fuese pobre, dijo que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que éste era caso del Obispo, o cosas de este arte, que hizo mucho provecho. Porque según la furia, fue dicha no lo poner luego por obra. Era, en fin, que había de ser; que era el Señor servido de ello, y podían todos poco contra su voluntad. Daban sus razones y llevaban buen celo, y así, sin ofender ellos a Dios, hacíanme padecer y a todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución”.

“Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme e ir al Provincial y a mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí más que si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer. Esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decían de mí antes me parece me holgaba; y si tuviera alguna fe, ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en una virtud basta a adormecerlas todas; y así estuve muy penada dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y estando bien fatigada me dijo el Señor: ¿No sabes que soy poderoso?; ¿de qué temes?, y me aseguró que no se desharía. Con esto quedé muy consolada”.

Tras interponer un pleito ante el Consejo Real y ante la respuesta del mismo, auspiciada por el decisivo apoyo a la nueva fundación del rey Felipe II, el Corregidor y la propia ciudad de Ávila se vieron abocados a aceptar la situación. Por ello, tras que pasase la tormenta, Teresa de Jesús obtuvo el permiso de la priora para trasladarse en julio de 1563 al nuevo convento donde actuaría de priora durante los siguientes diez años.

Hay tres entradas visibles en la explanada que se extiende entre el edificio y la calle Las Madres que comienza allí mismo. A la izquierda dos de ellas corresponden al convento, una dando paso simplemente a un torno y otra que se abre para recibir al visitante. La primera vez que entré iba con prisas porque mi estancia en la ciudad se contaba por horas. Encontré una amplia sala con varias vitrinas llenas de objetos religiosos y una señora tras un mostrador, que me explicó que la entrada tenía un coste determinado y que se prohibían hacer fotos. En ese momento desistí esperando disponer de más tiempo y aplazar la visita para más adelante, dejando que al menos el recuerdo, si no la imagen, permaneciese a la hora de escribir esta crónica.

No hizo falta exactamente. En el mes de agosto acudí de nuevo, siendo este convento el primer lugar que visitaba en la ciudad donde habría de permanecer dos días. Por ello el recorrido fue tranquilo, lleno de sosiego y abundante en explicaciones de una guía que, finalmente, consintió en que hiciera alguna fotografía del interior de la iglesia.



Vitrinas con recuerdos

Hora es ya de decir algo más de mi opinión sobre Teresa de Jesús. La santidad, a fin de cuentas, no es más que el reconocimiento de una institución (la eclesiástica) sobre uno de sus miembros que aporta, dentro de los valores de la misma, un ejemplo a seguir para los demás creyentes. En mi caso atiendo más al aspecto humano de la personalidad de la santa, ya que los procesos de canonización entiendo que están sujetos a aspectos temporales muy localizados, ¿quién toma como ejemplo hoy en día a santos que se dejaron martirizar, santas que prefirieron la muerte a la pérdida de la virginidad, por ejemplo? Lo que en otro tiempo se debía mostrar como ejemplo frente a las persecuciones o a determinado

concepto de la sexualidad femenina hoy no tiene igual validez.

Pero Teresa de Cepeda puede llegar a conectar con las personas de hoy en día, incluso con aquellos que no nos confesamos creyentes y hasta rechazamos muchas de las posturas de la jerarquía eclesiástica. Leer su Vida es encontrar un ejemplo vívido de persona que, no desdeñando en modo alguno la acción exterior, tiene en su propio interior la fuente y destino de su acción. El modo en que, a través de sus páginas, indaga en sí misma, en las creencias que la animan, en las visiones que ella insistió siempre que no eran físicas sino vistas con “los ojos del espíritu”, hablan de un proceso de búsqueda del sentido de su vida a través de la indagación interior, sea por la oración o los arrobos místicos, visiones de Cristo, la Virgen y los santos que no eran aleatorias sino que tenían el sentido de animarla en una determinada acción conduciéndola a adquirir ese sentido, aumentar la fuerza de su convicción ante las adversidades. Desde esta perspectiva, esa búsqueda de sentido para su vida, esa indagación interior, me parecen admirables. Si a ello se une que tal cosa está unida indisolublemente a la acción sobre la realidad que la rodeaba mi admiración crece. Me olvido del tiempo distinto que entonces se vivía, los valores que defendía, propios de su siglo, no tanto de éste, y me quedo con la persona de voluntad férrea, una voluntad donde se unía su propia fragilidad, incluso física, con la convicción profunda del sentido de su tarea.

Paseé por las distintas vitrinas, me atreví entonces incluso a hacer una foto de algunos de los objetos encerrados tras una vitrina: había cuadros, patenas, objetos

litúrgicos, una reliquia consistente en la clavícula de la santa que se fracturó unos años antes de morir, cuando su avanzada edad y su delicada salud la llevaron a sufrir un desmayo bajando una escalera de este convento. Estaba lejos de suponer que, tras su muerte, sus restos serían reclamados tanto por Alba de Tormes como por Ávila, yendo su cuerpo de un lado a otro. Con cada traslado fue perdiendo un brazo, el corazón, la clavícula, hasta terminar en la primera ciudad, el lugar donde murió.



Iglesia primitiva

Para la visita de la iglesia nos reunimos un joven de Jerez con gestos extremadamente amanerados y acendrada religiosidad, según parecía, y dos señoras venidas de Galicia. La guía nos abrió la reja de acceso al templo y pasamos a su interior.

Nada más abrir la puerta, antes de entrar en la iglesia actual, se accede a la derecha por una puerta de madera a lo que fue la iglesia primitiva, donde Gaspar Daza ofició misa y luego impuso el hábito carmelita a unas novicias mientras se escuchaban las protestas al otro lado de la puerta, zarandeada por los alborotadores comandados por el Corregidor. Es extremadamente sencilla, con un pequeño altar al fondo de una sala rectangular, algunos cuadros. Desde muy pronto, cuando se construyó adosada una nueva iglesia algo más amplia, este espacio formó parte de la capilla de San Pablo, levantada por el que la santa denominaba “caballero santo” y lejano pariente suyo, Francisco Salcedo. Hay una ventana a la izquierda por donde las monjas accedían a los oficios religiosos tras una reja de madera, hoy de hierro. Al fondo una puerta permite acceder a una muy pequeña sacristía sin nada más relevante que su pobreza y humildad artísticas.

A partir de ahí se sucedieron las distintas capillas, tres a cada lado de la única nave que compone la hermosa iglesia diseñada por el arquitecto Francisco de Mora a principios del siglo XVII. Intentaba atender a las explicaciones de la guía, me retrasaba para hacer alguna foto, el chico jerezano competía conmigo en el mismo propósito, corría para atender a la siguiente explicación... De manera que ahora toca recomponer esa información sin

saber con exactitud a qué capilla corresponde qué contenido.

Citaremos la siguiente de la derecha, de San Juan de la Cruz, dotada por Gaspar Daza que quiso ser enterrado en ella. Enfrente una estatua del santo compañero de Teresa de Jesús nos recuerda la advocación de la capilla, al tiempo que un sepulcro lateral guarda los restos de su fundador mientras en el suelo aparece una lápida donde reposan los restos de Julián de Ávila, otro sacerdote que ayudó en gran medida a la instauración de la reforma carmelitana.

Una nueva capilla a la derecha encierra los restos de familiares de la santa, particularmente y en lugar destacado su mismo hermano Lorenzo de Cepeda, muerto en 1578, del mismo modo que su hermana Juana y el marido de ésta Juan de Ovalle.



Capilla de los Cepeda

La iglesia ahora muestra una amplitud muy distinta de la que tenía a finales del siglo XVI. La cabecera de la nave apunta al norte y en ella se encuentra ahora la estatua orante de Esteban Jordán que culminó en su tiempo la humilde tumba del obispo Álvaro de Mendoza, que quiso ser enterrado aquí desde 1585 en que comenzó a construirse para ser culminada al año siguiente, justo cuando el obispo abulense fallecía.

Hacia 1606, cuando ya se había realizado la compra paulatina de los terrenos donde ahora se asienta el convento, enfermó gravemente Catalina Rois, la mujer del noble Francisco Guillamas. Requeridas por el atribulado marido las monjas de San José rogaron por su recuperación que se alcanzó poco después. En agradecimiento, el caballero Guillamas se ofreció a fundar y dotar una capilla dedicada a Nuestra Señora de la Asunción en el convento, que ahora aparece a la izquierda de la nave principal.

Para entonces ya me había retrasado mucho respecto a la guía y sus acompañantes y sólo pude entender que junto a la misma se levantaba otra capilla de pequeño tamaño que había servido de sala capitular para las monjas y donde Teresa de Jesús las dirigía en sus pláticas y discusiones sobre la marcha del convento.

Un último vistazo a la amplia nave de la iglesia no puede hacer olvidar la historia y personalidad de Francisco de Mora, autor y artífice con su tesón y empeño de esta construcción.

En 1574 el eminente arquitecto estuvo en Alba de Tormes donde conoció por primera vez la existencia de Teresa. Volvería al lugar en 1586, cuatro años después de

su muerte. Para entonces su interés era mayor por la fama adquirida por la santa abulense. Por ello pidió a las monjas de Alba que le mostraran el cuerpo de su fundadora pero resultó que por entonces, dentro del litigio que mantenían con San José de Ávila, los restos de Teresa de Jesús se encontraban en este último convento. No obstante, dado que habían conservado el brazo se lo pasaron a través de la ventanilla envuelto en tafetán. Siguiendo los impulsos de la época Francisco de Mora rasgó con las uñas un trozo de su carne del tamaño de medio garbanzo que conservaría por largo tiempo con gran devoción.

Siguiendo con su interés se desplazó a Ávila donde, tras ver a la priora de San José y comprobar la imposibilidad de contemplar el cuerpo de la santa, se ofreció a diseñar una iglesia nueva y mejor construida que la existente hasta ese momento. La falta de apoyo real, nuevas obligaciones en la corte, y la para él inexplicable falta de respuesta de la priora hizo que su ánimo se enfriara olvidando el impulso que había tenido.

En 1607, estando Felipe III en el Escorial, encargó a Francisco de Mora la ordenación y traslado al aposento real de varios escritos originales de Santa Teresa. Su lectura y la emoción de contemplar la letra de su autora, renovó el recuerdo de aquella dedicación que tuvo años antes. Muy poco después recibió la petición económica del maestro de cámara del rey, Francisco Guillamas, para el levantamiento de una capilla en San José por lo que, interesado y de común acuerdo con el peticionario, decidió volver a visitar San José.

Fue en 1608 cuando llegó observando la pobreza de medios existente, la mala calidad de la obra que se

realizaba. Por ello volvió con renovado afán a hablar con los responsables del convento trazando el diseño de una iglesia que integrase las capillas existentes dotando al conjunto de un criterio unificado y de mejor calidad.



Altar mayor

Para conseguirlo, tras obtener la aprobación de los responsables y constatar la falta de medios, implicó a numerosos nobles por él conocidos, además del propio rey y su privado el duque de Lerma, recabó donaciones y limosnas que fueron permitiendo, gracias a su empeño, levantar la nave que ahora se puede apreciar.

Finalmente salgo de la iglesia el último, le agradezco a la guía sus muchas explicaciones y su paciencia. Contemplo por última vez la portada tras la reja que vuelve a cerrarse, el pórtico de tres arcos con columnas dóricas sobre los cuales aparece en una hornacina la figura de San José con el Niño, costeadada por el rey Felipe III. Luego me despido del joven jerezano y le veo encaminarse al monasterio de Santo Tomás que ya he visitado.

En este convento, pienso, estuvo Teresa de Jesús entre 1577 y 1579, a pocos años de su muerte, perseguida en su obra por los carmelitas calzados, sus hermanos dirigidos por el influyente nuncio Felipe Sega, enemigo declarado de la reforma teresiana. Aquí supo del encarcelamiento de su admirado Jerónimo Gracián, primer provincial de los descalzos, el de Juan de la Cruz en Toledo, torturado y dedicado sin que ella lo supiera a escribir algunas de las poesías más bellas de la literatura castellana. Mientras ella sufría, sí, pero como en el resto de su vida movía los hilos de altas influencias que permitieran salvar su obra. En ese sentido la del rey Felipe II fue decisiva para conseguir provincia propia frente a los carmelitas calzados, es decir, su independencia organizativa.

Por eso me acuerdo de aquella hermosa poesía que
escribiera la santa:

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.
¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

19

Calle Duque de Alba

Desde la plaza de Santa Ana se pueden tomar dos caminos para llegar hasta las murallas. El más transitado por ser también el que registra mayor número de comercios es la calle Duque de Alba. Siguiéndola se pasa en primer lugar junto al convento de San José y la entrada que hoy en día está clausurada aunque en otros tiempos fuera principal.

Después la vía llega a una esquina con algunos edificios notables y diversas bifurcaciones que confunden al que visita el lugar por primera vez. Las casas nobiliarias que hay por el lugar han sufrido numerosas reformas desde su construcción original, recibieron usos diferentes, alguna ha sido ocupada por la Caja de Ahorros de Ávila, al tiempo que otras edificaciones de principios del siglo XX se levantaron a su lado. Con todo ello, el que llega a visitar la zona se queda confundido y mira el plano repetidamente tratando de ubicar los lugares que aparecen en el plano sin conseguirlo del todo.

Por ejemplo, antes de llegar a la esquina a que nos hemos referido aparece a la derecha una portada de claro sabor renacentista. Aunque en el plano se señala que aquella es la posición de la mansión Guillamas en realidad es el antiguo Seminario Conciliar. Inicialmente fue un convento creado por Juan Núñez Dávila, cuya tumba pude ver en la Catedral, en 1468.

Sin embargo, habiendo acogido inicialmente a monjas cistercienses éstas fueron reunidas con otras en Santa Ana, como dijimos, por el obispo Carrillo en 1502. Tras dedicarse a otros menesteres caritativos el edificio se transformó en Seminario por el obispo Álvaro de Mendoza, el protector de Teresa de Jesús, en 1568.

Lo que se observa sobre todo es la portada del siglo XVI correspondiente a las obras realizadas entonces dentro de un estilo renacentista herreriano en ladrillo y granito, con un típico frontón triangular soportado por pilastras toscanas y un balcón encima de la portada.

Del resto de edificio antiguo no queda nada pese a que su destino sigue siendo similar como Instituto Diocesano. En el interior hay un patio al que no pude acceder. En el siglo XVI se levantó en él la capilla de San Millán donde fue sepultada la venerada en aquel tiempo Mari Díaz. Sus restos deben seguir en el lugar pues no consta que fueran trasladados como sí lo fueron, en cambio, los del fundador Juan Núñez Dávila.

No se sabe demasiado de la corta vida de Mari Díaz, que murió con 33 años y una fama sobresaliente en la ciudad. Es un caso más de esa explosión de misticismo femenino sin parangón en ningún lugar de Europa y que se desarrolló en Ávila durante el siglo XVI. Muy cerca de este Seminario Conciliar debe estar la mansión de los Guillamas donde la tradición sitúa, de forma dudosa en realidad, el hogar de una de las íntimas amigas de Santa Teresa: Guiomar de Ulloa, casada con Francisco Dávila, señor de Salobralajo, de quién quedó viuda con 25 años.

Sea cual sea la casa de Guiomar allí se reunieron dos figuras destacables además de la dueña: su amiga

Teresa de Jesús y su criada Mari Díaz. Esta última había venido desde una aldea abulense llamada Vila. Hija de Alonso Díaz y Catalina Hernández, cristianos viejos y con una regular fortuna, parece que marchó a la capital a la muerte de sus padres. Habiéndose negado al matrimonio repetidamente y queriendo dedicarse a la vida religiosa se puso en manos de un confesor, como era habitual en aquellos tiempos, y éste le orientó a servir en casa de una mujer de grandes principios morales como era Guiomar de Ulloa.



Seminario Conciliar

Con ella permaneció seis años en cuyo tiempo trabó amistad con Santa Teresa y practicó una religiosidad basada en el castigo de su propio cuerpo, padecimientos

físicos y arrobos espirituales dentro de un mundo de oración. Mientras Teresa de Jesús profesaba y establecía sus primeros pasos de la reforma de su Orden, Mari Díaz terminó por vivir en la capilla de San Millán dedicada a la oración. Su fama de santidad se extendió por toda la ciudad superando a la de Santa Teresa, siempre más controvertida en sus iniciativas reformadoras.

A su muerte en 1572 gran parte del pueblo se concentró en este mismo lugar por donde yo paseaba. Allí llegaron el deán de la Catedral, el Cabildo eclesiástico, cofradías, hermandades, el regimiento militar, pueblo llano. Fue tal la afluencia y presión populares que hubo de improvisarse una capilla ardiente por donde pasara todo el pueblo a rendir tributo a la que consideraban una santa. Luego, tras su entierro, el tiempo ha ido disipando aquella fama de una vida que hoy parece circunscrita en sus valores a otro tiempo.

Dejo la cercanía de la mansión de los Guillamas, aquellos nobles de origen francés que vinieron con Duguesclin para defender la causa de Enrique de Trastámara en su enfrentamiento con su hermano Pedro I, que terminaron por afincarse en la ciudad y formar parte de su historia. Dejo atrás también el antiguo Seminario Conciliar y, tras observar los elegantes edificios, aunque modernos, que se levantan en las esquinas de esa encrucijada de caminos, termino por girar a la derecha bordeando los muros del convento de Santa Catalina por la calle de Ferreol Hernández.



Actual sede de la Caja de Ahorros



Esquina de la calle Ferreol Hernández

Siguiendo por ella se alcanza enseguida la plaza de Italia, donde se levanta la puerta de la iglesia correspondiente a este convento. La plaza es aparentemente tranquila con su fuente central donde el agua estaba fresca aunque de un sabor no del todo agradable (todo el agua mejor se la llevan para Madrid, me dijeron en un bar), sus bancos donde se sentaban algunos ancianos y un grupo de chiquillas. A la vera del convento y su portada pasan los coches, como esa furgoneta cuyo conductor me insultó por cruzar delante de su camino.



Plaza de Italia

Inicialmente fue un simple beaterio de mediados del siglo XV que impulsó Catalina Guiera, señora de Belmonte. En aquellos tiempos preconventuales podíamos decir, las mujeres religiosas de la nobleza, muchas de ellas

prematuramente viudas, solían reunirse en oración y charla dando lugar a reuniones estables en el domicilio de alguna de ellas que fueron llamadas beaterios. No era extraño, como en este caso, que a la muerte de la propietaria de la casa donde se reunían, sobre todo si era sin descendencia, se donaran sus terrenos y edificaciones para levantar en ellos, con las rentas que se acompañaban, un beaterio estable o convento, hospitales o sedes de otras obras pías.

En 1478 las dirigentes de esta obra llegaron a un acuerdo con los monjes de Santo Tomás para que las residentes en este beaterio y casa de acogida de Santa Catalina, profesaran dentro de la Orden dominica constituyéndose en convento.

Me fijó especialmente en la antigua y ya abandonada portada de la iglesia, un arco de medio punto con medallones ovalados, pilastras estriadas sosteniendo un arquivitrabe liso. Allí, en ese rincón de la plaza, semioculta por los árboles, luce hermosa esa portada tan semejante en muchos detalles a la arquitectura con que se levanta el palacio de los Serrano al otro lado de la plaza, no en vano esta iglesia fue construida en 1570 a expensas de Pero Álvarez Serrano y su esposa Leonor Zapata.

Todo esto fue arruinándose con el tiempo, cuando las rentas con las que se nutría la vida cotidiana de estas monjas de rigurosa clausura, se fueron agotando durante el siglo XVIII. En 1786 el convento estaba en tan malas condiciones que las monjas debían dormir en el claustro, a la intemperie. Aunque hubo algunos arreglos la desamortización de Mendizábal acabó con la vida conventual de las pocas monjas que aún pervivían en su

interior. Hoy en día sigue apareciendo abandonado ocupando toda la esquina de la pequeña plaza.



Puerta de acceso al convento de Santa Catalina



Portada de la iglesia

Frente a este convento, como digo, se levanta el imponente palacio de los Serrano, hoy una de las sedes expositivas de la Caja de Ahorros de la ciudad. Excepcionalmente de tres pisos, algo inusual en el 1557 en que se levantó, fue propiedad del ya mencionado Pero Álvarez Serrano por lo que se conoce como palacio de los Serrano.



Palacio de los Serrano

El apellido remite a los antiguos repobladores de Ávila y, en concreto, a ese Ximén Blázquez, fundador del linaje de Blasco Jimeno, procedente de Asturias desde donde vino acompañando a su obispo Pelayo hasta la nueva ciudad reconquistada a los musulmanes. Ximén, que junto a Esteban Domingo, habría de regir los destinos

de la ciudad en sus primeros momentos y de común acuerdo con Raimundo de Borgoña, formó parte de esos “serranos” provenientes de las sierras del norte. Entre sus descendientes se cuentan obispos, alcaldes, notarios y, en suma, caballeros que fueron constituyendo la nobleza terrateniente que controló tierras, rentas y concejos abulenses.

Aquí tenemos por ejemplo a Blasco Gómez, muerto en 1274, escribano y primer propietario de Velada, que daría origen a los señores de Velada, con palacio en Ávila, frente a su Catedral, que habremos de visitar más adelante. También el conocido Blasco Jimeno, muerto en 1294, primer propietario de Navamorcuende y Cardiel, tierras a las que habría que sumar otras con el tiempo hasta llegar a Juan Blázquez Serrano, señor de las propiedades anteriores junto a Villatoro y San Román, el primero de apellido Serrano y bisabuelo de Pero Álvarez Serrano.

Así que de este antiguo e ilustre linaje descienden los Serranos, como también lo harían otros apellidos bien conocidos en la heráldica abulense, como los Dávila. Con el tiempo, este palacio terminó siendo sede de la Sección femenina de la FET y las JONS, tras la guerra civil, sede del Gobierno Civil para finalmente ser adquirido por la entidad bancaria que ofrece en él diversas exposiciones.

20

Santo Tomé y los Deanes

Desde la plaza de Italia se puede alcanzar, sin más que atravesar una estrecha calzada, otra plaza en cuyo fondo se levanta el palacio de los Deanes. Pero ahora nos vamos a fijar en el edificio que separa ambas plazas. Es una iglesia amplia y muy antigua, del siglo XII nada menos, tiempo del que conserva dos portadas, la más llamativa sirve como entrada, tras una alta reja.

Como propia del románico en que se inscribe la iglesia de Santo Tomé “el Viejo”, como es denominada, resulta sólida y con muros que muestran muy pocos huecos. Tan sólo un pequeño óculo se abre sobre la portada muy típica de las iglesias abulenses de la época, con cuatro arquivoltas adornadas con rosetas inscritas en círculos. En los capiteles, bastante deteriorados, se observan figuras de centauros, grifos, hojas de acanto.

En 1540 fue sometida a una amplia reforma que transformó los tres ábsides redondeados en rectos, dividió el espacio interior en tres naves mediante arcos sostenidos en su centro por una robusta columna central de orden dórico. Además, debido a la endeblez observada en los muros, se instalaron unos contrafuertes pequeños pero en un lugar que afea el conjunto de la portada puesto que se levantan a ambos lados de la misma en su exterior.

Desde el siglo XVIII en que se trasladó la parroquia que la tenía como asiento, la iglesia de Santo Tomé ha pasado por numerosas dedicaciones: desde

panera del Cabildo en aquel tiempo hasta su adquisición en el siglo XX por el Estado después de considerarla monumento histórico artístico. En aquel momento albergaba un garaje y taller de reparaciones de manera que frente a la hermosa portada se situaba una gasolinera nada menos.



Portada de Santo Tomé

La situación dista mucho de ser la de entonces. Si el palacio de los Deanes es ahora el museo de Ávila la abundancia de restos arqueológicos ha aconsejado destinar esta iglesia a depósito auxiliar del primero. Así, tras pagar una módica entrada por la entrada a ambos edificios Santo Tomé abre su interior a la curiosidad del visitante.



Interior

Lo primero que uno percibe es el conjunto, un gran espacio rectangular donde cada una de las naves laterales, detrás de la columna y arcos a que hemos hecho referencia, alberga unas estanterías que llegan a gran altura, donde se tiene que acceder a través de una escalerilla nada cómoda y vedada a cualquier persona sin mucha agilidad. En ellas aparecen depositados muchos restos: estelas romanas, aras, copas funerarias, capiteles, inscripciones... Todo es un conglomerado bien clasificado, con algunas esculturas interesantes, pero que no deja de ser un depósito variado.

Resulta más interesante fijarse en los detalles de la planta inferior. En primer lugar el enorme mosaico geométrico de origen romano encontrado en Magazos, una localidad abulense a pocos km. de Arévalo. A su izquierda fui observando con detenimiento un conjunto de verracos que remitía a los orígenes vetones de la ciudad.

Precisamente, en la torre de los Guzmanes vería una exposición sobre esta cultura celta que hizo de Obila uno de sus castros defensivos, junto a Ulaca y las Cogotas, siendo esta última la más famosa como fuente de una cultura y cerámicas que adquirieron gran expansión en su tiempo (alrededor del siglo III a.C.), antes de la llegada de los romanos.

Una de las señas características de los vetones, un pueblo que hubo de sobrevivir con la peligrosa vecindad de vacceos y lusitanos, fue la construcción de verracos. Se encontró uno, como dije, en la muralla junto a San Vicente, otro se levanta en los terrenos del antiguo Alcázar, hoy plaza de Adolfo Suárez. Ávila parece haber sido el foco que irradiaba este tipo de esculturas de cerdos

o toros por otros lugares como Salamanca o Zamora. Se han llegado a encontrar 64 en la misma ciudad de Ávila y hasta 126 en su provincia, algunos de los cuales se exponen en la iglesia de Santo Tomé.



Mosaico romano



Verraco en la plaza Adolfo Suárez

Al fondo de la nave los restos de enterramientos mudéjares propios de la Edad Media y, poco después, una escultura funeraria que me hizo detener. En ese momento no sabía de quién era, sólo me gustó el exquisito trazo del ara funeraria, la figura de un caballero que crecía en dramatismo por presentarse rota y deteriorada. Luego leí que su autor era el escultor Vasco de la Zarza, de principios del siglo XVI, al que ya había encontrado abundantemente con obras en la Catedral (particularmente, el retablo mayor) e incluso parece que la sobria escultura de Hernán Núñez Arnalte en la iglesia de Santo Tomás.



Escultura funeraria de Vasco de la Zarza

Tras observar otros restos como lápidas funerarias, restos islámicos y medievales, salí de la iglesia para dirigirme al cercano palacio de los Deanes.



Fachada del palacio de los Deanes

Había leído que la portada era mezquina, de poco gusto. Es cierto que el estilo es propio de la época en que se levantó, el siglo XVI. Su apariencia es herreriana con dos cuerpos y columnas exentas en su fachada que le dan un aire cuadrículado propio de este estilo arquitectónico, tan sobrio por otra parte salvo por el hecho de estar coronada por una crestería típicamente renacentista de pináculos flamígeros. La distancia que media entre la iglesia de Santo Tomé y esta fachada, ausente de todo edificio, con el suelo de piedras y una gran profundidad a

la vista la favorece, aunque es cierto que el palacio es muy extenso y muestra una apariencia muy horizontal.

Fue levantado en 1534 por los hermanos Cristóbal y Juan Vázquez de Medina, deanes por entonces de la Catedral. Un deán era, tras la constitución de los cabildos Catedralicios, quien dirigía a los canónigos de los mismos. Resultaban, pues, figuras relevantes de su tiempo y estos en concreto quisieron mostrar el esplendor de su posición cambiando una heredad que poseían en el pueblo de Gotarrendura por este espacio, ocupado por unas casas de la propia Catedral.

Tras el zaguán de entrada se accede a un patio porticado lleno de columnas y blasones. No pude situarme en él porque estaba cerrado al público en ese momento para dar cabida a una actividad infantil de pintura. Allí vi a los niños con batas blancas algunos de ellos y pintando como podían en unos lienzos. De algún modo, este objetivo de mantener en el museo un tono didáctico está conforme con algunos de los destinos que tuvo este palacio antes de ser designado como museo provincial en 1971: desde Escuela de maestros hasta lugar para realizar Colonias infantiles. No quise hacerles muchas fotos a estos niños porque uno de los vigilantes me estuvo siguiendo largo trecho por el museo, aunque estaban permitidas las fotos sin flash.

Ignorando su presencia me estuve deteniendo en cada lugar de exposición. El palacio tiene dos pisos de manera que, alrededor del patio, se alinean estas salas, las de abajo más dedicadas a tiempos antiguos mientras que las de arriba oscilan entre lo medieval y moderno. Me gustaron muchos detalles y las amplias explicaciones

sobre lo que observaba y que aquí trataré de resumir brevemente.

Empezando por la izquierda, el comienzo de la exposición tal como se indica, se encuentra una sala donde se reproducen los contenidos de una casa popular en la provincia abulense con sus ropas típicas o sus instrumentos de cocina.



Sala de costumbres populares

Después se muestran algunos instrumentos propios de la economía agrícola que, junto a la ganadería, caracterizó las actividades en ese orden de cosas. Pude observar un complejo telar donde tratan las lanas procesadas que proporcionaban los ganados de la zona, arados, un gran carro o un complejo molino de pienso.



Carro

Luego empiezan las salas históricas en orden cronológico, empezando por el Paleolítico, con cuencos de barro y otras pequeñas herramientas de la época; la Edad del Hierro en la que, además de lo dicho, vuelven a aparecer algunos verracos y otros restos arqueológicos del yacimiento de las Cogotas.

La siguiente sala da comienzo a la romanización, donde destacan algunas estelas funerarias donde, por ejemplo, Dobitero Caburónico, hijo de Ecuero, o Arena Mentovico, hija de Elgio, dedican la consabida fórmula (Séate leve la tierra) a sus fallecidos.

Tras subir las escaleras se llega a un piso superior con una distribución semejante. El vigilante se empezó a aburrir de cruzarse conmigo y se acodó en la balaustrada desde donde se podía ver el piso bajo y los niños que seguían embadurnando sus lienzos. Incluso le di un poco de conversación y le pedí que se apartase para hacer una foto de los capiteles que embellecían las columnas de ese patio.



Sala del Paleolítico

Observé la lauda funeraria de los marqueses de Navas, una copia en realidad pero muy fidedigna. Según explicaba, fue realizada en escayola y sobre la lauda original directamente. Los marqueses de Navas ahí representados, Pedro Dávila y María de Córdoba, fueron los primeros con ese título otorgado por Carlos I.



Lauda funeraria de los marqueses de Navas

En una de las salas contiguas se mostraban cerámicas de gran belleza que me entretuve en fotografiar. Una de reflejos metálicos, de lujo durante el Medioevo, y otra más moderna, del siglo XVIII, realizada en Alcora (Castellón) y que en gran número llegó hasta Ávila.



Cerámicas

En las últimas salas se expone un hermoso tríptico de considerable tamaño realizado a finales del siglo XV dentro del estilo flamenco propio de la escuela de Hans Memling. Se muestran diversas escenas de la vida de Cristo y la Virgen.

Pude sentarme un rato frente a estas pinturas porque estaba cansado de recorrer el museo y además valía la pena admirarlas con detenimiento. Luego me fui del palacio, hice alguna última foto de la fachada y me

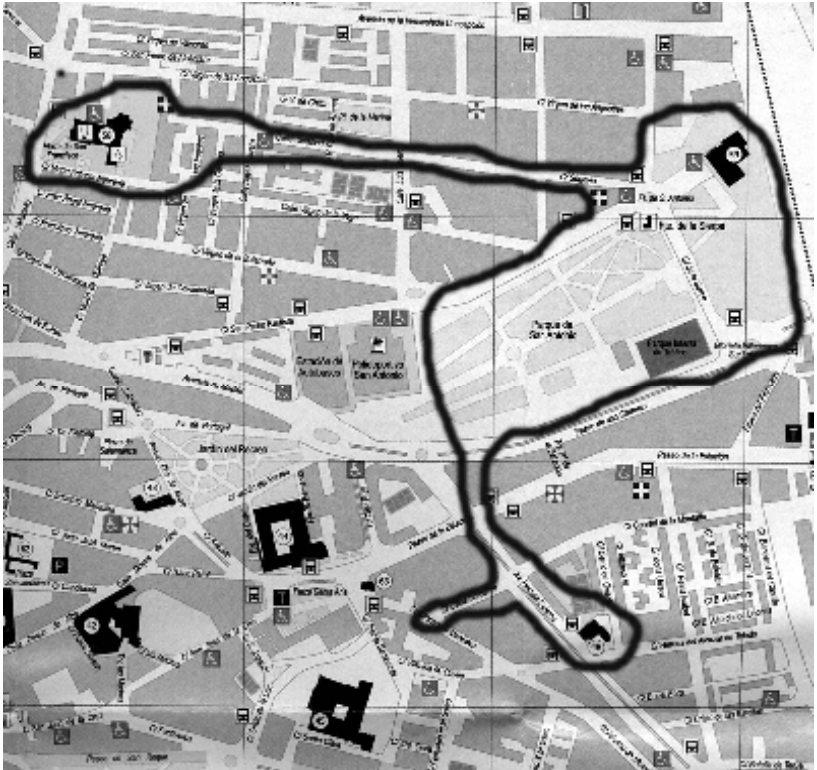
encaminé por la cercana calle de los Leales hacia la muralla.



Tríptico de la escuela flamenca

21

San Antonio



El último día de mi estancia en Ávila decidí volver a visitar la zona norte, el llamado barrio de Ajates, tal como lo había hecho dos años antes pero con más exhaustividad. Entonces había bajado en la estación de autobuses y continuado mi camino hacia el destino

principal: el monasterio de la Encarnación. Tras extender el plano en la habitación del hotel comprobé que varias iglesias y rincones que podían ser de interés, como los jardines que se extienden más allá de la estación, merecían el esfuerzo de hacer un recorrido más amplio.

En primer lugar, bajando por el paseo de la Estación que pasaba bajo la ventana de mi habitación en la plaza de Santa Ana, un punto muy pequeño emergía señalado en el mapa: la iglesia del Inmaculado Corazón de María.

Así que anduve en esa dirección y, tras preguntar a un transeúnte, di con ella enseguida. Se levanta al borde de la amplia avenida de Hornos Caleros que termina por desembocar cerca de la estación de autobuses.



Iglesia del Inmaculado Corazón de María

Resulta extraño encontrar al borde de una avenida amplia por donde circulan los coches con cierta profusión una portada de tal antigüedad en una iglesia que no lo parece tanto. Quiero decir que el interior es relativamente moderno, sin adornos, mientras que la portada principal es de una gran belleza, de estilo románico, diría que espectacular por el contraste con todo su entorno, de tiempo tan diferente.

En efecto, bastante lejos de este lugar se levantó en otro tiempo una iglesia de los tiempos de la repoblación: Santo Domingo de Silos. Por entonces se encontraba justo enfrente de la casa natal de Teresa de Cepeda, en la plaza de la Santa que hay al sur de la ciudad. De hecho, hubiera sido el templo donde se bautizara si en aquella época no estuviera en reconstrucción. De todos modos la iglesia, una de las cuatro intramuros durante el siglo XIII, terminaría por sucumbir al paso del tiempo.

Los restos aprovechables de la misma fueron utilizados en diversas construcciones de la ciudad, tal como el palacio de Núñez Vela o, en el caso de la portada, para incluirla en esta nueva iglesia, si bien con alguna restauración que le dio un carácter que oscila entre lo románico inicial y lo renacentista del siglo XVI, como se puede comprobar por los adornos de bolas que salpican la arquivolta exterior.

Penetré en el interior. Era una hora temprana de la mañana y sólo había una mujer que me miró varias veces con cara molesta por haber sido interrumpida, probablemente, y por las fotos que hice a sus espaldas. Pero esos gestos son habituales entre los feligreses que viven de forma religiosa su estancia en la iglesia y

detestan a los turistas y curiosos que tenemos otros objetivos al entrar.



Portada

El mío era apreciar la atmósfera, el silencio con que se dejaba a un lado el ruidoso paso exterior de los coches, los acusados contrastes del interior que podía observar. Así, la iglesia se extendía hacia el este con las paredes lisas y sin adornos, una bonita imagen de Cristo al fondo, encima del altar, de formas modernas.

Pero a ambos lados del altar mayor se abrían en piedra antigua que contrastaba con la blancura de las paredes dos arcosolios con blasones de los Núñez Vela y otros nobles del siglo XVI, colaboradores en su tiempo en la construcción de Santo Domingo de Silos, donde quiso

además ser enterrado tras morir en Perú como virrey a manos de los rebeldes de Pizarro.



Nave de la iglesia

Pero es que ese contraste con la piedra antigua se repetía a ambos lados del pie de la nave, junto a la entrada. En uno de ellos, además, se encontraba un cristo románico de muy bella factura frente al cual la mujer se detuvo unos instantes mirándome a hurtadillas mientras yo me hacía el distraído y fotografiaba el lado contrario del templo.

Me gustó visitar este templo tan temprano. Resultaba tranquilo, de ambiente sosegado y detalles hermosos que alegraban el día. Por eso, con renovado entusiasmo tras el extenso recorrido del día anterior, bajé por Hornos Caleros buscando el convento de San Antonio de Padua.



Altar mayor y arcosolio

Se encuentra más hacia el este para lo cual no sabía si bordear o atravesar el llamado parque de San Antonio, en honor del mismo. No llegaban a ser las diez y media de la mañana, el sol estaba bajo provocando muchas sombras en los caminos que atraviesan el parque. Por ellos pasaban hombres corriendo, los menos, muchas mujeres de mediana edad en grupos y con zapatillas deportivas, caminando y charlando. Algunas me indicaron cómo atravesar el parque de la forma más rápida para llegar a mi objetivo.

Me senté brevemente en un asiento al volver luego, me gustó la paz que se respiraba, apenas se notaba el tráfico circundante, como en la primera iglesia visitada. Estuve fotografiando algunos juegos infantiles de forma

geométrica, tubos de metal que representaban sólidos nada caprichosos formando un entramado de volúmenes a lo largo de un gran espacio del parque. Pero en ese momento era de las personas de cierta edad, como yo mismo lo era, y de algunos jardineros que andaban recortando los setos.



Estatua de San Pedro Bautista y convento

Con las indicaciones que me dieron llegué enseguida frente al convento de San Antonio. Es grande, voluminoso, lo quise fotografiar de costado, con una estatua en primer plano. La luz era fuerte pero el ángulo resultaba correcto para mostrar todo el cuerpo del convento: el bloque sur, bastante moderno (es de 1977) y construido sobre los restos del establecimiento conventual anterior y la iglesia, incluyendo la capilla de la Virgen de la Portería de la que hablaré enseguida.

Creí que la estatua encontrada pertenecía al santo que da nombre al convento pero luego he visto que no, que se dedicó a San Pedro Bautista, un abulense de Villarejo del Valle, probablemente monje de este convento, y que en tiempos de Felipe II fue enviado como misionero a Japón donde encontró la muerte en 1596.

Toda la construcción conventual tiene ecos del Renacimiento y del estilo herreriano tan típico de la segunda mitad del siglo XVI, en concreto 1577, en que fue fundado por Rodrigo de Ávila, Corregidor de Madrid y figura destacada en la Corte de aquella ciudad desde que fuera Mayordomo de la emperatriz María de Portugal, primera mujer de Felipe II. Se terminaría seis años después, en 1583, encargándose de las obras Pedro de Tolosa, arquitecto por entonces de algunas capillas en la parte norte de la Catedral y del cuerpo de la iglesia de Mosén Rubí, que habremos de visitar después.

La portada de acceso a la iglesia es de una extremada sencillez, aumentada por fotografiar a su lado un cepillo y un recogedor de basura. Eran los instrumentos de trabajo del portero, un hombre con cierto retraso mental según me pareció, pero de una gran amabilidad conmigo, que agradecí. Me dijo con lentitud que allí iba muy poca gente, lo cual no es de extrañar por estar el convento algo retirado del paso habitual de los turistas. Sin embargo, tengo entendido que hay mucha devoción a esta iglesia y, en particular, a la capilla donde se encuentra la Virgen de la Portería que fue lo primero que visité, a la izquierda de la entrada.



Portada



Capilla de la Virgen de la Portería (frontal)

La capilla encierra una gran belleza y mucho lujo algo recargado en cuanto a sus adornos, dentro del estilo churrigueresco. Estuve fotografiando con detenimiento los tres altares (los laterales dedicados a San José y Santa Rosa de Vitervo) que forman el conjunto más importante en Ávila dentro de este estilo barroco. Al fondo, sobre uno de ellos y con marco de plata, pude ver una imagen que es precisamente la de la Virgen de la Portería, llamada así porque se situó inicialmente en dicho lugar de la iglesia hasta la construcción de una capilla propia en 1728 sufragada en gran parte por Pascual Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y marqués de Alcañices, gran devoto de esta Virgen.

Aunque en ese momento no me fijé, al pie de ese altar está enterrado fray Luis de San José, el artífice de este culto. Nacido como pastor en un pueblo de León hacia 1690 y tras un paso por las milicias ingresó como hermano lego en un convento de franciscanos de Salamanca hasta su traslado a este convento, también franciscano, de San Antonio de Padua en 1715 donde moriría en 1737.

Dice la tradición que estuvo encargado de unas huertas cerca del Adaja y, por tanto, en la parte baja de la ciudad. En medio de una tromba de agua que inundó las huertas se esforzó en abrir unas troneras que permitieran el flujo de la corriente pero, casi arrastrado, se encaramó a una tapia para salvar la vida. Allí se encomendó a la Virgen y ésta le protegió dejando derrumbar toda la tapia menos el lugar donde él se refugiaba. En prueba de agradecimiento mandó pintar un cuadro mariano con los rasgos que él mismo eligió a Salvador Galván, un pintor

abulense. Éste es el cuadro que ahora se ofrece a la vista sobre el altar principal de la capilla.



Capilla (altar lateral)

La devoción fue tan amplia en la ciudad que afluyeron para el culto de esta Virgen todo tipo de donaciones y obras artísticas que, dentro del estilo artístico de la época, hicieron de la capilla un lugar recargado en su decoración. Este hecho causó malestar en el propio convento dada la tradición de austeridad propia de los franciscanos. Como tampoco se quería un enfrentamiento con la devoción popular se optó por declarar a la capilla como templo independiente del resto de la iglesia. Tras el descalabro que supuso la ocupación del templo por los franceses a principios del siglo XIX y el desalojo conventual decretado por Mendizábal, todo el conjunto monumental se salvó gracias a que el ayuntamiento abulense intercedió ante Isabel II para que se respetara el enorme interés del pueblo hacia la Virgen de la Portería, aduciendo además que esa capilla no era tanto de los franciscanos como del marqués de Alcañices.

La iglesia en sí es también algo recargada, barroca, con cruz latina que forma un crucero bastante reducido de tamaño. De nuevo sobre el altar mayor un retablo churrigueresco que alberga, naturalmente, una estatua de San Antonio de Padua con un Cristo crucificado en su parte superior. Sobre él una cúpula semiesférica enyesada que contrasta con otras partes de la iglesia donde sobresale el empleo de la piedra de la Colilla con sus tonos en dos colores que ya había visto en la Catedral.

Tras agradecer la amabilidad al portero de que abriese la iglesia sólo para mí, y verle barrer con gran detenimiento, me fui dando un paseo por el parque buscando con cierta dificultad la calle que me llevaría, del

modo más rápido posible, hasta la iglesia de San Francisco.



Altar mayor

22

San Francisco

Entre edificios de viviendas, calles que van en una dirección y otra, me desorienté un tanto. Como siempre, sabía la dirección aproximada donde podría encontrar esta iglesia pero no fue fácil dar con ella porque no tiene torre que emerja sobre el perfil de las azoteas y la plaza donde se ubica no es excesivamente amplia. De manera que te la encuentras cuando, a la vuelta de una esquina y siguiendo las indicaciones que te han proporcionado, observas su fachada norte, con restos muy antiguos, puertas clausuradas y restos bastante deteriorados.



Convento de San Francisco (fachada norte)

Parece que antes del año dos mil amenazaba una clara ruina y de ello hablan con pesar algunas crónicas de aquel tiempo. Fue entonces cuando el Ministerio de Cultura lo recibió como cesión por parte del Ayuntamiento de la ciudad para darle el destino que muestra actualmente: Auditorio de exposiciones y actividades culturales. Sólo ese destino y las mejoras que supuso arrebataron a esta iglesia de la ruina inminente. En todo caso, teniendo en cuenta la construcción hoy en día de un gran auditorio en el mismo barrio norte pero cerca del Adaja, tal como vi desde la muralla, habrá que observar qué nuevo destino espera a una iglesia como ésta, de tan larga tradición en Ávila.

Hacia el siglo XIII ya existía un templo levantado en el mismo lugar del que sólo se sabe que era en estilo románico cisterciense. De todos modos, su revitalización e importancia proceden de la amplia restauración efectuada a finales del siglo XV dentro del estilo gótico, de donde proceden algunos de sus restos y las bóvedas de crucería del interior. Del mismo modo, la capilla mayor fue levantada en 1430 gracias a la voluntad de Álvaro Dávila, yerno del importante caballero Mosén Rubí de Bracamonte. Ambos intervinieron a favor de esta iglesia, el segundo encargándose de la capilla de la Anunciación.

Con la proclamación monárquica de los Reyes Católicos el Concejo abulense decidió redactar unas nuevas Ordenanzas que vinieran a sustituir a la multitud de disposiciones sobre uso de la tierra, derechos y obligaciones de campesinos y ganaderos, obtención y comercio de artículos de primera necesidad,

administración del agua, etc. En 1483 se nombró una comisión que hiciera tal redacción y donde figuraban los regidores Rodrigo de Valderrábano, Gonzalo del Peso, Sancho Bullón y Francisco de Henao, así como el alcaide y escribano Francisco Pamo, entre otros. Sus trabajos se llevaron a cabo precisamente en San Francisco.



Portada principal

Terminadas las Ordenanzas en 1487 fueron leídas por un pregonero en el Mercado Chico y habrían de regir y ordenar la vida abulense durante largo tiempo.

Diez años después moría Francisco Pamo, encargado de la custodia de estas Ordenanzas, así como de otros documentos de inestimable valor legislativo. Por ello, los mismos Reyes Católicos autorizaron al Corregidor de Ávila, Francisco Pérez de Vargas, para que reclamara a su viuda, Catalina Contreras, la documentación que obraba en poder de su fallecido marido.

Ésta así lo hizo, de manera que se reunieron catorce libros, 27 registros de información y procesos sobre términos, cuadernos de amojonamientos, cartas ejecutorias, etc. Toda esta documentación integró el primer archivo legislativo de la ciudad de Ávila que tuvo nuevamente en San Francisco su lugar de depósito.

Desde entonces, la presencia y enterramientos de la nobleza abulense fue constante, desde los Valderrábano, los Águila, Guzmán, Cepeda o Guillamas. Aquí fue enterrada Guiomar de Ulloa, dentro de esta última familia, la amiga de Teresa de Jesús, del mismo modo que Diego de Bracamonte, el ajusticiado en el Mercado Chico por protestar de las disposiciones recaudatorias del rey.

La conjunción de la invasión napoleónica junto a los decretos de exclaustación de los monjes que vieron la luz en la primera mitad del siglo XIX forzó el abandono de este templo hasta la situación a la que se llegó hace pocos años.

Ahora luce bien arreglada la portada renacentista dentro de una impecable fachada oeste precedida por una

serie de banderas. El tiempo dirá cuál sea su destino posterior.



Fachada oeste y principal

uno casi enfrente de San Francisco. Estuve paseando por el lugar, las rectas calles, los buenos edificios, buscando la iglesia de San Andrés.

Frente a su fachada, no muy distante, me detuve sin embargo en la Capilla de San Juan de la Cruz, la llamada Inclusa. Permanecía cerrada en ese momento, no sé bien qué función cumplirá la antigua capilla de los Guillamas, cuyo escudo aparece en lo alto de una puerta modesta de estilo renacentista.

En 1539 se fundó aquí, sobre unas casas del licenciado y canónigo Maldonado, lo que habría de ser el convento de las franciscanas concepcionistas, patrocinado sesenta años después por Luisa de Guillamas en nombre de su familia. Aquí mandó que fuesen trasladados los restos de sus padres disponiendo su propio enterramiento en el convento.

Con el decreto de desamortización de 1836 las monjas que habitaban este convento se trasladaron provisionalmente al de las Gordillas, con sus compañeras franciscanas clarisas. Como ya dijimos antes, a finales del siglo XIX se procedió a otorgarles los terrenos de la antigua Casa de la Comedia, frente a la muralla, en el sector sureste.

El edificio quedó así abandonado a su suerte hasta que la ruina del antiguo hospital de Santa Escolástica condujo al Ayuntamiento a trasladar la tarea de acoger a los huérfanos hasta esta capilla de San Juan. De este modo pasó a llamarse en el saber popular la Inclusa, sin más apelativos.

Paseo alrededor del pequeño edificio, me fijo en algunas grietas bastante considerables que atraviesan la

fachada norte, deduzco un cierto nivel de abandono. La puerta permanece cerrada y tengo que irme sin saber si ahora está cumpliendo alguna tarea dentro de la ciudad. Sin más que dar la vuelta, sin embargo, la atención se desvía hacia la bella iglesia de San Andrés.



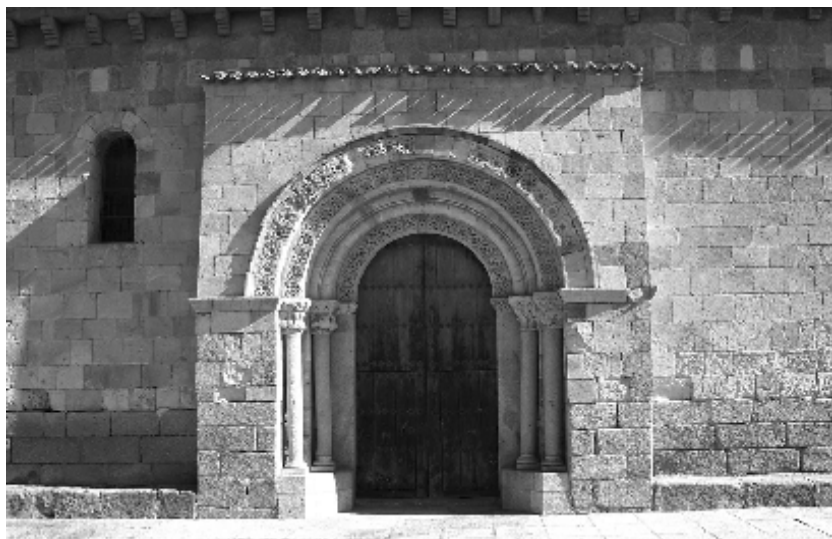
Fachada de la Inclusa

Se encuentra situada muy cerca de San Vicente, en el ángulo noreste de la ciudad. De hecho he bajado hasta dos veces desde esta última por una empinada cuesta que corta la carretera que circunvala la muralla para llegar a San Andrés, admirar sus portadas, las esculturas de sus capiteles, la tranquilidad de su entorno.



Absides de San Andrés

La iglesia debe haber sido construida entre finales del siglo XI y principios del XII, tal como testifica un sepulcro interior fechado en 1109. Por entonces las obras de la Catedral y otras iglesias de la época habían atraído a muchos canteros leoneses que se afincaron en la zona norte de la ciudad. De ahí es fácil de deducir que fueron ellos mismos los que levantaron esta iglesia como parroquia propia.



Portada oeste y principal

En cierta ocasión estuve charlando brevemente con un librero de la calle Reyes Católicos, junto a la Catedral. Le hablé de mi interés por la historia de la ciudad, la posibilidad de encontrar libros asequibles sobre ese tema. Era un hombre con una barba espesa, un gran entusiasmo hablando de las maravillas de su ciudad de la que conocía muchos detalles técnicos. Fue el que hizo que me fijara en los enormes ábsides de San Vicente, el que me habló de esa hermosa iglesia de San Andrés que no podía dejar de visitar. Lamentó que no pudiera pasarse al interior porque era igualmente de una gran belleza como ejemplo del mejor románico de la provincia.

Por eso rodeé el edificio, traté de encontrar sus mejores ángulos aunque un árbol de considerable tamaño

dificultase la visión entera del edificio, amén de algún niño que correteaba por el lugar seguido de su madre. Pero me pude detener con tranquilidad, observar sus dos portadas tan semejantes, con sus arquivoltas cubiertas de rosetones que tanto había visto en la ciudad, sujetas las primeras sobre columnas exentas. Los capiteles merecen unos instantes de atención, con sus motivos vegetales y de animales, en ocasiones difíciles de distinguir por el desgaste del tiempo sobre las figuras.



Capiteles

La torre se levanta en el lado oeste y, en tres cuerpos decrecientes, el inferior de granito, se construyó con posterioridad al cuerpo de la iglesia al menos en un siglo. La espadaña con sus campanas corresponde a ese

movimiento típico del siglo XVII de dotar con este género de construcción las iglesias más antiguas.

Si se rodea la iglesia por su lado este puede observarse con detenimiento su cabecera, enfrentada a la capilla de la Inclusa. Tres ábsides, el central de un enorme tamaño, y sus ventanas que permanecen cerradas para evitar un mayor deterioro en la construcción, incrementada desde que a principios del siglo XX dejó de ser parroquia propia, adscribiéndose a la cercana de San Vicente.



Fachada sur

24

San Martín

Seguí caminando por este barrio norte de la capital en dirección oeste. Una carretera amplia cortaba la dirección para bajar una cuesta hacia el norte, al final de la cual se alzaba el convento de la Encarnación, uno de los objetivos teresianos por excelencia dentro del turismo que visita Ávila.

Pero no quería dejar un monumento por visitar, de manera que, antes de dirigirme a él, continué hacia el oeste para llegar, a poca distancia del cruce, hasta dos templos con notables parecidos: el último sería la ermita de Santa María de la Cabeza, el primero la iglesia de San Martín.

Esta zona apenas es visitada, me comentó el guía paseando por el interior de esta última, el turismo marcha siempre hacia la Encarnación, cosa muy natural, pero dejan de ver esta iglesia, de interés y cierto encanto que te atrapa, tal vez por su soledad, la tranquilidad que rodea su entorno.

Su exterior no es espectacular salvo por la torre, de considerable altura, que la hace sobresalir sobre el conjunto de azoteas circundantes en el barrio. Dado que, además, se encuentra más cerca de la ciudad y a mayor altura que la Encarnación, se observa con facilidad desde el lado norte de la muralla. Su tono bicolor la hace especialmente atractiva, al estar construida en su primera altura con sillares de granito y rematarse con dos cuerpos

más en ladrillo rojo, el más bajo con cuatro ventanas y con ocho el superior, donde están las campanas.

Fue también construido dentro del barrio de canteros que hacia el siglo XIV permanecían en la zona norte de la ciudad, el antiguo cauce del Ajates. De ahí que se les adjudique tanto este edificio como la ermita cercana. Su antigüedad y volumen no resiste la comparación con San Andrés, pero como dije sigue teniendo un encanto muy particular.



Torre de San Martín

Paseé por el interior con sus tres naves, la central de gran anchura. Los restos románicos no son muchos ni resultan demasiado observables en esta parte. La iglesia se derrumbó hacia el siglo XVI excepto en su torre y, reconstruida, se aprovecharon algunos sillares previos, un arco que debió permanecer.



Interior

Al fondo de la nave, en su cabecera principal donde se dirige la vista inmediatamente, se levanta un retablo churrigueresco con la imagen de la Virgen de la Misericordia que propició la creación de una cofradía en el siglo XVIII que desde entonces cuida del lugar. En la parte superior de la capilla mayor, básicamente cuadrada, se abre una cúpula enyesada y decorada con pinturas

barrocas muy del gusto del siglo XVI en que se procedió a su levantamiento.

Estuve observando pinturas murales sencillas, al modo románico aunque seguramente posteriores, una pequeña escultura de Santa Teresa, tosca pero con encanto. Según se miraba el altar mayor, a la izquierda, se muestra una bonita pintura representando a San Martín, legionario romano que se entregó a la causa del apostolado cristiano en el siglo IV. Curiosamente, aparece representado con los atavíos del caballero medieval que no fue, entregando una túnica a un mendigo con la figura de Cristo.



Altar mayor

Después seguí caminando apenas un trecho para llegar a la ermita. Aunque en origen es más antigua que la

iglesia de San Martín, pues data del siglo XIII (en concreto, se inició en 1210) su apariencia interior sobre todo es bastante semejante puesto que, como ella, se reconstruyó durante el siglo XVI después de un considerable grado de deterioro.



Ermita de Santa Mª de la Cabeza

Además, sigue predominando el empleo del ladrillo como en San Martín, la estructura interior es muy semejante al presentar tres naves, la central más ancha que las laterales. Incluso si se me apura diría que la imagen de la Virgen de la Cabeza que preside la capilla mayor se parece a la otra Virgen de la iglesia vecina. Tal extremo me fue negado con cierta dosis de paciencia por el guía de aquel lugar, sin duda más capacitado que yo para observar las diferencias entre ambas figuras.

De nuevo paseé con comodidad por el lugar. Los guías eran propios del verano, la ermita no se abre habitualmente a todas horas como en este mes de agosto, pero eran veteranos, probablemente voluntarios de las cofradías que llevan el lugar. Intercambiaban algún comentario pero se retiraban si veían que querías caminar por el interior.

Le hablé de la belleza de determinados elementos. Me confirmó la importancia del grupo escultórico del Descendimiento que adorna el muro norte. Dijo que era posible que fuera de Alonso de Berruguete o, al menos de su escuela. Eran los tiempos en que la ermita no era tal sino parroquia preferida de los notarios, abogados, procuradores y gentes de leyes en Ávila. Con la despoblación registrada en la ciudad a partir del siglo XVII la importancia de este grupo de personas, de número cada vez más reducido, disminuyó con la propia relevancia de esta parroquia hasta que dejó de serlo, pasando a la categoría de ermita.



Interior de la ermita

Le señalé al guía una pintura diciéndole que se veía antigua y de calidad. Sonrió asintiendo. “Es una pintura muy antigua” afirmó, “tal vez del siglo XIV. Dicen que es la de más importancia de las presentes en la ermita”. De nuevo es un Descendimiento figurando en su fondo la muralla abulense con algunos edificios que los expertos han podido identificar de manera inequívoca.

Salí entonces por una puerta en la fachada oeste, que excepcionalmente estaba abierta. Miré alrededor, el pequeño jardín que han construido delante de la portada, un murete de piedra y las casas de reciente factura que se alinean detrás. “Esta ermita fue el templo de un cementerio hace unos dos siglos, mire usted la parte de atrás, donde ahora han construido casas, todo eso fue el cementerio de la ciudad”. Efectivamente, allí me detuve, me preguntaba si las casas se habrían levantado sobre

antiguos restos humanos, no creo que todos fueran trasladados dado que el cementerio data de 1834. Fantaseé un momento sobre los fantasmas que podría haber recorriendo el lugar. Entre ellos podría estar el del mismísimo Gustavo Adolfo Bécquer que acudía muchas veces a este lugar, según he leído, cuando residió en Ávila una buena temporada junto a su hermano Valeriano. Ciertamente la vista que podría ver desde ahí es muy bonita, de gran paz y tranquilidad.



Fachada oeste de la ermita

Al otro lado del cercano y bajo murete ahora se levantan otras casas que no estarían entonces. La iglesia de San Martín destacaría por su torre pero detrás la muralla se extiende a lo largo del horizonte, con el simple asomar en su centro de la mole del convento de Mosén Rubí y la espadaña de la antigua iglesia del Carmen a la derecha.

25

La Encarnación

El monasterio de la Encarnación es el lugar quizá preferido por el turismo teresiano, el que busca las huellas de la santa por la ciudad. Aunque su presencia en cada templo que ella visitara en otro tiempo es explotada por medio de carteles que lo anuncian, hay tres lugares prioritarios: la iglesia levantada en lo que fue la casa de los Cepeda, en la actual plaza de la Santa, el monasterio de la Encarnación, donde transcurrieron casi treinta años de su vida monacal y el convento de San José, el primero de su reforma de la Orden del Carmelo.



Exterior del monasterio

Bajando una prolongada cuesta desde las cercanías de San Martín, dejando a nuestras espaldas la muralla abulense, podemos acercarnos a la gran mole del monasterio de la Encarnación. Es poco lo que se puede visitar de su interior que se adivina de considerable tamaño, tan sólo se han habilitado tres celdas conventuales para que los turistas paseemos por el lugar tratando de imaginarnos el resto, labor bien difícil por otra parte. Quizá se deba a eso que, en mis visitas, he preferido el convento de San José que se puede recorrer en mayor medida y del que golpea de inmediato la sencillez y tosquedad primitivas de su iglesia original.



Portada sur

La Encarnación se ofrece a la vista, como digo, de considerable tamaño. Hay una entrada en el lado sur de carácter renacentista con grandes dovelas que siempre contemplé cerrada. La entrada para la visita es por la puerta del convento, que viene precedida por un patio donde se alza una cruz de granito rodeada por siete círculos que representan otras tantas moradas espirituales que el creyente debe seguir para alcanzar a Dios.

Todo el monasterio, particularmente su monumentalidad, proporcionan una impresión muy distinta de lo que indica su historia, en la que la pobreza y carencia de medios fueron omnipresentes durante al menos sus dos primeros siglos.

Hacia 1478 Elvira González Medina, compañera sentimental del arcediano de la Catedral, Nuño González del Águila, vivía en la casa de este último, el actual palacio de Sofraga en la zona norte de la ciudad. En esta fecha decidió, con sus amigas más cercanas, crear un beaterio, un lugar de reunión de las mismas para la charla espiritual, la oración y demás actividades religiosas. Para ello contaron con la protección económica de Gutiérrez Álvarez de Toledo, hijo del duque de Alba, y la decisión de observar la regla del Carmen con algunos de sus votos pero no otros, como el de clausura.

Unos años después se trasladaron a una casa cercana a la antigua Sinagoga y llamaron a su congregación “Santa María de la Encarnación”. La dirección del beaterio pasó de manos de Elvira González a su hija y, posteriormente, a la hijastra de esta última, Catalina Guiera, que venía de ser novicia en el convento de las Dueñas de Alba de Tormes. Fue ésta la que propuso

a sus diez compañeras por entonces constituirse en convento de carmelitas solicitando la autorización correspondiente al Vaticano, trámite que quedó aprobado por el Papa León X en 1513. De esta manera, y tras la compra de algunos solares que habían sido el cementerio judío de Ávila, se procedió a levantar sobre ellos un nuevo convento desde 1515.

Inicialmente la humildad y carencia de medios presidieron esta construcción en dos plantas con un claustro interior. Los muros exteriores eran de mampostería, los tabiques interiores de adobe, el techo de madera y el suelo de baldosas de barro. La oportunidad de que estas monjas, de buena familia por lo general, comieran regularmente era escasa por no existir apenas rentas. Es por ello que tenían que alojarse temporalmente en sus propias casas volviendo al hogar familiar para poder comer durante un tiempo y recuperarse de su situación.

En esas circunstancias se veían obligadas a admitir cualquier situación que generara un ingreso económico. Un ejemplo llamativo de este hecho es el de la dotación en 1531 de un caballero principal de la ciudad llamado Bernardo Robles. Ya se ha mencionado que una de las preocupaciones de los caballeros abulenses que se agudizó a medida que asentaron su riqueza y dominio durante los siglos XIII al XVI, era el temor a la muerte. Ello, unido a la religiosidad imperante en la época en territorio castellano, condujo a una característica peculiar en su extremosidad: las donaciones y fundaciones pías, los grandes sepulcros en terreno eclesiástico, las disposiciones

testamentarias relacionadas con acciones a seguir tras la muerte del testador.

Es cierto que éste fue un mecanismo que benefició a la iglesia abulense puesto que incrementaron de manera notable su patrimonio con las tierras y construcciones heredadas, las rentas percibidas en herencia. Pero también se llegaron a dar casos tan extremos que producen un cierto asombro, como en este caso.

Al morir Bernardo Robles la falta de recursos en el monasterio de la Encarnación era algo evidente, pese a lo cual algunas obras de ampliación emprendidas habían endeudado más si cabe a la congregación de monjas carmelitas. En esas circunstancias, el caballero Robles dispuso su enterramiento en la capilla mayor de la iglesia conventual pero a esta disposición, habitual por entonces, unía la obligación de que día y noche hubiera una monja con una vela en la mano frente al Santísimo Sacramento suplicando por su alma. Ítem más, después de la misa principal de cada día toda la congregación debía reunirse frente a su tumba para cantar un responso. A cambio de estas condiciones se adjudicaba al monasterio una heredad adquirida con setecientos mil maravedíes.

La cantidad era tan suculenta y libraba de tantas deudas que las monjas aceptaron. De este modo, había un turno rotatorio en que la monja de turno sostenía, día y noche, la vela mientras suplicaba por el alma del finado.

En 1532 la obligación resultaba tan pesada que se solicitó a la Curia romana el cambio de la misma, cosa que concedieron imponiendo la obligación del rezo comunitario diario de salmos penitenciales. Pero ahí no acabó la cosa porque, enterados los herederos del

caballero Robles del cambio concedido, amenazaron a las monjas con suspender toda la ayuda generada por la heredad de su antepasado. Por este motivo, volvieron de nuevo a darse los turnos frente al Santísimo con la vela en la mano, costumbre que no fue erradicada hasta mucho después, cuando Teresa de Jesús fue priora en el convento.



Vestíbulo de entrada

La aceptación de estas obligaciones no era la única forma de sostener el convento. La otra era la aceptación de novicias bien dotadas económicamente y que podían sostener su comodidad mediante el acceso a buenos muebles y una celda especialmente adornada y confortable, todo ello frente a celdas humildes de otras monjas con menor o ninguna dotación.

Cuando se entra por la puerta del convento se halla un vestíbulo. A la izquierda hay un pequeño corredor donde se encuentran los locutorios y una escalerilla por donde se accede a una sala donde se venden recuerdos, libros y las entradas para el convento. En mis dos visitas, curiosamente, he tenido que abonar dicha entrada con posterioridad porque mi llegada coincidía con una visita recién comenzada.

Detrás de una de las puertas del vestíbulo se accede a otra sala grande donde llegó Teresa de Jesús, una muchacha joven hacia 1534, no se sabe si habiendo escapado de su casa para solicitar su ingreso o al menos enfrentada a la voluntad de su padre que, finalmente, tuvo que ceder una renta honorable cuando fue informado. Ella misma lo cuenta en su Vida:

“En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile (Antonio de Ahumada probablemente) diciéndole la vanidad del mundo. Y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monasterio adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición (Juana Juárez), puesto que ya en esta postrera determinación ya yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía de él”.



Celda de novicia acomodada

Después de esta entrada se llega a una celda cuyas vigas están pintadas con indudable esmero, parece que por una monja que en otro tiempo tuvo en ella su acomodo. El entorno es amplio, cómodo y agradable, sobre todo en contraste con lo que debían ser otro tipo de celdas. La guía comentó el hecho de que ésta correspondía a una celda para una novicia de bastantes medios económicos y así fue como supe de las diferencias existentes entre unas y otras, diferencias que se suavizaron después del Concilio de Trento, que impuso normas comunes de convivencia para monjes y monjas.

Después se van subiendo unas escaleras y hay otras salas o rincones. Los objetos se acumulan en ellos. Una vitrina llena de objetos musicales remite a la afición de Santa Teresa por la música y el canto. No es mi intención

resumir la biografía de la santa que haría prolijo el relato pero es indudable que la breve visita al monasterio se reduce a encontrar recuerdos teresianos por todos lados, algunos circunstanciales y otros colocados para su encuentro.

Entre los primeros asoma en un descansillo al que no se puede acceder la figura de un niño Jesús. Allí, por lo visto, Teresa encontró a un niño y, al identificarse por su nombre conventual, éste respondió afirmando ser Jesús de Teresa. Los paseantes por el convento pueden tener la impresión de que la vida de Teresa de Jesús fue una sucesión de visiones y arrobos místicos. Desde luego, no parece ser así ya que predominaban las visitas en el locutorio, las tareas internas cosiendo, en la cocina, limpiando, al igual que menudearon las salidas al no ser un convento de clausura.

Su salud se resintió durante varios años llegando un momento en que su gravedad resultó extrema. Se habla de enfermedades cardíacas, complicaciones epilépticas y todo tipo de síntomas poco comprobables, incluso se achaca a todo ello la existencia de esos arrobos y visiones posteriores. Tras la lectura de su Vida saco una impresión bien distinta. Todos estos hechos llamativos y ante los cuales la propia monja se muestra dubitativa en un principio, oscilando entre la acción demoníaca que los pudiera propiciar y su propia convicción de que tenían origen divino, me parecen consecuencias de una actitud y no hechos aislados ni milagrosos.

Una de las partes más intensas de su Vida, texto que su confesor le mandó escribir, se refiere a sus grados de oración, el modo en que rezar para ella es sobre todo

profundizar en sí misma para llegar al sentido de su vida, que ella hace descansar en estar con Dios y sumirse en su amor. En ese sentido nunca confundió las visiones con hechos externos a ella. Estas visiones tenían lugar con los ojos del alma, con su interior, nunca con los físicos. El arrobamiento místico eran momentos en que su interiorización, su inmersión en el rezo entendido como conversación con Dios, le privaba de los sentidos externos, tan agudo llegaba a ser su aislamiento de lo exterior.



Encuentro con el Niño Jesús

“Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y

todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, o si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni, si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no la sabe leer aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar a su placer; y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza, ya que atinase, para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido”.

Los distintos grados de oración abocan a la contemplación de Dios, al destierro progresivo de la imaginación y la voluntad, de toda potencia que impida el acceso a ese grado de unión con Dios.

“Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias y se

suspenden de manera que en ninguna manera como he dicho se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria como si nunca la hubiera habido de él. Si lee, en lo que leía no hay acuerdo, ni parar. Si rezar, tampoco. Así que a esta mariposilla importuna de la memoria aquí se le queman las alas: ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende, porque como digo no se entiende. ¡Yo no acabo de entender esto!”.



Sala con recuerdos de su vida

Realmente, la lectura de su Vida atrapa la atención. Es cierto que hoy ese objetivo de unión divina, esa fe inmovible en encontrar en Él el sentido de la vida no es usual, desde luego no como en el siglo XVI y en Ávila, ciudad extremadamente religiosa por entonces y donde las muchachas y viudas se planteaban no pocas veces el convento y la oración como objetivos vitales. Pero observo la misma búsqueda de sentido, del significado de nuestra vida que hoy en día sigue siendo, para muchos, una actividad prioritaria. Es cierto que cambian los ambientes, valores y creencias, pero muchas personas no se contentan con vivir hacia fuera y seguir las modas imperantes, los movimientos sociales aceptados. Quieren saber más de ellas mismas, quiénes son, qué hay dentro de sí, cuál es el sentido de una vida que nace sin pedirnos permiso y acaba en el momento más imprevisible. Tal vez el sentido cambie respecto a aquel siglo teresiano pero la búsqueda del mismo es igual entonces que ahora y, desde ese punto de vista, Santa Teresa es un ejemplo encomiable en su camino de apartamiento de las potencias interiores (imaginación y voluntad sobre todo) y distracciones exteriores (buscando la quietud y el silencio) para encontrar en su interior el significado que daba sentido a su vida.

Debe ser por el contraste entre estos pensamientos y lo que allí se muestra que no sentí entusiasmo alguno visitando la Encarnación. En la sala superior se acumulan libros de entonces, la silla donde se sentaba San Juan de la Cruz, el cáliz que utilizó, el leño que sirvió de almohada a la santa, casullas y, al fondo, la celda que sirvió de alojamiento en sus tres años de priora casi a la fuerza

desde 1575, cuando el Nuncio observó el relajamiento de la vida conventual en la Encarnación en abierto contraste con las normas más estrictas del convento de San José.



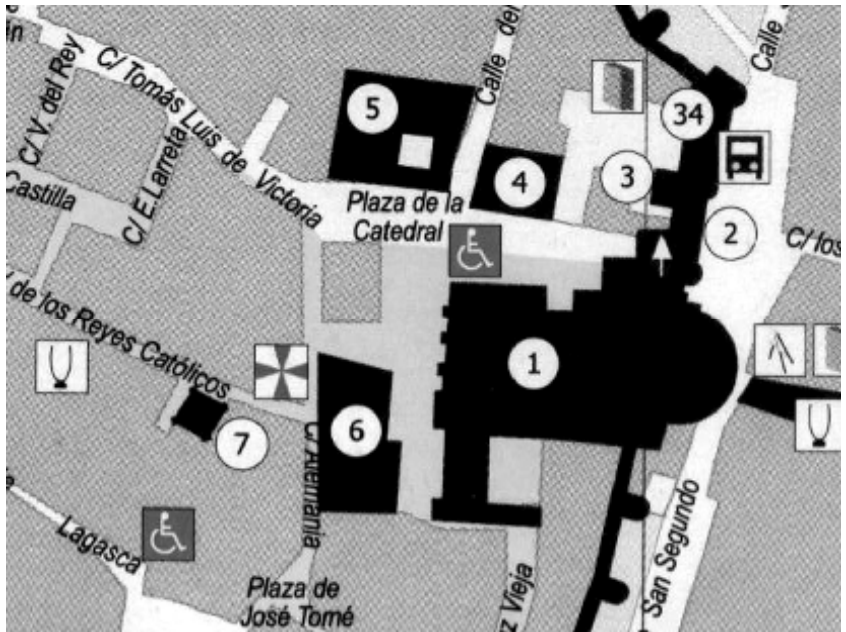
Celda de Santa Teresa durante su priorato

Hay una diferencia marcada entre la vida y los objetos que recuerdan esa vida, de igual manera que en todo museo. La vitalidad, el entusiasmo, las dudas, la pasión fundacional, los enfrentamientos con autoridades y otras monjas ante la creación del convento de San José, hecho a hurtadillas realmente, la entrega a una vida monástica, las canciones que alegraban su vida y las de sus compañeras, el dolor por la muerte de su padre, la enfermedad, el amor fraternal por San Juan de la Cruz..., todo lo que fue su vida queda ausente y sólo puede ser recordado de forma limitada al ver la estatuilla que ella

admiraba, el cuadro que perteneció a Alonso de Cepeda y que Teresa gustaba de contemplar con Jesús sentado en el pozo frente a la samaritana, todo son meros recuerdos que palidecen frente a la vitalidad de aquella monja.

Me fui finalmente después de pagar mi entrada. En la salida me saludó un matrimonio de Mataró. El hombre, policía local, me pidió datos sobre la ciudad, el convento de San José que había mencionado durante la visita en alguna de las preguntas que hice a la guía. Nos fuimos charlando. Estaba extrañado de que le confesase que yo no soy creyente en el sentido social del término, que no me reconociese cristiano ni budista ni mahometano. Estaba por decirle que yo era yo mismo, nada más, que no quería para algo tan íntimo una etiqueta que me identificara, que lo que era aún no lo había encontrado, que tal vez no lo hiciera nunca. “Uno debe buscar el sentido de su vida y quizá esa búsqueda no termina nunca” creo que llegué a decirle. Meneó la cabeza, dubitativo: “Pero en algo hay que creer”. Y yo pensaba, mientras le daba orientaciones de por dónde volver a ingresar en la ciudad, cómo llegar al convento que buscaban, que aquella mujer, Teresa de Jesús, había encontrado su sentido, que su búsqueda alcanzó su meta, que fue afortunada por ello.

26 Junto a la Catedral



Recorridos ya todos los barrios que rodean la capital al oeste (sobre el río Adaja), al sur (en torno a la iglesia de Santiago), al este (alrededor de Santa Ana y San Pedro) y en el norte (donde se sitúa la Encarnación), hemos de explorar ya diversos lugares del interior de la ciudad. En concreto, aún nos queda por visitar su costado sur y el norte, donde se encuentran situados la mayoría de los palacios y casas nobiliarias que esta clase social fue levantando entre los siglos XIV y XVI.

La ruta de los palacios puede empezar frente a la portada oeste de la Catedral, su lugar de acceso habitual. Allí hay una explanada protegida por maceteros, farolas y, sobre todo, figuras escultóricas de leones, que delimitan un espacio amplio que permite admirar esa fachada Catedralicia.



Palacio de Valderrábano

Pero si ahora damos la espalda a la misma podemos ver que, al otro lado de esta pequeña explanada y tras una calzada por la que marchan despacio los coches, hay un espacio ocupado por tres edificios. De izquierda a derecha encontramos el palacio de Valderrábano, convertido hoy en hotel, un edificio central de apariencia similar, restaurante y tienda de recuerdos, que es mucho más moderno y no ofrece interés histórico especial.

Ocupando todo el costado derecho de este primer espacio nobiliario se levanta el palacio de los Velada.

El primer Valderrábano conocido en Ávila fue un obispo, Alonso de Valderrábano, cuyo apellido proviene de un pueblo que hoy se encuentra en la provincia de Palencia. Como era habitual en cargo eclesiástico de tal importancia trajo con él a varios familiares que le sirvieron de apoyo en su gestión al tiempo que se establecían en la ciudad. Esto sucedía en el siglo XIV de manera que en 1370 el obispo adquirió los terrenos frente a la Catedral donde hoy se levanta el palacio, construido durante los siguientes ocho años.

La familia prosperó entroncándose paulatinamente con algunas ramas del linaje de Blasco Jimeno, particularmente con los Dávila. Así, el primer mayorazgo fue creado en 1487 por Rodrigo Valderrábano a favor de su hijo Francisco. Éste se casaría, una vez con tal dotación de tierras, casas y rentas, con Inés Dávila de Saavedra, hija de Gonzalo Dávila, señor de Román y Villanueva.

El nieto de Francisco, llamado como él pero con los apellidos Valderrábano y Dávila, se casaría con Isabel de Mendoza, hija a su vez del primer marqués de Velada, Gonzalo Dávila.

Con estos datos el lector ya puede concluir algo obvio: la vieja o nueva nobleza abulense entoncaba entre sí dentro de su clase social y calculando muy bien las ventajas e inconvenientes de cada enlace matrimonial para incrementar la importancia social y el patrimonio de los descendientes. Ello iba unido a un control de los medios municipales que, en el tiempo en que tratamos, siglos XIV y XV, ya era muy extenso. Descendiente del obispo fue

Fernando de Valderrábano, corregidor de Ávila, alcaide del Alcázar, cargos ambos de confianza del rey, lo que condujo a que sus dos hijos, Pedro y Alonso, fueran consejeros a su vez del rey Juan II.

Cuando se extinguieron los mayorazgos en el siglo XIX y sus bienes pudieron ser enajenados para enjugar las numerosas deudas acumuladas por la nobleza, este edificio fue vendido pasando a ser utilizado como viviendas y, más tarde, adquirido como el hotel que hoy se puede ver. Pero en la bonita portada aún quedan señales de lo que fue.

En lo alto hay un hermoso y trabajado relieve que representa a un doncel sosteniendo dos escudos, uno en cada mano. Uno de ellos es el blasón que concedieron los Reyes Católicos a Gonzalo Dávila, maestresala real, corregidor de Jerez y, sobre todo, con una destacada intervención en la conquista de la plaza de Gibraltar, punto fundamental de posible desembarco de tropas musulmanas. De ahí que en el escudo figure también una bandera musulmana.

Sobre esta figura también había en origen unos canes de piedra que debían tener similitudes con los leones que rodean la Catedral, puesto que junto a la faz del animal ostentaban unas hermosas posaderas. Fueron mutilados en algún momento porque el pueblo empezó a llamar a los ilustres Valderrábano con el mote de los “caraculos”.

Además de la anécdota podemos observar un curioso torreón a la derecha, todo en ladrillo, lo que contrasta con el resto del edificio. Aunque afectado de alguna reconstrucción en el siglo XIX, sobre todo en su parte superior, parece que fue realizado con esta

disposición y materiales hacia el siglo XVI, siguiendo el modelo de torreón que también se encuentra en las Gordillas o en el convento de San José, por ejemplo.



Portada



Calle de los Reyes Católicos

Hay dos calles que bajan desde esta explanada limitada por la Catedral y los palacios, que conducen hasta la plaza del Mercado Chico, el centro de la ciudad, bastante próxima. La de los Reyes Católicos se alcanza pasando junto al palacio de Valderrábano. Tuve mucho interés en pasear por ella, además de por ser una calle concurrida, peatonal y casi obligada para llegar hasta la mencionada plaza, porque allí se encuentra una buena librería (Medrano) con la que había estado en contacto telefónico para información bibliográfica y suministro de libros sobre la ciudad.

Tras visitarla y cargar con algún ejemplar que me ayudaría a escribir esta crónica, me detuve en la capilla vecina, la de Nuestra Señora de la Anunciación, más

conocida popularmente como la de las Nieves. Esta capilla es la que fue utilizada por las monjas clarisas a cuyo frente había estado María Dávila, la viuda de Arnalte y Acuña, cuando se trasladaron en el siglo XVI desde su finca de las Gordillas y a la espera de la construcción del nuevo convento, hoy casi en ruinas tal como lo hemos descrito.



Capilla de las Nieves

Es una capilla pequeña y se muestra encajonada entre edificios, por lo que lo más lucido resulta ser la fachada que da a la calle Reyes Católicos donde se encuentra la puerta principal. Es renacentista con un arco de medio punto formado por grandes dovelas sobre el que se encuentra lo más llamativo: un grupo escultórico dentro de una hornacina enmarcada entre pilastras.



Grupo escultórico de la capilla

Hay otra calle que, desde la explanada de la Catedral y paralela a Reyes Católicos, también baja hasta la plaza del Mercado Chico. En su comienzo, entre el edificio restaurante que ya mencionamos y el voluminoso palacio de los Velada, me he sentado un par de veces en unos bancos poco transitados (todo el mundo va y viene,

nadie se detiene) para comer un bocadillo o beber un refresco. Esta antigua calle de Caballeros recibe hoy el nombre de uno de los más famosos hijos de Ávila, sobre todo en el terreno musical: Tomás Luis de Victoria. Maestro de la polifonía en el siglo XVI fue bautizado en la iglesia de San Juan, en la misma pila bautismal que Teresa de Cepeda, a pocos pasos de su casa natal.



Palacio de los Velada

Desde ese asiento se puede contemplar al fondo la Catedral y todo el espacio que vamos a recorrer a continuación, desde el palacio de los Velada a la izquierda hasta el edificio de Correos después y, asomando algo más

allá, el palacio del Rey Chico, ya frente a la puerta de los Apóstoles de la Catedral, en su fachada norte.

El palacio más cercano, el de los Velada, es el más monumental y elegante de la zona. Hoy convertido en hotel su origen data de finales del siglo XV, cuando fue adquirido por el tan repetido contador real Núñez Arnalte que, tras su muerte, lo dejó como herencia a su mujer María Dávila. Ésta, de marcado carácter religioso tras la muerte de su segundo marido, instituyó en estas casas una obra pía que se dedicaba a repartir pan entre los pobres de la ciudad. La dirigiría personalmente hasta su muerte en 1511, pasando a propiedad de las monjas clarisas de las Gordillas, herederas universales de sus bienes.

Unos años después éstas optarían por vender el palacio a Teresa Carrillo, sobrina de Alfonso Carrillo, conocido obispo abulense de marcado protagonismo en la ciudad. Casada con Gómez Dávila, señor de Velada y la Colilla, quiso hacer de su palacio un centro de importancia en la vida social de la ciudad. Probablemente de entonces date el hermoso torreón que se levanta en una esquina del edificio dado que ostenta en sus esquinas los escudos de esta familia.

Durante el siglo XVI el palacio de los Velada vería alojarse entre sus muros a varios reyes y miembros de la familia real. En 1531 fue la emperatriz Isabel, mujer de Carlos I, quien llegó con sus hijos María y Felipe. Este último, aquel mismo verano, iría una mañana con su madre hasta el convento de Santa Ana para vestir de corto por primera vez a los cuatro años de edad. Poco tiempo después, en 1534, se alojaría en este mismo palacio Carlos I, cuando vino a jurar ante el marqués de Navas, en

representación de la ciudad, los Fueros y Privilegios de la misma.

Aunque la puerta del hotel da ahora a la explanada que mencionamos repetidamente, el palacio tenía su entrada principal en aquel tiempo por la cercana calle Tostado, la que nace entre el mismo palacio y el edificio de Correos frente a él. Habría de proseguir por este camino para recorrer los palacios de la parte norte de la ciudad, pero una tarde, muy cansado de caminar, llegué hasta la puerta del palacio y me decidí a entrar.

Nadie me detuvo al no ser cliente del hotel. Por el contrario, llegué a un magnífico claustro cubierto de vidrieras y allí, a la derecha, se encontraba un mostrador y una muchacha sudamericana que me trató de forma exquisita. Pedí un café y me senté en una de las mesas que llenan el antiguo patio del palacio. Había algunas otras mesas ocupadas, la más cercana por dos sacerdotes jóvenes que parecían departir con familiares, dos mujeres y un hombre más mayores. Pensé que la Iglesia me alcanzaba incluso allí, tomando un café, pero era un cuadro agradable de contemplar, se veía entusiasmo en los chicos explicando no sé qué, orgullo y reposo en los mayores. Luego, algunos turistas que hablaban y tomaban cervezas.

Me encontré muy bien allí. El sitio era estupendo, la tranquilidad completa, la atención competente. No me importó pagar más, hay cosas que merecen la pena. Las nubes se alineaban por detrás de las vidrieras formando un hermoso cuadro. Sobre las sólidas columnas aparecían escudos que pude fotografiar, los tres pisos del patio en su lado interior, los dos del lado que dan a la calle Tostado.

Tengo un recuerdo muy especial de aquel momento de paz y descanso, después de un día agotador, de encontrarme en un sitio que valía la pena, cómodo, bien atendido, con un silencio solo salpicado por las conversaciones de los que tomaban algo en otras mesas.



Patio interior

Pero hube de irme, muy a mi pesar, porque se hacía tarde y debía completar el recorrido previsto para ese día, ahora que ya declinaba. Al bajar las escaleras y despedirme de la pareja que me había atendido, vi a la izquierda un restaurante que bajaba hacia lo que parecía un sótano. Luego he leído de una leyenda situada en aquel lugar, la de dos amantes que vivían un amor imposible por estar sus familias enemistadas. De cómo el chico se arrojó a un pozo que había cercano y allí le detuvo en su caída

una rana que le condujo por pasadizos subterráneos hasta otro pozo que entonces se abría en este lugar. En el brocal del mismo, apenada, estaba precisamente su amada. De este modo pudieron seguir viéndose aunque, como en el caso de Romeo y Julieta, la historia fue descubierta y tuvo el triste final de la muerte de los amantes.

En fin, historias que salpican cada lugar, unas ciertas, otras leyendas, pero todas ellas van conformando el tejido histórico y social de la población y la misma ciudad de Ávila.

En esta plaza de la Catedral, el siguiente edificio señorial que encontramos, a continuación del palacio anterior, es el del Rey Niño, también llamado de los Obispos. Estuve poco rato en él. Una parte importante de este antiguo palacio episcopal, construido en los primeros tiempos de la repoblación, está dedicado hoy a central de Correos. A su lado, justo enfrente de la puerta catedralicia de los Apóstoles, se encuentra la entrada principal. Parece que fue levantada durante una profunda reforma del palacio en el siglo XVI.

El apelativo de Rey Niño se debe a que sirvió de acogida hasta a tres reyes consecutivos en su infancia. Eran tiempos turbulentos tras la muerte de Alfonso VI y el matrimonio de su hija y heredera, Urraca, con el rey aragonés, de fuerte carácter y conocido como el Batallador. El suceso de las Hervencias dató de aquel tiempo, cuando el heredero de la corona castellana, un infante llamado Alfonso (futuro rey, el séptimo de ese nombre), hijo de Urraca en su primer matrimonio con Raimundo de Borgoña, se refugió tras la muralla de Ávila al amparo del obispo de esta ciudad.



Actual edificio de Correos y entrada al palacio del Rey Niño

Pero es que su hijo, el futuro Alfonso VIII vencedor de los musulmanes en las Navas de Tolosa, se acogería de nuevo a este palacio episcopal cuando su padre murió teniendo él tres años y constituyéndose en objeto de la tutela deseada por las dos familias castellanas más ilustres y ambiciosas: los Castro y los Lara. Más de un siglo después, otro heredero que habría de pasar a la historia como Alfonso XI, pasó aquí la minoría de edad regentada por su madre Constanza y su abuela María de Molina.

En suma, podríamos decir que en este palacio se constituyó una auténtica guardería real, siempre a cargo del obispo abulense de turno, en relación con alguna de las

facciones que se disputaban el importante puesto de tutor del príncipe.

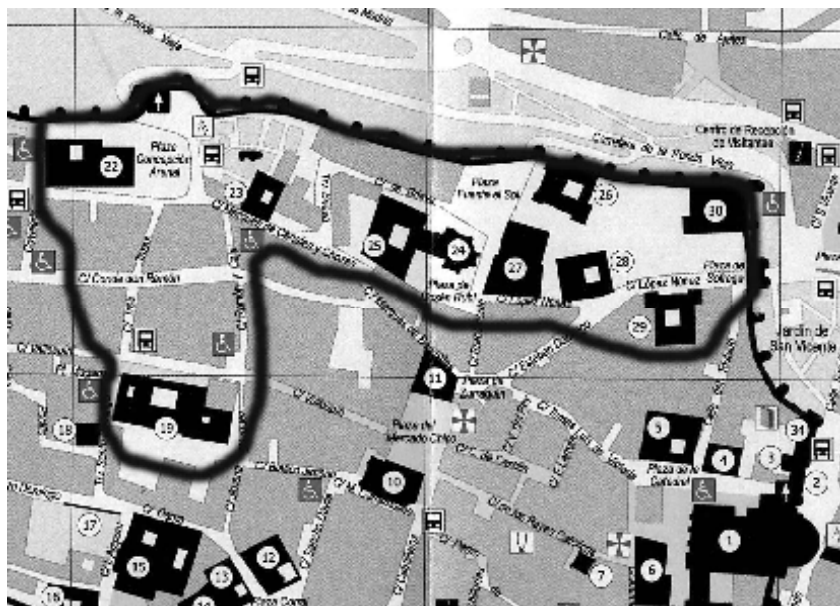


Episcopio

Cuando se entra por la puerta aparece un patio grande, gradas a la derecha que parecen preparadas para actos culturales, y al fondo de un camino un edificio aquí conocido como el Episcopio. No se sabe muy bien por qué fue construido ni para qué. Cuando el edificio dejó de ser utilizado como sede del obispado en 1775 quedó a cargo del Ayuntamiento que le dio distintos usos como almacén de trastos viejos, carbonera... Hoy su situación parece más digna.

En la puerta aparecían varios estudiantes sentados o de pie, dado que por la puerta se accede a lo que se anunciaba como una biblioteca. Tal parece que tiene un uso universitario que no llegué a indagar limitándome a fotografiar el lugar y recoger luego la bonita imagen, al fondo, de la puerta de los Apóstoles desde el otro lado de la que permite el acceso al palacio del Rey Niño.

27 Palacios de los Águila



Por la calle Tostado se llega en poco tiempo a la misma puerta de San Vicente de la que sale, en perpendicular con la primera, la calle López Nuñez. Ésta va bajando hacia el oeste bordeando la muralla al tiempo que deja a un lado y otro una serie de antiguas casas nobiliarias, la mayoría de las cuales han estado en obras los últimos años, acondicionándose para distintos destinos hoteleros o administrativos.

Todos estos palacios fueron levantados durante el siglo XVI, del mismo modo que los existentes en otras

zonas de la ciudad y algunos que han desaparecido. En aquel siglo ya quedaban atrás aquella nobleza inicial que había servido a la suerte del rey mediante las armas en la mano y enfrentándose a los musulmanes. Se había transformado en una nobleza terrateniente controlando los resortes económicos (agricultura y ganadería) mediante la propiedad de la tierra concedida por el rey y el control municipal que permitía copar los puestos del Concejo y garantizar los ingresos pecuniarios, vía rentas y exenciones de impuestos.

Los caballeros se cifraban en unos 52 a mediados del siglo XVI. Había muchos más hidalgos, como Alonso de Cepeda, por ejemplo, gente de origen humilde o cuestionable que, gracias a sus ambiciones en el comercio o la adquisición de tierras, iba alcanzando un nivel económico y social que le inducía a solicitar la declaración de hidalguía. Uno de cada cinco abulenses llegó a estar en esta situación. Parte de esta nueva nobleza buscó fortuna en las Indias, como sucedió con los hermanos de Santa Teresa, pero no era usual entre los caballeros una búsqueda semejante.

Esta nobleza, la que levantó estos palacios, no deseaba jugarse el tipo para aumentar su fortuna, eso quedaba para los que tenían unos medios precarios y una posición social de segundo rango. Los caballeros se transformaron en una nobleza de servicios, administrativa y cortesana, actitud que un siglo después llevaría a su marcha hacia la Corte madrileña y el abandono y decadencia de Ávila. Pero aún no. En el siglo XVI había consejeros reales, contadores, regidores y hasta virreyes de las Indias, como Núñez Vela. Eran cargos de confianza del

rey, cargos fundamentalmente burocráticos que permitían administrar un auténtico poder en la ciudad y en Castilla.

Por ello, el empeño de ostentación social de estos caballeros condujo a transformar las antiguas casas familiares, auténticos torreones defensivos sin adorno alguno adosados a la muralla, toscas casas fuertes sin apenas ventanas para facilitar la defensa de las puertas de la ciudad, por palacios en granito, con portadas en arcos de medio punto, adornos platerescos, grandes ventanales y, en todas partes, los blasones familiares.

De este modo la nobleza repartió sus edificaciones por la ciudad. Los Núñez Vela y los Dávila levantaron sus palacios en la zona sur, lugar que habremos de visitar más adelante. Los Múxica, Peso, Ovando o los Bullones optaron por permanecer cerca de la iglesia de San Juan, el lugar de reunión del Concejo durante muchos años y en el cual ostentaban muchos de sus puestos. Los Guillamas o Lesquinas levantarían sus casas en el barrio este, cerca de San Pedro. Acabamos de ver que los Velada y Valderrábano construirían sus casas, como los anteriores, junto al poder eclesiástico simbolizado por la Catedral y en el cual profesaban muchos familiares, sean segundones o hijas.

Otros caballeros optaron por construir sus palacios en la zona norte que ahora visitamos. Se daba la circunstancia de que si uno lo hacía, otros descendientes buscaban terrenos vecinos, de modo que se fue configurando una red de casas nobiliarias en toda esta zona de la que podemos distinguir tres polos de atracción: en primer lugar, los Águila eligieron la parte más cercana a San Vicente. Junto al Arco del Mariscal sería el lugar de

asentamiento de los Bracamonte. Finalmente, los Henao buscarían la más alejada puerta del Carmen para levantar su residencia palaciega.



Palacio de Sofraga (fachada principal)

Aunque no haya podido entrar en ninguno por estar cerrados sus accesos o bien por las obras que tienen lugar en ellos, he paseado por el lugar a nivel de calle y aprovechando la subida a la muralla, también fotografiando sus patios interiores cuando era posible.

Según se termina la calle Tostado, la misma plaza en torno a la puerta de San Vicente por su parte interior se llama de Sofraga, por el palacio que puede observarse junto a la muralla tras una reja, perteneciente en un momento determinado al marquesado del mismo nombre.

No es precisamente impresionante como tal incluso en su fachada, sencilla y blasonada como todas las que vería después. La visión que se tiene desde la muralla es la de un patio con un aspecto lamentable, abandonado casi a su suerte, muros semiderruidos, casas en muy mal estado y construidas de cualquier manera. No vi aquí obra alguna que anunciase lo que he leído en algún libro sobre una próxima reconversión en hotel.



Palacio de Sofraga (patio)

El primer Águila en la ciudad fue Diego González del Águila, quien figuraba a principios del siglo XV. Su origen y el del águila que figuraba en su estandarte resultan imprecisos, hay opiniones incluso que vinculan este apellido con los Estrada, uno de los cuales, Sancho de Estrada, participó en la repoblación de Ávila. En todo

caso, Diego y su mujer María Suárez Rojas, son el origen de todo un linaje que se extenderá a lo largo de varios siglos por este lugar. Su hijo, Nuño González del Águila, arcediano de la Catedral y fundador en 1459 del mayorazgo de Villaviciosa para sus descendientes, ya ha salido en esta narración.

Estaba relacionado sentimentalmente, dado que su cargo le impedía contraer matrimonio, con Elvira González de Medina, con la que tuvo varios hijos. Fue esta mujer, junto a algunas de sus amigas, la que tomó la iniciativa de crear un beaterio que terminó siendo el origen del monasterio de la Encarnación. Así que fue en esta misma casa nobiliaria donde se gestó dicha congregación.



Palacio de los Verdugo

Casi frente al palacio anterior pero al otro lado de la calle se encuentra el que fuera de Suero del Águila, conocido como palacio de los Verdugo. Suero era bisnieto de los fundadores del linaje, Diego González del Águila y su mujer María. Casada con una descendiente de la casa de Oñate tuvo la friolera de 22 hijos que terminaron muriendo todos antes que sus padres sin dejar descendencia. Por ello donó el mayorazgo que había creado para sus hijos a la Orden de los Jerónimos, incluido este palacio.

La portada plateresca de la casa es bonita pero, aunque me asomé lo que pude, las obras en marcha me impidieron otra cosa que atisbar lo que debía ser un patio porticado. Parece que la reconstrucción emprendida terminará por transformarlo en museo de Arte Contemporáneo, Archivo Municipal, Consorcio provincial de Turismo, entre otras dependencias administrativas.

Aunque la confusión es fácil dado que los palacios están muy cercanos y no hay apenas letreros identificativos en estos momentos, debido a la rehabilitación emprendida en toda la zona, el siguiente que encontré debe ser el palacio de los Águila propiamente dicho. Se encuentra tan unido al de Gaspar del Águila que no fui capaz de distinguirlos cuando pasé por allí.

Me metí a fotografiar la puerta de atrás, bastante simple, retirándome enseguida porque había obreros por allí que trabajaban con una hormigonera. Di la vuelta al edificio por la calle que estaba siguiendo hasta dar con la portada principal, renacentista y esta vez sí, de gran elegancia, según me pareció. La puerta está adintelada y

enmarcada con unas columnas delgadas rematadas con los consabidos blasones familiares.

Fue construida en el siglo XVI por Miguel del Águila, que era tataranieta de los fundadores del linaje, ya mencionados. Su última propietaria fue la duquesa de Valencia, mujer de José María Narváez del Águila, que lo cedió a la ciudad para que se destinase a obras culturales como así será: su destino es el de servir de pinacoteca anexa al museo del Prado de Madrid.



Palacio de los Águila (parte trasera)

Por fin llego a la puerta del Mariscal, por donde se puede salir del interior de la ciudad por su lado norte. Es una explanada limitada a un lado por el palacio de los Bracamonte y por el otro por la capilla de Mosén Rubí. De

esta última trataremos en el siguiente párrafo pero antes tenemos que hablar de quién era el mariscal, de dónde viene el apellido Bracamonte y por qué ambas edificaciones están juntas.



Portada



Plaza de la Fuente del Sol

De momento, lo que puede uno observar en esta plaza de la Fuente del Sol, como se denomina a la que rodea la puerta del Mariscal, es que está atestada de coches. La vista hubiera sido bonita sin ellos porque en medio aparece una gran cruz que tiene una curiosa historia. En efecto, esa cruz se colocó en las afueras de la puerta aldeaña durante el siglo XVI para disuadir a los abulenses de que vertiesen sus basuras en este lugar de tan nobiliaria alcurnia. Al cabo del tiempo, los vecinos olvidaron las advertencias y tanto esta puerta como las más cercanas del Carmen y San Vicente se convirtieron en verdaderos vertederos que sólo las disposiciones de higiene del siglo XVIII hicieron desaparecer.

Pues bien, el apellido Bracamonte proviene de Robert de Braquemont, nacido en 1355 en Francia. Fue un soldado de los pies a la cabeza interviniendo en muchas de las guerras que entonces tuvieron lugar entre distintos países europeos. Su primera presencia en España tuvo lugar en 1385 para apoyar al rey castellano Juan I en su lucha con el portugués. Tras la derrota en la batalla de Aljubarrota que consolidó la dinastía portuguesa en el reino de aquel país, defendió al año siguiente, esta vez con éxito, al rey castellano frente a las aspiraciones del duque de Lancaster, pretendiente también al trono.

La relación con Castilla fue periódica como enviado del rey francés de manera que en 1391 volvió para firmar un tratado de amistad entre el rey francés y el castellano, Enrique III. A su vuelta diplomática dos años después correspondió este último con la donación de una heredad en Medina de Rioseco y el matrimonio del caballero francés con Inés de Mendoza, con la que tendría cuatro hijos que serían la continuación de un linaje naciente con él.

Hacia 1418 alcanzó el grado de almirante de Francia, el más alto honor militar, pero su gran protector, el duque de Orleans, fue asesinado en esas fechas de manera que Braquemont optó por volver definitivamente a España donde, a la muerte de su mujer, volvió a casarse con Leonor Álvarez de Toledo, hermana del duque de Alba, con la que no tuvo descendencia, muriendo un año después en un pueblo de Toledo.

Este soldado de vida aventurera debe estar enterrado en la iglesia de San Francisco que hemos visto líneas arriba como sede actual de la principal Sala de

Exposiciones de la ciudad. Fue traído hasta aquí por una de sus hijas, Juana de Bracamonte, tras su matrimonio con Álvaro Dávila, almirante de Castilla y camarero de Fernando I de Aragón, a quien ayudó a conquistar el trono de este reino.

Instalado el matrimonio en Ávila, lugar de origen del marido, decidieron levantar su casa adosada al lienzo norte de la muralla por lo que la puerta aladaña fue conocida desde entonces como la del Mariscal, cargo que alcanzó Álvaro Dávila en un momento de su vida.

Leo que este palacio, cuya fachada no es nada ostentosa, tiene un elegante patio porticado con doble galería. No alcancé a verlo por permanecer las puertas cerradas al turismo, siendo como es ahora Servicio Territorial de Cultura de Castilla y León, pero desde la muralla vi un patio que dudo que sea el mismo al que hacía referencia el libro. No conseguí situarlo bien y podría corresponder al cercano palacio de los Águila.

Capilla de Mosén Rubí

A uno de los lados de la plaza de la Fuente del Sol, visible desde el otro lado de la muralla incluso, se alza la imponente mole de la capilla de Mosén Rubí. He entrado varias veces en ella, he fotografiado su imponente sepulcro central, la belleza del ambiente interior, hasta concluir en que esta capilla es uno de esos lugares especiales, llenos de encanto mayor si cabe al tratar a las monjas dominicas, de hablar y simpatía incontenibles, que lo regentan actualmente.

Siendo la capilla lo más grande y lujoso no es, sin embargo, el único edificio existente ya que a su lado, más modesto en altura, se levanta el que ahora es convento de las dominicas, antiguo hospital de pobres. Su historia comienza a finales del siglo XV cuando en estos terrenos de su propiedad tenía unas casas Gómez Dávila, señor de San Román, y su mujer Aldonza de Guzmán, padres de Guiomar de Ulloa.

Como otras mujeres nobles de la época, Aldonza estableció un beaterio en esa época, dejando su dirección a su muerte en manos de su sobrina María de Herrera, señora de Velada y la Colilla. Ésta estaba casada con Andrés Vázquez Dávila, su tío carnal, regidor de Ávila durante bastantes años.



Portada del convento, antiguo hospital

Quizá sea éste el momento más adecuado para mostrar las dos figuras del sepulcro central de la capilla. Las figuras son de alabastro realizadas a la muerte de los fundadores, en el siglo XVI. Representan a María de

Herrera con un rosario en su mano izquierda mientras su marido, Andrés Vázquez, se presenta con la espada desnuda en el pecho, su mano izquierda en la empuñadura y la derecha sobre la hoja representando la muerte de un caballero.



Andrés Vázquez Dávila

Estas muy hermosas esculturas estaban sobre un cenotafio también de alabastro que resultó destruido por causas desconocidas hacia el siglo XVIII quedando las figuras de pie desde entonces en una de las paredes laterales de la nave. A finales del siglo XIX Fernando de la Cerda, patrono de la Fundación y también enterrado en este lugar, mandó hacer un sepulcro de mármol sobre el

que colocar las dos figuras que volvieron así a su posición central original.

Los fundadores no tuvieron descendencia por lo que otorgaron testamento para que se construyese una obra pía, como se denominaba entonces, la fundación de un hospital que pudiese acoger hasta a trece pobres de forma permanente, siete hombres y seis mujeres. Es cierto que se garantizaba el sustento y alojamiento de los mismos pero las condiciones que les imponían eran probablemente excesivas: debían oír en la capilla tres misas diarias, y en cada una rezar cinco veces el padre nuestro y el ave maría por las almas de los fundadores. Naturalmente, estos pobres debían ser “personas honestas é embergonzadas que se vieren en honra e vinieren en pobreza, siendo preferidos de la ciudad y su tierra”, habrían de vivir “honestamente é sirviendo a Dios é apartándose de los negocios de tratos del mundo, y apartados varones y mujeres unos de otros, de tal modo que las mujeres no tuvieren con los varones comunicación alguna”. Otras disposiciones referentes a su forma de vestir “de paño pardillo”, al alimento que debían recibir, en qué días de la semana, etc., denotan el mismo empeño en reglamentar la vida de aquellos que debían rogar por su alma.

En su testamento de 1512 María de Herrera nombraba como primer patrón de la fundación Nuestra Señora de la Anunciación, que así se llamaba el beaterio de su tía y el propio, a su sobrino Diego de Bracamonte, por entonces señor de la Fuente del Sol tras construir su padre Álvaro Dávila la residencia familiar en dicha plaza, enfrente de los terrenos que ocuparía la capilla y el hospital. A su muerte, sería patrono el hijo de éste, Mosén

Rubí de Bracamonte, y a continuación todos sus legítimos herederos por vía de varón.

Las obras se iniciaron a la muerte de María de Herrera y con los bienes legados. Por circunstancias desconocidas se paralizaron en 1530 hasta que, al pasar el patronazgo a Mosén Rubí, éste mandó reanudar la construcción. Se ha especulado que la paralización se debió a la colocación de símbolos masónicos en la entrada de la capilla, del mismo modo que la posición de las manos de la figura yacente de Andrés Vázquez indicaría algún gesto del mismo origen. Parece que esto son fabulaciones populares que, sin embargo, han perseguido a esta capilla a lo largo del tiempo.

En todo caso, Mosén Rubí terminó la capilla y, aunque respetó los dictados de los fundadores colocándolos además en el centro de la nave, optó por abandonar el nombre de Anunciación en beneficio del suyo propio para que, desde entonces, lo ostentara como identificación. Hay que mencionar a este respecto que Rubí es una abreviatura de Roberto y que Mosén era un título que, venido de Cataluña, se utilizaba en Aragón significando “Mi Señor”. Es posible que la palabra fuera introducida por el abuelo de este Roberto, Álvaro Dávila, almirante de Castilla y camarero de Fernando I de Aragón, a favor del cual combatió en aquel reino para que su señor lo recuperase.

Un día entré dos veces en la capilla o, para ser más exactos, intenté entrar por la mañana sin conseguirlo y sí en cambio por la tarde. Había obras en la puerta izquierda, la que da al convento de dominicas según tengo entendido, el antiguo hospital en todo caso. A pesar de ello se puede

admirar la portada, muy bonita al mostrar un grupo escultórico sobre el dintel, probablemente de Isidro de Villoldo, representando a la Anunciación, que debía dar nombre a fundación y capilla originalmente.



Portada principal

Quise entrar por la puerta principal, un sencillo acceso realizado con buen gusto donde se muestran dovelas almohadilladas, doubles columnas a los lados y

encima del todo los escudos familiares. No pude entonces por lo que abordé a una anciana monja que salía en ese momento para preguntarle cuándo era el horario de visita.

Parecía propicia a dar explicaciones y hubiera seguido charlando con ella un poco más si no fuera por lo que me pareció una inoportuna llamada de mi madre. Fui breve en la comunicación y pude alcanzar fácilmente a la monja que marchaba acera adelante con parsimonia. Le pedí disculpas por dejarle con la palabra en la boca explicándole que era mi madre, de casi noventa años, la que me llamaba. Me preguntó muy amable qué tal estaba y le respondí que casi impedida de andar y moverse mucho. “Pues yo sí tengo noventa” dijo con orgullo. “Pero usted anda con mucha ligereza” respondí. Entonces sor Irene, como dijo luego llamarse, tuvo un encantador gesto de coquetería levantándose el hábito para enseñarme sus piernas, cubiertas de varices y con evidentes signos de mala circulación.

No pude menos que sonreír y charlamos un poco bajo el sol de agosto de aquella mañana. Me habló de lo mucho que había vivido, de los tiempos en que había ingresado mocita en otro convento de dominicas. “Porque he viajado mucho, no vaya a creerse que siempre he estado aquí. He andado por conventos de media España y de Portugal”. Me hubiera gustado tener el tiempo y la oportunidad para sentarme tranquilo a escucharla pero tenía el tiempo muy limitado para ver todo lo que quería y, además, no quería abusar de su paciencia. Me contó algunos detalles de sus tiempos mozos hasta que, al despedirnos, me comentó: “Si viene usted por la tarde,

pregunte por mí a la hermana que se encuentre allí, yo le puedo enseñar las dependencias interiores”.

Cuando llegué en el horario de visita estaba cansado, fue la tarde en que me senté en el palacio de Velada, exhausto y feliz, aún tenía cosas que ver. De todos modos, la hubiera saludado sino fuera porque la hermana encargada estaba con varias familias explicando con todo lujo de detalles la historia de la capilla, bromeando con los chicos y chicas que acompañaban a sus padres sobre la conveniencia de que se plantearan ser sacerdotes y monjas, “porque hace falta mucha juventud y vocaciones firmes de servir a Dios” decía. Los chicos reían algo incómodos mientras los padres, que les conocían mejor, enarcaban las cejas con gesto escéptico. La monja aquella irradiaba simpatía y entusiasmo, ciertamente. Llegué a la conclusión de que esas dominicas eran unas monjas muy especiales que no me importaría seguir tratando para averiguar cosas de su historia.

Todo este conjunto de hospital y capilla estuvo cerca de terminar derruido con las agresiones sufridas en la primera mitad del siglo XIX, particularmente la invasión napoleónica. Sin embargo, a finales del mismo los procesos de desamortización condujeron hasta aquí a las dominicas del convento de Aldeanueva de Santa Cruz, que por entonces amenazaba ruina. Desde aquel tiempo vienen rigiendo el lugar y, por lo que vi, bastante bien, al menos de cara al público.



Altar mayor y retablo

La nave interior es alargada, amplia, presenta un contraste bien armonizado entre la cabecera del templo, en estilo gótico, y la nave en sí, realizada bastante después y ya renacentista. Fui caminando en mis visitas hasta la primera, observé el retablo con pinturas de Guillielmus y Philipus Dirikxen, en el siglo XVII, la bóveda espléndida

en crucería gótica y piedra granítica de la Colilla, tan abundante en la ciudad.

Mientras la monja se entretenía impulsando la vocación de los muchachos que visitaban el lugar, pude pasearme a gusto por las capillas laterales, fotografiar lienzos y tumbas que salpican el lugar con nombres como los de Fernanda de Carbajal, marquesa de Bárboles, del joven Fernando de la Cerda, muerto en París a los 21 años, o el de José Máximo Cernesio, conde de Parcent y señor de la Fuente del Sol, todos ellos patronos o familiares de esta fundación.

No pude fijarme entonces que allí, a los pies del fastuoso sepulcro de los fundadores, hay una lápida más modesta en el suelo. Corresponde a Amparo Illana, la mujer de Adolfo Suárez, muerta de cáncer en 2001, amigos ambos que fueron del actual marqués de Fuente del Sol.

Cuando hubo pasado un rato y ya había recorrido tres veces el lugar, aquella monja incansable continuaba reconstruyendo la historia entera de la capilla. Teniendo que visitar algunos lugares más, opté por irme sin preguntar por sor Irene. Mi sorpresa ha sido que, al leer un libro que adquirí aquel día sobre los monumentos de la ciudad, el autor Mariano Serna la menciona como “historiadora del convento” y con ella realizó al parecer la misma visita que a mí me ofreció y que las circunstancias no permitieron entonces llevar a cabo. Aún espero en otra visita poder hacerlo.

29

Henao y Polentinos

Si se continúa andando en dirección oeste, la calle López Núñez, que hasta ahora hemos seguido, cambia de nombre al pasar la capilla de Mosén Rubí, recibiendo ahora el de Marqués de Canales y Chozas. De todos modos, sigue siendo el mismo camino empedrado que nos conduce hasta otra puerta de la muralla en torno a la cual hay dos edificaciones de interés: El antiguo palacio de Juan de Henao y el convento de Carmen Calzado. Ambas circundan la puerta llamada del Carmen en evidente referencia al importante convento que en otro tiempo se levantó aquí.

Al llegar a la esquina de esa nueva pequeña plaza que rodea la puerta lo que primero llama la atención es un palacio de gran tamaño, bien acabado y cuidado aspecto. Es el actual Parador Nacional de Turismo, antiguo palacio de Juan de Henao. Me hubiera gustado también entrar a tomar un café, como suelo hacer en los Paradores de las ciudades que visito, al objeto de observar el siempre cuidado interior, pero tenía aquella tarde el tiempo bastante limitado. No es fácil recorrer la ciudad entera en poco más de día y medio.

Desde la distancia se puede observar el acceso principal, un pequeño patio en una de cuyas fachadas se ha construido una galería de madera que embellece la piedra que constituye el material principal. Al fondo, una

cuadrada torre con barbacana rematada con almenas completa el conjunto.



Parador de Turismo

Álvaro de Henao, regidor de Ávila en 1470, es el primero de este apellido que conoce la historia del lugar. Entroncándose con la nobleza proveniente de la repoblación y más asentada, los Henao fueron aumentando su fortuna hasta llegar al bisnieto de aquel primer Henao, el constructor de este palacio a finales del siglo XVI, Juan de Henao, que fundó en 1582 el mayorazgo para su casa y sus descendientes.

Precisamente, esta familia optó por ser enterrada sobre todo en el cercano convento del Carmen calzado, cuya espadaña se levanta junto a la puerta del mismo

nombre, lugar también de acceso a uno de los tramos de la muralla y que ya mencioné al comienzo de esta narración.



Antigua iglesia del Carmen

La iglesia del Carmen fue una de las primeras existentes intramuros constituyéndose en parte de las cuatro parroquias de la ciudad amurallada en la primera mitad del siglo XII. La situación de preeminencia no duró mucho puesto que dos siglos después Diego de Roelas, obispo de Ávila, decidió que, ante la ausencia de fieles que preferían acudir a la cercana San Esteban, esta iglesia perdiese su condición de parroquia en 1378. Fue entonces cuando se fundó, aprovechando sus dependencias, el monasterio del Carmen Calzado, donde dos siglos más

tarde residiría San Juan de la Cruz siendo confesor en el cercano monasterio de la Encarnación.

La guerra contra los franceses a comienzos del siglo XIX prácticamente acabó con el edificio dejándolo en ruinas pero sosteniéndose la espadaña que aún sigue levantándose junto a la muralla. Tras rehabilitarse el edificio en el siglo XX se ha convertido en Archivo Histórico Provincial conservando la humilde portada que tuvo en origen. Ahora, cuando paseo por el lugar, un grupo de muchachos aprovecha las escalinatas cercanas para lanzarse a hacer sus acrobacias con monopatín. Paso a su lado, entre vallas que rodean las obras que se realizan en la muralla, miro la espadaña que parece encontrarse en un difícil equilibrio, sostenida por un andamiaje en su parte trasera.

Luego abandono este lugar por el que he pasado varias veces viniendo desde la Encarnación, con el objetivo de caminar hacia el lienzo norte de la muralla. Para ello torcemos perpendicularmente a nuestro camino anterior, hacia el interior de la ciudad, por la calle de las Tres Tazas, por ejemplo, curioso nombre éste del que desconozco su origen.

Llegamos así a la calle Vallespín, la antigua Rúa de Zapateros que baja desde la plaza del Mercado Chico hasta el río pasando por la humilde ermita de San Esteban. Allí se encuentra, rodeado por una reja, un nuevo palacio de magnífica portada: la mansión de los Polentinos.

Siempre lo encontré cerrado, las banderas ondeando con la brisa, un letrero anuncia que ahora es sede del Archivo Histórico Militar. Durante mis primeras incursiones pensé sencillamente que no era visitable. Me

limitaba a fotografiar a cierta distancia la espléndida portada con su arco de medio punto circundada por pilastras llenas de figuras, medallones, relieves bélicos y grutescos. En la parte superior un imponente matacán señala su vocación militar.



Portada

El mayorazgo de esta casa fue fundado en 1443 por Diego González de Contreras para ser integrado en uno nuevo en 1539 de la mano de un familiar: Juan Pamo de Hontiveros, emparentado por matrimonio con los Contreras. Con el tiempo este trasvase de unas propiedades desde un mayorazgo a otro motivaron una seria contienda judicial en el siglo XVIII, dirimida a favor de Francisco de Colmenares, conde de Polentinos, casado con Antonia de Contreras. De ahí quedó el nombre con el que se conoce a este palacio.



Portada, al fondo el patio

La última ocasión que tuve la oportunidad de pasar frente a su fachada venía desde San Esteban subiendo la difícil cuesta por la que circulaban con dificultad algunas personas mayores con las que estuve comentando el

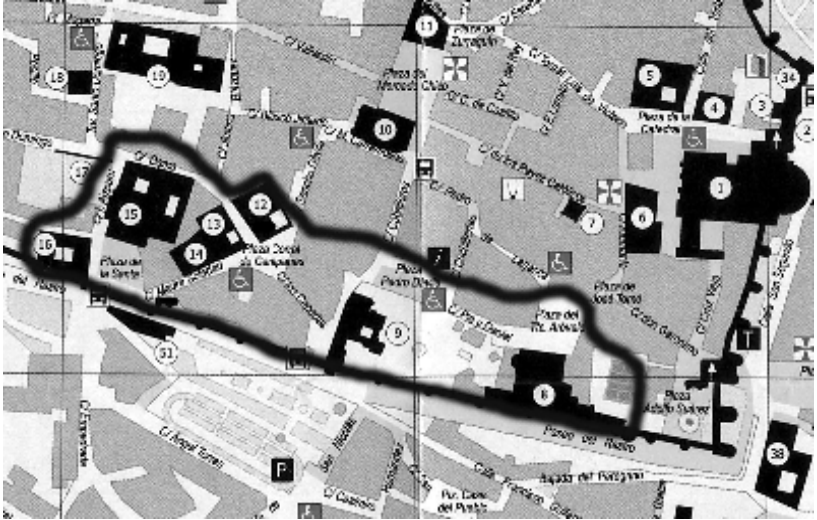
esfuerzo que nos costaba la ascensión. Mi pequeña sorpresa fue encontrar abierta la reja de acceso. Entré con la tercera edad y, amparado en ella, le pedimos a la persona que vigilaba el acceso que nos permitiera el paso hasta el patio, del que había oído muchos comentarios sobre su interés.

La soldado nos dio permiso advirtiéndome con mirada severa que no estaba permitido fotografiar el interior. Como a esa indicación unió una constante vigilancia no tuve más remedio, esta vez sí, que contener mis ganas de fotografiar el espléndido patio porticado en dos alturas, con la parte superior acristalada. Una serie de columnas en granito sostienen el piso superior mostrando esculturas de canes, follajes, cabezas y escudos que hacen de este patio uno de los más atractivos de los que he llegado a conocer en Ávila.

Después me despedí de la soldado que, pese a su juventud, aparentaba una gran marcialidad y andaba más derecha que una vela, y marché en dirección al último núcleo que faltaba para completar la visita a Ávila: la travesía de Santo Domingo, pasar en ella por los terrenos de la antigua sinagoga que no supe reconocer con certeza, aunque sí suponer cuál podría ser, y llegar después a la plaza de la Santa con todo su complejo de edificios.

30

Plaza de la Santa



Caminando desde la calle Vallespín, donde se encuentra la mansión Polentinos, hacia la plaza de la Santa, en la parte sur de la ciudad, se recorre la travesía de Santo Domingo por la que pasé buscando sin hallar los posibles restos de una antigua sinagoga que hoy en día ha desaparecido sin dejar rastro.

Sin embargo, al final me encontré de frente con unos restos que me llamaron la atención. No hay ningún letrero que los identifique por lo que el visitante, ante su antigüedad y belleza, no puede evitar la sorpresa.

Se trata de la portada en ruinas de un hospital desaparecido también, el de Santa Escolástica. Aquí fundó

el arcediano de Arévalo Juan Sánchez en 1425 un convento de monjas cistercienses. Sin embargo, en 1444 debió de haber una fuerte controversia a la hora de elegir abadesa porque parte de las monjas escaparon por la noche saltando las tapias y llevando consigo sus pertenencias.



Portada del antiguo hospital de Santa Escolástica

Es de sospechar que algunos nobles como Juan Núñez Dávila, que tiene su palacio cercano a este lugar, promovieran la revuelta puesto que no sólo consiguieron del obispo abulense la aceptación de que la comunidad religiosa se partiera sino el colocar a su sobrina Constanza al frente de las disidentes.

La no muy larga historia de este convento se prolongó medio siglo más hasta que en 1502 el obispo Alfonso Carrillo decidió unir de nuevo ambas comunidades contra su voluntad en el convento de Santa Ana. Pocos años después el edificio fue aprovechado por el deán de la Catedral Pedro López de Calatayud, para fundar un hospital dedicado a Santa Escolástica como una de esas obras pías tan frecuentes en aquel siglo XVI donde la religiosidad y la caridad suplían las necesidades sociales que el municipio no podía afrontar.

De aquel tiempo es esta portada que hoy queda llena de belleza tras la ruina del resto del edificio desde el siglo XIX. Si el solar de su huerto fue aprovechado por los carmelitas descalzos que tienen la iglesia tan cercana, la portada quedó aquí, airosa, reveladora de otro tiempo en que el hospital acogía a los menesterosos necesitados de ayuda. La cara desaparecida de la santa que preside en la columna central los dos arcos que aún se muestran tiene un vago aire de olvido y renuncia ante el paso del tiempo.

Continúo caminando hasta la ya muy cercana plaza de la Santa. Es amplia, luminosa. Grupos de turistas se arraciman frente a la iglesia. Dejo vagar la vista por todo el espacio y observo a un lado, junto a la llamada puerta del Rastro por donde se observa el barrio de Santiago, un amplio palacio que es de Núñez Vela.

En esta plaza me senté en mi primera visita a Ávila, cuando no sabía muy bien orientarme y todos los pasos que daba por el interior de la ciudad tenían estampado el sello de Santa Teresa. Me sorprendía de todo, del tipo de turismo que observaba, gente tan mayor bajando de autocares concertados. Andando el tiempo habría de sentarme dos años después en la misma plaza. Ya había leído del lugar, sabía dónde estaba, pero volvía a mirarlo todo con cierto asombro, como si la realidad fuera demasiado distinta de lo imaginado.



Plaza de la Santa

No era así lo que fue, casi nada se conserva como en los tiempos de Teresa de Cepeda. Por aquel entonces, en 1505, la suntuosa iglesia que se levanta a un extremo de la plaza eran las casas que su padre, Alonso de Cepeda,

había adquirido al canónigo segoviano Rodrigo Blázquez cuando ya estaban en desuso tras su servicio como Casas de la Moneda.

Al comprador, de nombre completo Alonso Sánchez de Cepeda, le persiguió toda su vida la condición de su padre como el judeoconverso que fue. Huyendo de su pasado se trasladó el abuelo de la santa hasta Ávila para construir una nueva vida, asentándose cuando abrió una tienda de sedería y paños en la calle de Andrín. Como el apellido Sánchez recordaba precisamente su condición de converso, Alonso lo excluyó al formar una familia casando a principios del siglo XVI con Catalina del Peso y Henao, con la que tuvo dos hijos.

Tras la muerte de su mujer en 1507, dos años después Alonso volvió a casarse con otra mujer de apellido ilustre: Beatriz Dávila y Ahumada, madre de la santa.

“Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad, y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos. Decía que, de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera”.

El matrimonio se desarrolló feliz en aquellos años, cuando Teresa nació en 1515 en medio de otra serie

de hermanos el último de los cuales, Juan, vio la luz en 1528 causando la muerte de su madre y llevando a que Teresa creciera sin madre a partir de los doce años. Así la recuerda en su Vida:

“Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente”.

En 1543, cuando Teresa era ya monja carmelita en la Encarnación, moría Alonso de Cepeda lleno de deudas. Quiso a lo largo de su vida y por todos los medios que se borrara de la memoria popular la infamante condición de converso, por lo que no escatimó en la ostentación social asociada a dispendios, caridades y negocios demasiado generosos que terminarían por volverse contra él mismo.

Teresa, nombrada su albacea, hubo de lidiar con una situación familiar muy compleja y desavenida. No quedaba constancia de con qué dineros había adquirido Alonso estas antiguas Casas de la Moneda, si eran suyos, de su mujer Catalina del Peso o de ambos. En cada caso se dirimía la propiedad de estos terrenos entre los hijos de la primera mujer y los muchos que tuvo con la segunda,

hermanos de Teresa. No es en vano que por aquel entonces el recién nombrado virrey Núñez Vela llevara hasta Perú en sus tropas a varios hermanos de la santa, algunos de los cuales encontraron la muerte con él en aquellas lejanas tierras.



Iglesia de Santa Teresa, sobre su casa natal

La casa natal de Teresa hubo de venderse a la familia Bracamonte y, a los pocos años de la muerte de la santa, en 1619, la Orden de los carmelitas descalzos consiguió adquirirla cuando sólo quedaba realmente el terreno y los antiguos muros habían sido derruidos.

Se comenzaron las obras de esta barroca iglesia en 1629 concluyéndose siete años después. La portada sur es aquella donde, tras subir unos escalones, se agrupan todos los turistas que vienen a conocer la iglesia de la Santa, la

que encierra en su interior una capilla que conmemora el lugar donde supuestamente nació Teresa de Cepeda.



Nave principal de la iglesia

Es de estilo herreriano con tres arcos de medio punto de sillería almohadillada y pilastras estriadas, con claras semejanzas al convento de San José. Encima, en el frontón triangular, aparece en gran tamaño la figura de la santa flanqueada por los escudos nobiliarios de entre otros el conde duque de Olivares, que colaboró activamente en la construcción de la iglesia.

En el interior no sentí emoción alguna. La imaginería barroca se muestra en todo su esplendor y fantasía dando un aire ostentoso al conjunto, excesivamente recargado, muy lejos de la tosquedad y sencillez de la iglesia primitiva de San José. Al fondo de la nave principal hay un importante retablo de Gregorio Fernández donde, entre sus dorados refulgentes, se observa la imagen de la santa, como en los demás lugares de la iglesia y las capillas laterales.

No me detuve mucho en esta nave, ni siquiera cuando entré en un día de calma, con no muchos turistas en su interior, sino que doblé por una capilla izquierda para ver, en primer lugar, la recreación del jardincillo donde la santa jugaba con su hermano Rodrigo a las ermitas.

“Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad (Rodrigo), juntábamonos entrambos a leer vidas de Santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho

morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen...

De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa”.

En el huertecillo hay ahora unas figuras que remedan a los niños que fueron aquellos. Es extraño verlos inmóviles ahí abajo, haciendo como que son sin serlo, detrás de unas rejas que impiden casi hacer una fotografía.

Si me había asomado a la ventana izquierda tras la capilla, una puerta a la derecha permite acceder a un reducido espacio cerrado y pequeño, completamente agobiante, donde se levanta un altar con una nueva imagen de la santa y tan recargado como era posible hacerlo en el siglo XVIII. Un letrero advierte que en esa habitación nació Teresa de Cepeda, lo que sólo puede tomarse como un mero recordatorio.



Capilla de Santa Teresa

En efecto, no se tiene constancia de que Teresa naciera siquiera en Ávila ya que su madre tenía propiedades en Gotarrendura, un pueblo cercano a las Berlanas de Ávila, donde pasaba grandes temporadas dada su salud enfermiza. En los días en que nació la santa el libro de inscripciones de la iglesia de aquel lugar muestra varias páginas arrancadas, no se sabe por qué. Si a ello unimos que no consta en ninguna iglesia de Ávila el nacimiento de la niña Teresa y que el de su último hermano Juan tuvo lugar precisamente en Gotarrendura, donde su madre murió poco después, al menos queda la duda de si fue en esa casa donde nació la santa.

Es indudable, no obstante, que fue bautizada en la cercana iglesia de San Juan por no poder hacerlo en la más cercana de Santo Domingo de Silos, entonces en reparación. Sin embargo, aunque hubiese nacido ahí ¿quién puede recordar su nacimiento en una capilla reconstruida sobre el supuesto espacio que ocupara su habitación? Entre adornos de un altar en el que se reflejan las luces de los cirios sobre los múltiples dorados que lo salpican, me resultó imposible pensar en ella, en ese espacio, como el lugar donde vio por primera vez la luz.

Por eso salí decepcionado de la iglesia, ni siquiera recorrí el convento alledaño, la casa madre de los carmelitas descalzos en su versión masculina. Cuando me acerqué a la puerta que franqueaba el paso encontré que había que pagar una entrada para ver un conjunto de reliquias de la santa. Cuando me di la vuelta respiré y, mirando hacia la cercana puerta del Rastro, me detuve en el palacio de Núñez Vela junto al cual, entonces, se

levantaba la iglesia de Santo Domingo de Silos, hoy desaparecida.



Convento

Si la plaza ha sufrido cambios radicales desde entonces este palacio no y, aunque restaurado, se muestra como debió construirlo Blasco Núñez Vela hacia 1541.

Los Vela fueron una familia de amplia historia. Bajaron desde su residencia solariega en Vizcaya para buscar mayor fortuna con los enfrentamientos militares que caracterizaron la reconquista del territorio castellano. Ahí se afincaron hacia el siglo XI interviniendo en las intrigas de la época entre el reino de León y el naciente condado de Castilla, hasta su constitución como reino.



Palacio de Núñez Vela, junto a la Puerta del Rastro

En el siglo XIII hay ya un Gonzalo Vela en Ávila y dos siglos después otro Blasco Núñez Vela es regidor de la ciudad en calidad de lo cual funda un mayorazgo que será el fundamento de la fortuna familiar. Su bisnieto, del mismo nombre, decidió construir un palacio por medio del cual mostrar su posición social, como tantos otros, en el siglo XVI.

Su portada principal presenta unas grandes dovelas muy al uso de la época enmarcadas con dos delgadas columnas encima de las cuales se encuentran los blasones familiares. Hoy Palacio de Justicia, no pude entrar en él ni admirar lo que dicen que es un hermoso patio porticado, pero me gustó su sobriedad renacentista para rematar aquel ángulo de la plaza junto a la puerta que permite salir al Paseo del Rastro.

Blasco Núñez Vela, su constructor, fue una persona eminente de su tiempo. Caballero de la Orden de Santiago, capitán de la guardia de Carlos I, fue nombrado por éste para un difícil cargo: primer virrey en Perú. Por ello marchó allí en 1544 con su hermano Francisco, padrino en el bautismo de Teresa de Cepeda, y algunos hermanos de la misma, como Antonio y Rodrigo, dada la amistad que había mantenido en vida con Alonso de Cepeda y la situación en que habían quedado sus jóvenes hijos.

Nadie podía suponer entonces cuál sería el precio a pagar por tan grande autoridad como le fue concedida por el rey. Por entonces los llamados encomenderos reales tenían fama de actuar según sus propios criterios y beneficios en la tierra ocupada de las Américas, esclavizando a los indios y obteniendo todo tipo de ventajas económicas en el comercio entre ambas orillas. De ahí que Carlos I instaurara la figura del virrey como gobernador de amplios poderes asistido por unos oidores reales.

Blasco Núñez embarcó en Sanlúcar de Barrameda mostrando desde el principio una severidad considerable y una falta de diplomacia que habrían de acarrearle todo tipo de problemas. Por entonces, Perú vivía en la confusión entre el poder del antiguo gobernador, al que habría de sustituir, Vaca de Castro, frente a los oficiales Gonzalo Pizarro y Benito Suárez de Carbajal que pretendían regir los destinos del Perú con sus propios criterios alejados de la autoridad real.

Carlos I había encomendado a su virrey, en sus propias palabras, "que procurase mostrarse severo

castigador de pecados, para que nadie presumiese de no hacerlo, que los disimulaba y sufría.". Esta actitud fue llevada al extremo por Núñez Vela, que mostró un rigor lleno de ira hacia todo aquel que se opusiese a su mandato. De este modo consiguió enfrentarse a todos, al antiguo gobernador le mandó aprisionar en su casa antes de embarcarlo para España, al tiempo que pretendía ahorcar a algún encomendero llegando a matar de su propia mano de una puñalada a Juan Suárez de Carbajal sospechando que había ayudado a su hermano Benito a fugarse de su autoridad.

Su actitud llegó a tal extremo que la Audiencia del Perú le destituyó obligándole a embarcarse de vuelta a la metrópoli en el barco dirigido por uno de sus oidores. Éste, sin embargo, se puso de su lado y desembarcaron en Tumbes para organizar un ejército que se enfrentara a los rebeldes comandados por Pizarro.

El combate entre ambas fuerzas militares españolas se dio en Añaquito y allí las fuerzas comandadas por Pizarro y Suárez de Carbajal derrotaron a las del virrey. Su final fue especialmente trágico pues, combatiendo lanza en mano, fue derribado por un golpe de maza. Cuando fue llamado Carbajal ante su cuerpo malherido mandó a uno de sus criados negros que le cortase la cabeza, arrastrándola luego hasta la plaza mayor de Quito donde fue colocada en la picota. Hubo de ser Pizarro el que, enterado del suceso, mandara que fuera enterrado en la iglesia de aquella ciudad con el respeto debido.

Con el tiempo lo que quedaba de él fue traído hasta la ciudad de Ávila y enterrado en la vecina iglesia de Santo Domingo de Silos, hoy desaparecida. En aquellos

tiempos tan violentos donde varios virreyes morirían trágicamente, no tuvo nada de particular que el siguiente virrey Pedro de Lagasca ejecutara en Cuzco a Gonzalo Pizarro al tiempo que el propio Benito Suárez de Carbajal, aliado del nuevo virrey contra su antiguo compañero de armas, fuera nombrado corregidor de la capital peruana. Sin embargo, su final llegó pocos años después y en tragicómicas circunstancias dado que fue sorprendido escalando la fachada de una casa para acceder al dormitorio de una bella dama de la localidad. El marido, sin saber de quién se trataba, le golpeó en las manos con un martillo de manera que el corregidor cayó sobre el pavimento muriendo a consecuencia del golpe.

Historias que se acumulan sobre este lugar, esta plaza y el antiguo palacio de los Núñez Vela, ahora lugar donde se imparte la justicia que aquel virrey quiso defender de mala manera, sin tacto ni diplomacia, en un mundo caótico donde debía regir la ley del más fuerte, el más astuto, donde a la autoridad real tanto le costó imponer orden. Núñez Vela pagó el precio de intentarlo.

31

Torre de los Guzmanes

El recorrido va terminando. Desde la plaza de la Santa hemos podido asomarnos a través de la Puerta del Rastro al sur de la ciudad, el barrio de Santiago, antaño de labradores y moriscos. Van quedando en el recuerdo los pasos que dimos por otras zonas, el río, el barrio norte en torno a la Encarnación. Nos dirigimos bordeando la muralla de nuevo en dirección este, hacia la Puerta del Alcázar o bien la de las Carnicerías que rodean la Catedral.

Son calles no muy anchas las que nos acogen, aunque suficientes para el paso de personas y coches, no muy habituales en esta zona. Desde la plaza vamos caminando hacia la torre que se apunta en las alturas, un poco más allá. Antes de eso se pasa al lado del palacio de los Almarza, en el que destaca una portada renacentista de grandes dovelas graníticas junto a una elegante ventana superior de cierto aire gótico.

Fue construido, como tantos otros, en el siglo XVI por una de las familias que, sin alcanzar la notoriedad de otras como los Dávila o los Bracamonte, son originarias también de la repoblación abulense. En esta ocasión aquellos vasallos de los reyes castellanos que se afincaron en estas tierras fueron los Rengifo que, a través de uno de sus miembros, Juan Vázquez Rengifo, levantó esta casa nobiliaria cuando ya disfrutaba del marquesado de Almarza. Hoy en día, seguramente por motivos de falta de

descendencia o ventas posteriores, regentan el edificio las Siervas de María.



Palacio de Almarza

No es que la vista del palacio atraiga demasiado la atención, teniendo en cuenta su falta de espectacularidad, la ausencia de torres y la cierta estrechez en la calle donde se levanta. Casi frente a él, en cambio, uno se fija con más detalle en la Delegación de Hacienda, más moderna, pero grande, espaciosa, llamativa en su intento de imitar los palacios cercanos.



Edificio moderno de la Delegación de Hacienda

Finalmente desembocamos en la plaza Corral de las Campanas, una ensanchadura donde hay una interesante escultura dedicada a la figura de San Juan de la Cruz y unas estrofas de ese maravilloso Cántico Espiritual que comienza diciendo:

¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
allá, por las majadas, al otero,
si por ventura vierdes
aquél que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Pero sobre todo destaca el torreón de los Guzmanes. Se denomina también y de forma más apropiada seguramente como torreón de los Múxica, en referencia a la familia que lo construyó.



Monumento a San Juan de la Cruz

El linaje de los Múxica o Mújica, de origen vizcaíno, fue destacando en la ciudad de forma algo tardía respecto de otras familias ya establecidas previamente pero quisieron dotarse de un edificio que mostrase con claridad su capacidad militar. Porque el torreón que levantara en 1513 Garcibáñez de Múxica muestra una torre sólida, de pocos ventanales y, aunque renacentista en algunos detalles, recuerda inevitablemente las torres defensivas propias de siglos anteriores.

El torreón lleva almenas tremoladas y matacanes sobre la puerta de acceso al mismo. Es bonito además el detalle de rematar las esquinas con cuatro garitas voladas. El edificio pertenece actualmente a la Diputación provincial y no me fue fácil el acceso, dado que tiene un horario muy limitado de visitas.

A los dos lados de la puerta aparecen los escudos de los Múxica y los de Bracamonte, ya que ambas familias emparentaron pronto. Hay un vestíbulo por el que se accede a un patio porticado muy parecido, según dicen los libros, al del palacio de Bracamonte al que no pude acceder. Aproveché en mi última estancia el hecho de que hubiera una interesante exposición sobre el mundo de los vetones, de los que ya hablamos como antecesores de la ocupación romana de estas tierras, para pasear tranquilamente por el patio.

Arriba observaba el torreón mientras las cristalerías reflejaban en los dos pisos del patio tanto otros detalles del mismo como un cielo cubierto de nubes. Fue un buen momento el de aquella visita, un lugar estéticamente brillante, con reflexiones que embellecían todo el entorno.

Paseé también por la exposición, algunas recreaciones de cabañas y utensilios vetones, fotos sobre todo y carteles explicativos sobre las excavaciones que se realizaban en la provincia.



Torreón de los Guzmanes



Patio

Luego salí por fin y seguí por el camino que bordeaba la muralla hasta la siguiente plaza y los dos últimos edificios que he de reseñar aquí: el palacio de los Dávila y el episcopal, que lo continúa a lo largo del lienzo sur de la muralla hasta llegar finalmente a la actual plaza de Adolfo Suárez.

32

Palacio de los Dávila

Al seguir avanzando en la misma dirección este se alcanza muy pronto la plaza dedicada a Pedro Dávila, en honor a la mansión o palacio que hizo construir particularmente este caballero culminando y unificando así una serie de casas que los miembros de su linaje habían levantado en este lugar.



Plaza de Pedro Dávila

Ahora el palacio de los Dávila ocupa muchos metros junto a la muralla y aunque las primeras casas, y

las más antiguas además, aparecen ya cerca de la Puerta del Rastro (el balconcillo sobre ella era para disfrute de esta familia en particular), el grueso de la construcción ocupa un lado entero de la plaza que nos ocupa.

El apellido Dávila no obedece a un linaje familiar en origen, sino que designa de manera geográfica a todo un conjunto de caballeros norteños que llegaron con la repoblación. Es por eso que el apellido comprende dos linajes tan diversos e incluso enfrentados como el de Blasco Jimeno, del que saldrían los marqueses de Velada, además de los señores de Navamorcuende, Cardiel y San Román, y el de Esteban Domingo.

Fue un descendiente de este último quien puede haber empezado a construir las primeras casas de este palacio cerca del Rastro hacia el siglo XIII. Su primera intención, probablemente, fue hacer una casa fuerte que defendiera este acceso a la ciudad. Es por eso que la apariencia del palacio es ciclópea, con pesados muros de granito rojo que, sin embargo, presentan detalles de cierta elegancia, como es el caso de las cuidadas puertas y las ventanas geminadas que adornan sus muros interiores.

En la plaza se abren dos portadas distintas. La más sencilla es la primera que encontramos, probablemente de finales del siglo XV con un arco ligeramente apuntado, grandes dovelas de granito y el escudo del linaje de Esteban Domingo (con trece roeles, mientras que los descendientes de Blasco Jimeno mostraron sólo seis roeles en su escudo). A su lado se abre una ventana de estilo renacentista con la inscripción “Petrus Ávila et María Cordubensis uxor, anno MDXLI” que alude a los

entonces propietarios del palacio al concluir el mismo en el año 1541.



Puerta del palacio

Sin embargo, lo que más atrae la atención de esta puerta es otra inscripción sobre sus dovelas y el escudo superior que viene a decir: “Donde una puerta se cierra otra se abre”. Ello requiere una explicación que resulta ser bastante banal para la generalidad que sugiere la frase.

Desde muy antiguo los propietarios de este palacio habían abierto un postigo en la muralla para su paso al exterior de la ciudad. En un esfuerzo por asentar la autoridad municipal el licenciado Villafane, juez de residencia en la ciudad, mandó cerrarla en 1507 al objeto de controlar el paso de comerciantes y personas que

entraban en la ciudad sin pagar el derecho de portazgo, por ejemplo.

Dos años después de este hecho la madre de Pedro Dávila, Elvira de Zúñiga, casada con Esteban Dávila, muy amiga de la reina Juana, hija de los Reyes Católicos y por entonces reinante, solicitó autorización para volver a abrir dicho postigo, petición que le fue concedida.

Cuando dos años después el palacio pasó a propiedad de su hijo Pedro, casado por entonces con María, de la familia Bracamonte (nieta de Mosén Rubí), quiso poner en práctica lo que se autorizaba en la concesión de la reina Juana. Ante la negativa del Concejo, nuevamente reafirmada, Pedro Dávila quiso colocar esta inscripción con la que amenazaba a la autoridad municipal con abrir otro acceso.

La segunda puerta del palacio es bastante similar a la anterior, incluidos los pequeños matacanes que la coronan en la parte superior del palacio.

Cuando se sigue el camino paseando cerca de la muralla, una nueva amplitud del camino señala la aparición de la última plaza que nos ocupará: la dedicada al teniente Arévalo, joven militar muerto en la guerra de Marruecos. Allí tal parece que se levanta una continuación del palacio Dávila y, ciertamente, está construida con el mismo material granítico rojizo y muestra un tipo de ventanas idéntico. Estas casas, inicialmente, fueron del linaje de Blasco Jimeno pero los señores de Navamorcuende se las vendieron en 1623 al arzobispo Diego de Guzmán. Éste, que fue anteriormente jesuita, se las proporcionó precisamente a esta Orden religiosa para

levantar aquí una iglesia dedicada a San Ignacio de Loyola.



Palacio Episcopal

Así se hizo construyéndose entonces la torre cuadrada a los pies de la iglesia para conformar un conjunto de arquitectura eclesiástica poco atractivo, al decir de los entendidos. Tras la expulsión de los jesuitas en 1775 por orden de Carlos III el Palacio Episcopal, que se encontraba desde antiguo en lo que ahora es el Palacio del Rey Chico, junto a la Catedral, vino a establecerse aquí.

Poco nos detenemos en esta plaza poco acogedora porque enseguida podemos llegar a la de Adolfo Suárez, con su extraña y atractiva mezcla de estilos, junto a la misma Puerta del Alcázar por donde podremos salir de la

ciudad con la sensación de haberla recorrido de forma bastante completa, dentro de lo que el marco de unas pocas pero intensas visitas nos han debido permitir.

Reflexión final

Cuando era niño me gustaba escribir historias. Nadie me empujó a ello, no vi modelo alguno familiar a mi alrededor, ciertamente fue algo espontáneo. Cuando empecé a hacerlo sentí la satisfacción de crear un mundo aparte, algo propio del que, presumiblemente, tenía todas las claves pero que siempre terminaba por sorprenderme. El motivo de la sorpresa era que yo mismo no sabía cómo se desarrollaría la historia, que ésta iba surgiendo de mí sin que pudiera preverlo en gran parte. Esa sensación no sólo me ha acompañado a lo largo del tiempo sino que, en mi madurez, ha ido creciendo en gran manera, cuando mi capacidad de profundizar en mí mismo aumentaba y, al tiempo, aceptaba todo lo que el juego de la escritura me podía proporcionar.

Desde joven he querido comprender lo que me rodeaba. Tal vez nunca he tenido un fuerte carácter, ni he sido especialmente vitalista y extrovertido. Si a eso le unimos cierta sensibilidad, la consecuencia inmediata es que ya en esa juventud el mundo me producía en muchas ocasiones temor.

El hecho de que, tras un largo paréntesis en que escribí sobre mi profesión, haya vuelto a la ficción y la escritura de historias, está motivado porque el mundo que me rodea me sigue produciendo el mismo temor, ciertamente, pero también una mezcla de goce y repulsión. Por eso mi necesidad de comprenderlo es, si cabe, aún mayor. Cuando eres joven precisas encontrar modelos de conducta, formas de sentir y sentirte como persona dentro

de la sociedad. En la madurez ya has alcanzado esa posición, sea cual sea, y precisas comprender para dar sentido a tus años, a la vida que has llevado y a la que te queda por vivir.

Viajo con frecuencia desde hace una década. Recorro pueblos y ciudades, leo abundantemente sobre ellos, observo, hablo con sus habitantes, camino por sus calles y caminos, me siento en sus plazas y miro la vida que me rodea allí. Me dejo llevar por una vida que no es la mía pero que discurre a mi alrededor ofreciéndose a mi mirada, a veces a mis preguntas. Porque pretendo saber cómo viven, qué les anima a levantarse cada día, de qué conversan, cómo entienden su trabajo, qué hay en esa ciudad que visito que la haga distinta a otras que he conocido.

Cada una me aporta algo, en ellas encuentro el recuerdo de una persona, la paz de un lugar, el ajetreo de otro, la monumentalidad de una Catedral, las ruinas de un castillo, todo aquello que remite a otro tiempo, distintas historias ya completas por vividas y terminadas.

Mi acercamiento a las ciudades que visito lo es a través del paseo y el callejeo, ciertamente, incluso en la medida de lo posible a la conversación que mantengo eventualmente, pero sobre todo he de remitirme a su historia. En ocasiones esa historia aparece muerta o al menos inmovilizada, como en el casco histórico de Cáceres o en los islotes romanos de Mérida, pero en muchas ocasiones la historia de un lugar aún late, de forma diferente y casi indistinguible, en los lugares que visito.

En la plaza de Osuna, antaño lugar de reunión y protesta de los campesinos que nada tenían para comer, se siguen encontrando otros campesinos que se saludan, ahora bien vestidos, satisfechos de su jubilación o entretenidos con las ocupaciones del campo. En Ávila hemos encontrado que el barrio en torno a la ermita de San Esteban sigue siendo un barrio más pobre, con casas algunas en ruinas, con gente del pueblo, frente al barrio este o al norte, donde se acumulan los comercios y el movimiento de turistas. Algo que nos hace retroceder inevitablemente a tiempos medievales.

Las plazas siguen siendo las mismas, con sus mercadillos semanales que se remontan a siglos de antigüedad, con sus conversaciones y sus tiendas. Las iglesias siguen en el mismo sitio ocupando terreno sagrado en ocasiones desde tiempos inmemoriales. La muralla separa la ciudad en un dentro y un afuera, pese a las puertas por donde atraviesa la gente, la vida que circula interminable desde la repoblación de la ciudad.

Todo remite al pasado, un pasado que no se hace sólo de grandes categorías llenas de abstracción. Los historiadores se han visto obligados a ello para intentar comprender los grandes flujos humanos, los movimientos y avatares de la Historia. Deben tratar de circuitos comerciales, relaciones de la Villa y la Tierra, formas de organización municipales, relaciones entre la nobleza y los villanos, formas de posesión de la tierra, etc.

Son categorías generales imprescindibles para entender qué sucedió, la causa de que algunos sucesos fueran inevitables, por qué la historia de los ciudadanos de aquella ciudad fue la que conocemos y no otra.

Frente a esas categorías generales, inevitablemente abstractas para abarcar de la forma más amplia posible los aspectos comunes de muchas ciudades y regiones, está la historia anecdótica, la que se constituye a partir de recuerdos y curiosidades de ciudadanos insignes o que han quedado en la memoria de la ciudad, sucesos llamativos que transforman la Historia de una ciudad en un conjunto desconexo de personas destacables y eventos dignos de reseña pero sin relación unos con otros y, por tanto, sin una clara explicación.

He caminado por muchas veredas y calles, he visitado iglesias, plazas y palacios, he bordeado ríos, subí cuevas y contemplé pueblos y ciudades desde la lejanía tanto como desde su mismo corazón. Sentí la necesidad de conocer la Historia que construyen los historiadores, la más valiosa sin duda de las aportaciones, pero quise desde ella saber más de las personas que han vivido y viven en los lugares visitados. Me he preguntado cómo esa Historia, esas categorías de fuerzas y sucesos, de causas y efectos, podía explicar que los ciudadanos vivieran de un modo particular, que algunos de ellos sufrieran una situación, que otros se levantaran llenos de ambición para alcanzar honor, propiedades, fama y poder. Por qué alguien como Diego de Bracamonte sacrificó su vida por su honor de caballero que había de plegarse al nuevo poder de un rey, por qué esa explosión de religiosidad durante el siglo XVI en Ávila, qué justifica una figura como Santa Teresa con su gran impacto incluso sobre la vida actual de la ciudad.

Nos mueven esas corrientes históricas, nos limitan y condicionan poderosamente porque somos hijos de nuestro tiempo. Al intentar comprender a aquellos

hombres y mujeres, a esos caballeros y villanos, busco comprender al librero actual que me da explicaciones, al vendedor que me indica un camino, a los ancianos que pasean en torno a la puerta del Rastro, los turistas que buscan recuerdos y sentir, como yo, que por unos días somos otros de los habituales, distintos a los que llegamos a ser en nuestra vida cotidiana.

Saber de otras historias pasadas, conocer cómo los modelos de vida, dentro de condiciones muy distintas, se repiten y vuelven a aparecer en la vida de la ciudad. Porque no somos tan distintos de entonces, es diferente el mundo en que vivimos pero las pulsiones, las ambiciones y goces, así como las tristezas y fracasos, son parecidos.

Quiero conocer otras historias y contarlas porque al hacerlo, al escribir estas páginas, esas vidas cobran un sentido diferente, los sucesos empiezan a relacionarse, los monumentos, calles y plazas y todo lo que acarrearon cobran un significado distinto. La escritura permite unir lo que estaba disperso, verlo como un conjunto, proporcionarle un sentido de vida concluida en algún caso y vida que se desarrolla en torno nuestro ahora mismo. Vidas que nos ayudan, tal vez, a comprendernos mejor a nosotros mismos buscando en ellas, en otras ciudades y distintos destinos nuestro propio sentido, nuestro destino personal que aún queda por escribir.

Y en esta labor que es lectura de la Historia, que es camino por calles y lugares de una ciudad, que es observar, pensar y escribir, podemos recordar que finalmente también nosotros somos y seremos historia formando parte de aquello que describimos. Así dijo Unamuno, ese escritor tan castellano:

Leer, leer, leer, vivir la vida
que otros soñaron.
Leer, leer, leer, el alma olvida
las cosas que pasaron.
Se quedan las que quedan, las ficciones,
las flores de la pluma,
las solas, las humanas creaciones,
el poso de la espuma.
Leer, leer, leer; ¿seré lectura
mañana también yo?
¿Seré mi creador, mi criatura,
seré lo que pasó?

